

JIG GOMEZ

DOMINGUERAS

(COSTUMBRES SUR-AMERICANAS)

Tercera Edición

PROLOGO DE L. E. ESCUDERO



QUITO

Casa Editorial de J. I. Gálvez

1910

ES PROPIEDAD

REPRODUCCION PROHIBIDA

A Don

Julio González Tello

Su amigo mejor,

Jig Gómez



JIG. GOMEZ



POCAS PALABRAS

Jig Gómez no ha menester de ser presentado al público, ni á explorar su opinión va este libro puesto caso que pronunciada la tiene desde que le ha leído parte á parte, según de tantas se compone cuantos son los asuntos varios con que el autor se ha ocupado, conquistándose mercedamente la benevolencia y el favor de autorizados criterios.

Ni viene en oportunidad el reclamo de usanza con que salen á luz tan pocos aciertos y tantas fruslerías literarias, cuando, abierto tiempos atrás el dictamen, respondería á las tardías insinuaciones de la crítica ó á los reparos de la impertinencia, el juicio ya estable con que han sido acogidas, á su turno, estas producciones, que se

II

recopilan hoy en un solo volumen para evitarlas de caer en las nebulosidades del olvido, hacia las que parten, irremediabilmente, esas páginas sueltas que se dejan un día y otro, en revistas y periódicos, escritores de ingenio de quienes se recuerda vagamente al voltear incesante de los tiempos.

Esta obra no es, pues, de las que requieren piadosas recomendaciones para llegar al público, cual si este hubiese en nadie declinado su autoridad de escoger lo bueno para con ello gozarse, ó dejar lo malo á su propia suerte; ni de aquellas que van en pos de la perpetuidad y de la gloria, en cuyo camino han de encontrar críticos sapientes ó discretos admiradores que huelguen por la ufanía de adornarlas con el atinado comentario, la revelación de escondidos tesoros, ó el atildado decir de buenas razones en honra y pro de quienes las produjeron; es un manajo de artículos en que chispea la ironía sin rebasar los límites del comedimiento; es una colección de pequeñas producciones en que campea el humorismo con vibrante espontaneidad, sin que á curarse de profundos desgarramientos queden el honor, el buen nombre, ni el decoro de nadie.

* * *

Caldeaba los espíritus el fuego de las pasiones políticas, cuando apareció, hábrá dos años, en esta ciudad un nuevo periódico. ¿De qué

III

¿cómo sería el Adalid? No traía rencores que deplorar, ni habían en su ánimo prendido los malos programas de prescindencia en medio de las grandes agitaciones fue el suyo, y su lema la franca discusión de todo lo que mirase á intereses generales, sin referirlos á conveniencias de bandera, ni juzgarlos con la extraviada lógica del frenesí partidarista. Que mantuviera sus propósitos, no es obra con la que estemos llamados á ocuparnos, ni cumple á este lugar; solamente nos era necesaria la referencia para tomar en nuestras apreciaciones un punto de partida: ¿cuál?

Poco espacio llevaba de existir aquel diario, cuando su fundador iniciaba ediciones dominicales de sabrosa variedad, acentuándolas con aquellos artículos que bautizó graciosamente de *Domingueras*. Acogidas fueron las primeras con aplauso y de estímulo habrán de haberle sabido á su autor para continuar en el empeño, si hemos de recordar que fué observado mientras "El Diario del Ecuador"—así se nombraba ese periódico—se mantuvo en el palenque. Causas que no nos atañe investigar pusiéronle término y, excusado el decirlo, tocaron á su fin las *Domingueras*, no por el sentimiento de quienes habían contraído la mala costumbre de regocijarse con ellas, en esas horas vacías del descanso dominical, tan propicias á un tedioso aburrimiento, como quiera que en esta ciudad del quietismo perpetuo nada hay que pueda atraer hacia sí los ánimos cansados.

en la eterna contemplación de los mismos tristes horizontes.

Una larga tregua, y al cabo de ella el resurgimiento de un diario más prestigioso que aquel á quien vino á suceder, y el reaparecimiento de Jig Gómez en la escena, trayéndose en la paleta colores más propios de nuestro cielo que los que antes usara, y un rico estuche de pinceles que así aciertan en el esbozo, como en la línea sutil que es preciso sorprender para que la figura se destaque palpitando de naturalidad, dentro del paisaje á que ella da animación y vida.

En dos series contiéndose, pues, esos artículos de costumbres de que puede estarse ufano el autor; y si en los que componen la segunda se advierte mayor fidelidad en el bosquejo, mayor sutileza en la elección de rasgos típicos, mas discreción en aquellos tonos que han de darle propiedad al colorido, no es porque en los de la primera se pueda echar de menos estas mismas condiciones, sino por haber el observador procedido con más confiada seguridad, puesto que llevaba ya de hallarse entre nosotros un buen espacio, dentro del que su fina percepción supo plegarse, mejor cada vez, á lo característico en hábitos y costumbres, cosa que no pudo suceder en los primeros momentos de su permanencia en el seno de una sociedad, que en lejana ocasión conociera muy de paso.

Pero volvamos á nuestra pregunta: ¿cuál el punto de partida en la apreciación de la labor de

Jig Gómez, si ha de señalarse por justiciero el dictamen, ya que por varios aspectos han de juzgarse las cosas, admitido su valor relativo, ese valor de circunstancias, de acomodo, en determinadas órdenes de la vida?

Decimos: la periodicidad en la composición de sus producciones, y el hecho de ser un huésped reciente para quien la vida social no estaba revelada con sus caracteres y peculiaridades.

La periodicidad? Dar suelta á la fantasía para que locamente se encumbre á las regiones de lo ideal, desligándose de los prosaicos reclamos de la existencia, no es penetrar en los secretos de ésta para descubrir miserias que es fuerza castigar con la sátira comedida ó con la ironía punzante, depurativos de acción generosa que no trastornan el organismo social ni provocan reacciones violentas; pero que aseguran el éxito de una reforma. Para lo uno el tiempo no es elemento de los más apreciables; mas sí para lo otro, sobre todo cuando el asunto no es de los que se nos vienen á la mano, ni ofrece campo al humorista para dar con el buen camino de decir las cosas como no todos podemos decirlas, puesto que no están de modo que podamos verlas según entienden de verlas ellos.

¡La periodicidad! ¿Abundan los temas? Pues que abunden; ¿y los que han de tratarlos?

Sumamente modesta es la opinión mía; pero mi opinión es la de que verse constreñido á saciar la exigente voracidad de un público al que se promete cosa que no ha de perdonarla, pone los pelos de punta á quien no descansa en una absoluta confianza de sí mismo; es la de que someterse al más voluble de los jueces para que falle en causa de la que se vean pendientes honor y buena fama del procesado, requiere plena posesión de ánimo, derivada de la íntima convicción de salir avante por la pujanza del esfuerzo; mi opinión, digo, es la de que se ha menester de exuberante temperamento para emplazarle á uno á desplegar los labios y dejar que insensiblemente vague por ellos la risa, la risa sutil, admirable expresión de los espíritus regocijados, ó gesto de escepticismo, de ese dulce escepticismo que nos invade al descubrir en la naturaleza ó en la humanidad míseras incongruencias ó tristes abigarramientos.

*
* *

No es el humorismo planta que haya entre nosotros florecido, ni han abundado sus cultivadores, aunque debemos hacer muy grata memoria de algunos que supieran producirse en este género de composición, como galana muestra de que no es aptitud lo que nos falta, sino que huelga en nosotros la indolencia. Don Pedro Fermín Cevallos, Don Juan León Mera, Don Luis Martínez vuelven por nosotros si hemos de referirnos á los que dieron de sí frutos sabrosísimos

VII

en pasados tiempos. Díralos también Don Modesto Espinosa, si quisiese refrescar laureles gallardamente ganados en el mismo campo. Ni faltan hoy quienes lleven tajada la pluma de modo de hacerla brotar chispazos á cada vez que se les antoje pinchar con ella y con blanda mano, en jorobas y protuberancias, en llagas y deformidades del cuerpo social. Jack the Ripper, El Amigo Fritz, Benvenuto, el iragotable Benvenuto, alguna vez que su gran espíritu de combatiente busca instantes de reposo en el recuerdo de cosas idas, que él hace revivir en los donaires de su estilo, salen al frente cuando quiera se trate de negarnos aquellas cualidades que se han menester en pintores de costumbres. Y aquí no mas, muy cerca, está Juan Lata para probárnoslo con agudezas y donosuras, capital suyo que gusta de derrochar en las intimidades de la familiaridad, antes que en obsequio de lectores agradecidos.

Mas al decir que el humorismo no ha prendido en nuestro suelo, quisimos expresar el hecho de no contarse en el número de los que asiduamente le culvivan, sino algunos, bien pocos, de aquellos en quienes la natural inclinación pudo haberles abierto el camino del renombre, de no haberla sofocado un ambiente enervador, producto de las ficciones del convencionalismo, de los vicios de una educación rezagada y poco propicia á los audaces vuelos del espíritu, y de preocupaciones añejas que, para nuestro mal, imperan aún, confinándonos en estrechos horizontes,

VIII

dentro de los que la actividad no logra estímulos, ni la vida está aguijoneada por toda esa varia suerte de requerimientos que, al cobrar formas de estabilidad, la humanizan y engrandecen.

¡Las costumbres! De su conocimiento exacto, de su prolija investigación, sin que haya nota que pueda desecharse para fijarlas con los caracteres en que estriba su peculiaridad, necesitan el historiador y el gobernante, el legislador y el crítico, el docto y el curioso. ¿Qué valor tendrían pues, las grandes empresas, si no las refiriésemos á la condición de sus acometedores? ¿Qué los sacudimientos populares si se nos reservaran las características de aquella vida que trastornan para encausarla por nuevas corrientes? ¿Ni cómo habría de pronunciarse fallo sobre grandes ó pequeños hechos, si escaparan de nuestra consideración los estímulos que los promovieron.

¡Las costumbres! Ellas las que revelan los estados sociales y sus modificaciones; ellas las que determinan las condiciones que le son propicias á la civilización, ó que comportan resistencias con que ha de tropezar ésta al derramarse por el mundo; ellas las que reflejan sobre las sociedades del porvenir la vida del pasado, que alceciona con la eficacia de dolorosas experiencias y que fomenta la evolución de la conciencia hacia los gloriosos fines de la humanidad.

¡Y cuán abandonada su inquisición entre nosotros, no obstante de que en ellas vibran nues-

IX

tros sentimientos, nuestros ideales, nuestras aberraciones, nuestras esperanzas, nuestro apego á lo vetusto, á lo carcomido, y hasta nuestra pequeña aptitud á la cultura.

¿La Novela? No ha sido género literario en el que podamos contar muchos aciertos, quizás por habernos extraviado de las veredas por donde debíamos partir para acentuar nuestras tendencias con la nota esencialmente local, que habría de darla sabor y colorido; y entretanto el romanticismo caduco ha prendido en nuestro suelo con tan hondo raigambre que es fuerza desbrozar el terreno para que circule savia nueva y vigorosa; entre tanto la imitación ha desviado de su propio curso felices disposiciones como las que se advierten en unos cuantos ensayos, de los cuales no han logrado salir ufanos sus autores. Pero cúlpese esto á las hipocresías con que nos ha familiarizado esa nuestra moral abigarrada, que no se recobra aún de los sustos que la causan las nuevas orientaciones del Arte, del Arte que ha salido de la órbita de la ficción y del ensueño para acogerse á la vida real, á la vida humana, á lo que palpita, á lo que se mueve, á eso en que tienen asiento los dolores, las miserias, las crueles incertidumbres, las eternas ansiedades.

Palpar la vida, penetrar en sus reconditeces y removerlo todo para que salgan á la superficie en donde verlas se pueda, tantas lacerías que fermentan en el profundo légamo, no ha sido

obra con la que nos hayamos atrevido para procurar transformaciones por las que debe pasar la sociedad, camino del mejoramiento. Escudriñar en lo íntimo de nuestros atavismos para rasgar las vendas con que se llevan cubiertas, por el buen parecer, llagas purulentas que es preciso cicatrizar con el enrojecido hierro de la causticidad, no ha sido empeño para el cual hubiesen quienes tuvieran virtud y ánimo, pues tan duro es arrollar las necias preocupaciones con que nos enmascaramos para ocultar las huellas que nos dejan hábitos perniciosos.

Por esto acogemos con aplausos la buena labor que desempeñan los que ponen mano en nuestras pequenezes y contemplan con ánimo regocijado los escozores que sentimos al soplar sobre nosotros un viento de zumba; por esto correspondemos con íntima satisfacción á la obra piadosa que toman sobre sí los que, la risa en los labios, punzan en nuestras carnes enfermizas con el aguijón de la burla que, á más porfiar, abre pequeños cauces por donde vertimos mala sangre. No será la suya grande obra de regeneración á cuyo influjo se vuelque la sociedad y se debata convulsivamente hasta recobrar su propio equilibrio; pero es valioso contingente del que habemos necesidad para curarnos de verrugas que acaso delatan interiores deformidades.

*
*
*

¿Autor habrá en quien no aliente el deseo de prolongarse en sus obras, para por medio de ellas sobrevivir á las mudanzas y hablar á la posteridad en idioma, ya olvidado, de tiempos que fueron?

Empero siendo ese un legítimo empeño, cuán pocos salvan la barrera del olvido, sobre todo si ha de reflejarse en sus producciones el criterio de una civilización sobre la que erige otras la humanidad, con afanar vertiginoso, en su éxodo á través de la vida.

Puede ser que bajo formas sucesivamente nuevas palpiten inmutables sentimientos y eternos ideales, acusando las modificaciones, con su propia volubilidad, la perenne inquietud de las almas que no encuentran aún reposo en las efímeras promesas con que se calman sus anhelos; mas esas formas en que se moldean nuevos estados de cultura rigen la vida social, traducen sus modalidades y van, por lo mismo, camino de la caducidad.

Mas, porque los libros de costumbres combatan rezagos y anacronismos del pasado; porque tiendan á modificar aspiraciones y creencias, hábitos y prácticas; porque les inspire el propósito de derribar viejos ideales que no hemos alcanzado en esfera alguna de la existencia ¿querrá decirse que han de subsistir solamente con la oportunidad en que revelan los contrastes de la vida actual?

Nó; ni, tampoco, que lo limitado de su existencia ha de ser parte á negarles su valiosa cooperación en la obra del mejoramiento social; pues tanto valdría como poner en duda que es magisterio la crítica, que corrige deleitando. Es, simplemente, pensar que en esos libros debe campear el ingenio, con cuyo prestigio se salvan las lindes del olvido; es pensar que debe en ellos haber grande sinceridad y sutileza.

Sutileza, sinceridad, ingenio, ¿acaso en las *Domingueras* de Jig Gómez?

Sí, por cierto. Y si no fuera larga hasta el fastidio la transcripción de pasajes que en estos artículos abundan, ya nos daríamos el placer de comprobarlo, sin quedarnos á la espera de que sea el lector quien tal haga.

Habría, debe haber quienes juzguen que el ingenio necesita siempre elevarse sobre las humanas miserias y vibrar en regiones luminosas desde donde derrame sobre nosotros consolaciones y bienaventuranzas; pero de grandeza y pequeñez, de lo sublime y lo ridículo, de lo que se encumbra y de lo que se arrastra se compone la vida. El toque está en percibirla con fina sensibilidad y en revelarla sin que la desnaturalice la fábula, sin falsificarla con enmendaturas convencionalistas, sin quitarla eso de contrahecho que le es propio.

Puede el asunto ser de aquellos en que se sienta el aliento de grandes pasiones, ó de los

que traducen sentimientos vulgares y corrientes; lo que se requiere es mirar en ellos con la buena intención de enmendar entuertos, de castigar desmanes, de suavizar asperezas, de desenmascarar ficciones.

* * *

En los pequeños cuadros de Jig Gómez descuellan, entre muchas otras que habrá de descubrir el atento lector, sin que sea necesario dárselas á saber por antemano, dos cualidades que á nuestro entender son las capitales: el golpe de vista certero y la naturalidad.

Situación no hay que se haya creado antojadizamente, antes bien en todas palpita la realidad, todas son vividas, sin que en su composición intervenga la fantasía para cosa que no sea saber presentarlas por aquellos aspectos, en cuya contemplación dejamos vagar plácidamente el ánimo.

La descripción del medio en que se desarrollan las numerosas escenas que rápidamente se suceden en esta obra, por la fuerza del colorido, por la precisión de los detalles, por la propiedad más cabal, acusa un temperamento artístico, á través del que las cosas adquieren viva expresión, despertando nuestro interés por el mismo caso de haberlas visto pasar por delante de nosotros, sin que se nos ocurriera tomar cuenta con ellas según fuera debido.

La nota palpitante, el asunto de actualidad, han sido de preferencia escogidos para ponerlos

en sazón de ser saboreados gratamente, así retozara en nosotros una comezoncilla de que nos curaran agudezas y donaires; y quizás por esta razón alguna vez se dijera del autor cosa como la de ser extranjero; ó, lo que es lo mismo, persona con quien nada habían de ver cuestiones nuestras, cual si la expurgación de pecados debiera también de haberse nacionalizado.

Y sin embargo causa es esta que nos ha privado del gusto de que Jig ponga en solfa tantas culpas de que no tenemos aún absolución porque no hemos querido que otros se las confesaran por nosotros; mas su buena parte se llevan discreteos y tragines políticos en *que ha tropezado por gracia de la ciega casualidad*, y murmuracioncillas sociales que se le han ido de la pecadora lengua sin poderlo remediar.

¿Y los tipos en quienes se han personalizado nuestros idiotismos? Ah! Los que desfilan en procesión pausada por las *Domingueras* son tales, que en verdad y conciencia debemos reconocernos en ellos, sin pretender la renuncia de nuestro abolengo.

Los hay palurdos que reniegan de que la vida haya salido (?) de aquellos cauces por donde risueñamente corría bajo la paternal providencia de gobiernos que lo hacían todo, para que holgase el pueblo de no hacer cosa alguna; los hay que suspiran por los beatísimos tiempos en que se celebraban los grandes días de la *Causa* con

procesiones religiosas; los hay entusiastas por toda innovación, venga ó no al pulso, como se llame innovación; los hay de formas y diversos tamaños, encuadrados siempre, eso sí, en el marco de la oportunidad.

* *

Persona ventajosamente conocida en nuestra sociedad es el Sr. Dr. Juan Ignacio Gálvez; pero nos cumple decir de él dos palabras, necesarias al propósito de hacerle conocer de sus lectores, por otros aspectos del en que ha sabido á ellos presentarse bajo el pseudónimo de Jig Gómez.

El Dr. Gálvez es oriundo de Bogotá en donde vino á la vida hace 39 años.

Educado en un medio de labor y de lucha, supo en edad muy temprana de los rigores de la existencia que le aleccionaron á tomar el honor como fundamento de la vida, y el trabajo rudo y esforzado como sustento del honor.

Temprano también despuntaron sus inclinaciones al estudio y sus tendencias á abrazar la causa liberal, en tiempos de hallarse esta perseguida en su patria; lo que contribuyó á afirmarle en ella, pues tal suele suceder con espíritus altivos en quienes la pesadumbre de los prejuicios despierta rebeldías que estallan con el clamor de la protesta.

De temperamento ardiente, y batallador, ha gustado de alzarse en hombros de turbas enfurecidas, para hablarles de ideales generosos, de

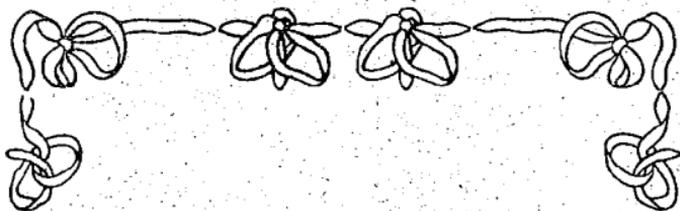
santas redenciones; y ha dado buenos años de su vida á la labor regeneradora, por cuyo triunfo ha combatido en la tribuna popular y en el campo de batalla, sin que le arredraran los enconos oficiales, ni quebrantaran su empeño persecuciones y calabozos. Lejano ha de estar el día de lograrlo, cuando ha tocado á puertas amigas, á nuestras puertas, para entrar por ellas en busca de otros ambientes que trajeran á su alma la serenidad de que se ha menester para recobrar agotadas energías.

Escritor atildado y de fuste, en las campañas del periodismo ecuatoriano ha sabido manifestar mesura y comedimiento, sin abandonar el servicio de sus ideales; literato distinguido, sus producciones denotan el refinado gusto moderno, que no paladean los tradicionalistas que entienden el Arte como una divinidad agena á la vida, al dolor, á la efímera felicidad humana; poeta de estro vigoroso, comulga con los que usan de la palabra como símbolo de complejos sentimientos, que lleva en sí el poder de intensificar las emociones hasta lo infinito.

Joven es aún el Dr. Gálvez: "no sería buena con él la vida" si no le tuviera reservado puesto de honor entre los escogidos.

L. E. Escudero.

Quito, Septiembre de 1910.



I

AMADOS hermanos míos!

No vayáis á creer por este introito que voy á echaros un sermón; si fuera peluquero le echaría una peluca á cualquiera; pero ni lo uno ni lo otro:

Disposiciones no me han faltado para ambas carreras, y hasta para las de á pie que anuncia el *Sport Club*; ni vocación para ser un simpático curita de esos visitadores, ó un hablador discípulo de Fígaro. Si hubiera sabido latines, pero nada: fui como aquel que traducía: *in diebus illis*: "indie, son los indios, el *busilis* no sé lo que signifique;" y en cuanto al arte dignificado por el otro que dijo: *quod natura non datur peluqueribus prestat*, me gustaba por aquello tan recomendado en proverbios y almanaques, de experimentar en cabeza ajena, cosa que únicamente los peluqueros practican, quieran que no.

Pero tampoco; á las primeras me reprobó el maestro Isidoro; á un guambra que cayó en mis manos, con más pelos que una brocha gorda; le metí una trasquilada que lo dejó como fraile motilón, y tuve, como Horacio en la batalla de Filipos, que botar el escudo, es decir, las tijeras, y dedicarme . . . á los versos y las crónicas; profesión ésta que ha perdido en categoría desde que los *coronistas*, personas de pro y de viso, aplebeyaron la palabrita y entregaron la guardia á los cronistas, que pululan humildes en su oficio de llenar cuartillas para ganar *cuartillos* ya que los *medios* de subsistencia son escasos en tierra en donde la riqueza no ha sentado sus reales, y no aparece en la historia sino un *Sucre* que murió en Berruecos y ya lo quisiera yo tener en mi bolsillo.

Ya lo sabéis, innúmeros lectores, quién es este vuestro servidor que cada domingo ocupará una ó dos columnas del diario solfeando la crónica de la semana.

Pero antes de entrar en materia, ó en espíritu, quiero hacer os una advertencia de capital interés, ó de capital é intereses, como queráis; tanto para salvarme de responsabilidades, como para que no toméis á lo serio mis *Domingueras*, pues así como hay dipsómanos, cleptómanos, irresponsables, según la ciencia, así hay quienes, como yo, tienen un miedo cerval á decir verdades, y para llevarse bien con todos las guardan en su almarío con triple vuelta y echan afuera todas las mentiras que son el pan nuestro de las relaciones sociales. Decir verdades! atrevoos si sois hombres! La mentirilla, esa dulzona, de común recibo y de fácil absolución, es la que circula; la verdad se queda estancada, como moneda falsa, si corre es á hurtadillas, por la espalda.

Cierto día un amigo, en una reunión, me presentó con mucho entusiasmo á un caballero, y cuando después de estrecharnos cordialmente las manos, el presentado volvió las espaldas, mi amigo murmuró á mi oído: ése que te presenté es un bandido, ha matado á su padre, á su madre y á su suegra y se robó una custodia.—Pues, hombre, te agradezco la presentación de ese ejemplar.—Pero, debo agregarte, replicó mi amigo, que ahí donde lo ves es muy apreciado en la sociedad y muy simpático

Decir la verdad, no, especialísimos lectores: no me exijáis que diga la verdad; eso es sumamente peligroso y quiero conservar mis amigos y amigas.

Las señoritas tipógrafas que están muy formales aprendiendo un arte que les servirá de honroso sostén cantan en coro:

“Si estos tipos no estuvieran
Tan en prensa como están,
Nos dijeran, nos dijeran,
Nos dijeran la verdad.”

Y así, después de esta aclaratoria, al fondo: El primer acontecimiento que impresionó esta semana á la ciudad que antes fue de los Scyris, pero que hoy es de los quiteños, ha sido un asunto profesional: el doctor Germaquer, cirujano francés, alega que hizo una operación quirúrgica que no le resultó ninguna operación comercial, y el doctor Rivadeneira contesta, que el cirujano junto con el bisturí le metió un clavo á su cliente, y que él quiere sacárselo. No profundizaré este embrollo porque hay un abogado y otros instrumentos cortantes de por medio: me declaro filohomeópata.

Voy á una visita: unas amiguitas de todo mi aprecio charlan de teatros y bubónica; no se ha tocado todavía el corriente asunto de las fiestas religiosas y los milagros del Padre Riera.

—¿Y ya te abonaste?

—Hija, si eso está muy caro; la Rosita sí se abonó.

—Pero es la María Guerrero... ¡cómo nos vamos á quedar sin verla!

—Lo cierto es, dice un joven, que ya está lleno el abono de 200 sucres cada palco.

—¿Con entradas?

—Y sin salidas.

Metó mi cucharada: —¿Y no se han abonado ustedes para que puedan tomar un palco desde donde ver la bubónica, sin peligro?

—Cómo! ¿la bubónica llegará hasta aquí?

—Vaya! viene la Guerrero desde Chile y no vendrá la otra desde Toltel. La junta de higiene ya ha abierto al efecto un abono... en las quebradas, y se la espera próximamente. Eso va á ser divertido: el terreno está más abonado que el teatro, verán ustedes.

—Pero dicen que poniéndole á una linfa, no le da.

—Cierto, pero aquí no hay más linfas que las del Machángara, y esas verdaderamente pueden preservarnos de la bubónica y hasta de la mugre, pero lo malo es que esa agua cuesta más caro que la de Vichy ó lo de Güitig.

—Sin embargo, objeta un señor respetable, el doctor Andrade Marín asegura que de cada cien casas de Quito hay tres desaseadas, según el DIARIO DEL ECUADOR.

—¿Qué hay ciento tres por ciento de casas desaseadas?

—No, tres únicamente en ciento, las demás están como una tacita de plata.

—Oh! el doctor Andrade Marín y la Catedral es lo mejor que tenemos; es el único que se preocupa, que hace algo, tan simpático! dice la señora de la casa con una sonrisa muy amable.

—Pero, observo. lo sensible es que toda esa buena voluntad, por más buen fondo que tenga, se ve cohibida por falta de fondos.

—¿Qué no hay plata? Sí la hay. La Compañía Guerrero-Mendoza verá usted que se llevará sus doscientos mil sucres; hay tanto entusiasmo!

—Y la bubónica costará su milloncito, no le quede á usted duda.

—Ay! qué haremos si viene la peste! exclama una niña de ojos que ya me los quisiera para alumbrar el ojo de la cerradura de casa en una noche oscura.

—Pues salir corriendo al primer muerto que se vea.

—¿Para dónde?

—Para Pasto.

—Prefiero la bubónica, me quedo.

Pero así como no hay misa sin epístola, tampoco hay visita sin Alfaro, y pronto salió á discusión la política y el Presidente como responsable de todo, de la gripa, de las lluvias, de la sequía, de la bubónica, &, &.

Era de verse á las niñas quinceañeras, y á las señoras discutir sobre arduos problemas de política con el ardor de diputados en congreso pleno y barra llena. Encantadoras estaban las chiquillas y las señoras; pero como en la política no toco ningún pito, me fui con la música á otra parte.

Al bajar la escalera, ufl por trises me caigo: un tufillo que no á rosas ni á claveles olfa, me dio en las narices y pensé: estoy de malas, esta

casa es una de las 3 por ciento de que habla la junta de higiene!

Tomé calle arriba, ó calle abajo, y pronto me convencí de que lo que iba á tomar era un tifo, ó cuando menos gripa: qué aromas! En ciertas calles, por donde quisiera yo llevar en corporación después de las ocho de la noche á todos los concejales, junta de higiene y más encargados de velar por la salud pública, se cometen nocturna y diariamente más asesinatos que los que perpetrar los apaches en París; éste es un modo de salir de un prójimo como cualquier otro: se provee uno de un antiséptico que pueda ir oliendo disimuladamente, se convida á la presunta víctima á dar un paseito, y no hay más á la semana siguiente se acompaña el cadáver al cementerio, y que lo descubran á uno.

Cuando menos acordé, en mis meditaciones, me encontré en una calle nueva las casas se elevaban á una altura inconmensurable, como si brotaran de la tierra con cimientos y todo y se fueran elevando, elevando Si siguen subiendo será preciso que cada morador para llegar al zaguán de su casa se provea de la escala de Jacob, que es la más larga que recuerda la historia.

Es la carrera Maldonado, llamada hoy de la *Exposición*, por lo expuestos que están sus inquilinos á derrumbarse sobre los transeúntes.

Las condiciones de vida de los habitantes de aquellas casas han variado por completo: de lo primero que han tenido que proveerse es de anteojos de larga vista para ver á los que pasan por la calle; eso de miraditas de los enamorados desde la esquina, se acabó, el novio tiene que *entrar* ó mejor que *subir* si quiere ver la punta de la nariz á su amada. Los padres y maridos celosos están buscando casas por ahí.

Ya, en altas horas de la noche ó del día, porque allí son *altas* todas las horas, no se oyen estos diálogos:—Hija, bótame la llave de la puerta; sino éste:—Echame la garrucha.

Por supuesto, que es indiscutible que los dueños de casas en la calle de la *Exposición* deben estar sumamente agradecidos de que sus casas, que eran de dos pisos, se hayan convertido, por obra y gracia de la excavación y sit que les cueste un cuarto ni del bolsillo ni de la vivienda, en casas de cuatro y cinco pisos; y de verse libres de mendigos y petros, y de tener los zaguanes convertidos en fondas de los indios. ¿Que más? Creo que están tan convencidos de estos beneficios que le *bajarán* una manifestación al ingeniero inventor.

Y si algunos no firman, porque se creen en peligro, hay que repetirles aquello de mal de muchos... porque ahí ven ustedes á los señores concejales que se reúnen tan impávidos en un palacio municipal que no es tal palacio y que el día menos pensado los aplastará con un argumento contundente. El Sr. Gobernador quiere meterle el hombro, algunos gritan abajo! que se tumbel pero nada; la cuestión, dice el Concejo, no es derribarlo... porque eso cuesta mucho, es más económico que se caiga y... muera Sansón con todos sus filisteos.

Unos pasos, que resonaban en la profundidad del túnel, me sacaron de mis cavilaciones. Un sujeto avanzaba hablando solo:... el carro, los plátanos, el pescado... estoy fritol

Lo conocí al instante,— Chelao! pobre amigo; hablando solo; aquí me tienes para que charlemos.

—Nada, me contestó, voy hasta Chimba-calle, á ver si ha venido el carro, te dejo, adiós, saludes en tu casa!

Entonces, conmovido, me senté en una piedra de la plaza de la Recoleta y mientras su silueta encorvada se perdía en las sombras, saqué un cigarrillo y un lápiz y escribí estos

Versos fructíferos y pés... imos

Está Chelao, (1) el amigo,
 Con las frutas y pescado
 Por desgracia tan chiflado
 Que yo de ello soy testigo:
 Ese negocio á la diablo
 Lo ha dado ya, sin disputas,
 Pues de pescado y de frutas
 Solamente es de lo que habla.
 Si una muchacha divina
 Llega á encontrar en la calle,
 Dice elogiando su talle:
 Es un talle de *corvina*.

Cuando un amigo afanado
 Le preguntó ¿cómo estás?
 Le contesta: muy bien, mas
 Ahora estoy *magullado*.

Ni aguáceros ni catarro
 Alega nunca en su cuita,
 Pero si falta á una cita
 Es porque *no llegó el carro*.

Un tal Melo, bonachón,
 De amigo le vino al pelo,
 Porque notó que de Melo
 Sale aumentado: *melon*

Diz que diez sueres cabales
Una libra es, por supuesto,
 Mas á Chelao se le ha puesto
 Que *una libra es ocho reales*.

(1) Wenceslao Campuzano, apreciable caballero colombiano, quien se metió en el negocio de traer frutas y pescado á Quito, pero no tuvo clientela y lo suspendió después de muchos dolores de cabeza y muchos sueres perdidos.

Si ve en alguna ocasión
Pálida á una chica: vayal
Le dice, que la *papaya*
Ayuda la digestión.

Niega con mucho gracejo
Que haya progreso fecundo,
Pues dice que marcha el mundo
Para atrás, como el *cangrejo*.

A una muchacha sencilla
Dijo al pedirle la mano:
Eres dulce cual *banano*,
Suíve cual la *mantequilla*
Es mi esperanza á tu lado
Verde como el *aguacate*,
Son tus labios un *tomate*
Que ha venido en *buen estado*,
En tus ojos de *limón*
Vi por la primera vez
Que agua necesita el *pez*
Y hay *hielo* en tu corazón;
Si doy á mi anhelo cima
Camarones te daré,
Y en *mi carro* te veré
Ir, si quieres, hasta *Lima*,
Porque allá dan, como aquí,
Los naranjos de mis lares,
Para tí sus azahares,
Las *naranjas* para mí.
En tus brazos acabar
Quiero mis años mezquinos,
Porque tus senos divinos
Son un *mango de chupar*.
El recuerdo que tu amor,
A mi pasión le consagre,
Lo conservo como un *bagre*
En un *refrigerador*.
Oye mi quebranto, niña
Que te ves tan adorada,

Si de tí saco *tajada*

Seré tajada de *piña*.

Así, con toño buíleso,

Expresa sus desengaños,

Lamentando que los años

Lo estén pasando de *fresco*.

Lo ha vuelto el negocio loco,

Pues él, que nunca se aterra,

De Guayaquil á la Sierra

Le tiene miedo hasta al *coco*.

Si como hay santa semana

Se hiciera santo algún día,

Fuera sin duda *san día*

De Chelao fiesta cristiana.

Con amistosos excesos

Tuvo la condescendencia

De hacermé una confidencia

Cuando empacaba unos *quesos*,

Y Chelao, por exclamar:

Te abro á tí mi corazón,

Dijo: á ti te abro mi *ostión*

Para que puedas juzgar.

Y por decir que ha llegado

Parte de fruta podrida

Dijo: la *fruta prohibida*

Me tiene muy preocupado,

Esto hay que al final llevarlo

Porque es muy bueno el negocio,

Pero necesito un socio

Y no sé dónde *pescarlo*.

Mas Chelao en sus campañas,

Siempre sale á la vereda,

Porque un recurso le queda

Y es segñir metiendo *cañas*!

No saca *frutas* mezquinas

Quien trabaja con constancia:

Tiene el *pescado* fragancia,

Pero también tiene *espinas*.

Después de esta tirada poética, cuando la luna más triste que un empleado, durante el último Ministro de Hacienda que ha renunciado á no tener que echar nones á los cobradores, salía entre nubarrones, volví á mi casa.

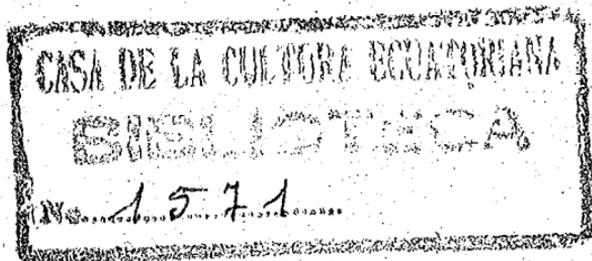
Al pasar por una cantina, oí este diálogo:

—Ha renunciado don Tomás.

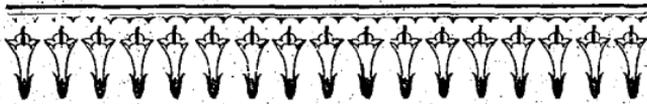
—¿Qué Tomás?

—Una copa de oportó.

Me gustó la idea y brindé á la salud del paciente lector y de la amable lectorcita que ma haya leído hasta aquí.







II

SI le asegurara al lector que no sé por dónde empezar, ni qué decir, con seguridad que me creería. Bendita ciudad ésta de Quito, en donde lo único que pasa es que no pasa nada: ni un robo con escalamiento, ni una fractura de alguna pierna ó de una puerta, ni un asesinato con circunstancias agravantes, nada, absolutamente nada: aquí no lo matan á uno sino las quebradas y los ojos de las niñas, que son matadores, según un poeta chirle, y le roban la paciencia las telefonistas y empleadas de correos. Aquí no hay materia *delictuosa*, que diría un jurista, ni para una crónica ligera: la Exposición, los expuestos y los expósitos, son temas, no contravenciones; y habré de sacar esta Dominguera como Júpiter sacó á Minerva: de la cabeza; y así saldrá ella.

La semana principió con un acontecimiento *art nouveau*, una luna de miel como un queso; un matrimonio *presbiteriano*, es decir, un presbítero que tomó otro estado, que recibió el último sa-

cramento, no el de la extremaunción, sino el del matrimonio. Esto es, cambiar hábitos probablemente malos por hábitos buenos.

Realmente que éste es un *caso* que se presta á consideraciones filosóficas y hasta ultraterrenales: cambiar la vida plácida, regalada y llena de esperanzas futuras, del curato, por la prosaica, accidentada del matrimonio, no puede explicarse sino por una de esas tentaciones que hacían ver candelillas á San Antonio. Y pensar que todo se puede conseguir sin entregar los cinco claveles! con alargarlos no más.

El sacerdocio imprime carácter y hasta pastorales; no impunemente se lleva la sotana algún tiempo; parece que ese vestido talar se pegara á las carnes como la túnica de Neso. Se pueden guillotinar los hábitos, pero el que ha vestido casulla y bonete, y aunque vaya de gabán y chambergo, tendrá todas las maneras, costumbres, pretensiones y humildades del clérigo, así como el militar vestido de paisano revela su estado en cualquier movimiento.

Dejar el derecho á ese puestecito caliente del confesonario en donde si es cierto que se sufre con las impertinencias de las beatas, que se acusan pecados propios y ajenos, se debe gozar mucho al penetrar en esas conciencias puras como una mañanita, en donde principian á revolotear tímidamente las pasiones, como palomas retozonas; dejar eso para tener que confesarse con la mujer cada vez que llegue de la calle ó regrese de un viaje, es francamente un cambio *radical* á que no todos se acostumbrarían fácilmente.

Pero en fin, no critico, cada cual puede hacer de su saco un sayo y de su bonete un gorro de dormir; no me meto en faldas; y les deseo á los desposados

Que de su dicha el *bautismo*
 Sea la *confirmación*
 De muy gratas esperanzas
 En su voluntaria unión;
 Que no tengan *penitencia*
 En la nueva *comunión*
 De bienes y de personas,
 Y que, con *extrema unción*,
 Den á todos testimonio
 De que habrá libertad y *orden*
 En su civil *matrimonio*.

*
 * *

Aprovecho esta ocasión para presentar á un amigo, un yanqui que con Mr. Lad, el simpático y servicial conductor del tren, forman excepción, es un yanqui culto, amable y que hace versos; *rara avis*, es Mr. Pickles, y por eso lo presento: alto, desgarrado, sonrosado como una doncella y tan sencillo que no parece yanqui.

—Dígame, Mr. Pickles, usted que sabe inglés, podrá decirme á qué hora llega el tren? le pregunto.

—Oh! ser eso mucho difícil, á veces viene á las seis de la mañana; pero si Ud. quiere yo preguntar por teléfono á la oficina.

—Con mucho gusto, ahí está el aparato.
 Rrrrr rrr rris, llama:

—Señogita, señogita, comuníqueme con la oficina del ferocaril.

Vuelve á sonar la campana.

—*Aló, aló* hablo con la oficina?

—No señor, habla con la Agencia de pompas funerarias.

—Carramba, no llamar yo allá.

Mr. Pickles se vuelve y me pregunta: ¿que es pompos fúnebros?

— Es una agencia mortuoria; equivocaciones del teléfono, deje U. pasar un momento y llame á la administración del cementerio á ver con quién lo comunican.

Mr. Pickles hace lo que le indico y vuelve á llamar.

—¿Con quién hablo?

—Con la Gran Farmacia, Botica y Droguería.

—Carramba, ahora es con una botica, me dice el yanqui.

—Tanto dá, cierre la comunicación porque habrá conección de líneas.

A poco suena la campana y contesta Mr. Pickles: ¿quién llama?

—Han llamado aquí, á la Estación.

—*All right*, ¿Sabe Ud. á qué hora llega el tren?

—Ya llegó.....

Mr. Pickles no comprende mi contrariedad; se me había anunciado que llegaría un nuevo Ministro de Hacienda y pensaba ir con la máquina fotográfica para tomar una vista del numeroso concurso que iría á recibirlo. Deseaba también hablarle muy recio para saber si tenía la principal cualidad para desempeñar ese puesto: ser sordo.

El yanqui entonces aprovecha la ocasión para decirme el objeto de su visita: quiere que le publique, no un contrato, sino unos versos que le ha acomodado á la niña de sus pensamientos, á una ingrata que lo ha calabaceado.

—Hombre, Mr. Pickles, le digo, evadiendo el compromiso, vea Ud. el gancho lleno de versos, es la colaboración que más abunda; sin embargo déjelos Ud. y ya veremos.

—Oh! no, yo querer que Ud. los oiga, y diciendo y haciendo los recita:

YA MI NO QUERERTE

“Tú qué estabas pensando, gran demonio!
Que si mi te quería estaba cierto?
Mi no querer te si á mi no me quieres
Mí más bien quiere que se queda muerto.

Yo te miré por la primera tiempo
E mí piensa que estabas inocenta,
Pero estabas culebra é yo me dije:
Esta mujer no quiere casamienta.

Un corazón que amaba grandemente
Por primer tiempo y que era para tí,
Tu lo mataste muy perfectamente
Con calabázos que pusiste á mí.

Desde entonces mí lloía como un niño
And always feel á cruel remordimiento,
De haber querido, estúpido animal,
A quien no tiene á mí cariñamiento.

Tú te verás más flaco como una gata,
E más descolorido que una muerta;
Tus muelas se caerán y han de venir
Uños viruelos que te vuelvan tuerta.

Entonces cuando vengues á pedirme
Que mí pasa por junto á tu ventana
Te contesto: “mi bien, yes, comé nó,
Ahí torció la cola la marana.”

—All right! Mr. Pickles, es Ud. un poeta,
pero como que esos versos los he visto publicados
en un periódico de Bogotá.

—Eso no importar á mí; yo haberlos escrito
é no tener culpa que otro haya dicho lo mismo.

Cuando salí á dejar á mi yanqui un trueno gordo como el premio de la Lotería de Madrid, que casi balda (1) á un buen amigo, rosonó en las alturas del Pichincha.

—Cuidado, Mr. Pickles, no le vaya á caer encima la policía de Quito.

—Oh! poi qué? Yo ser un hombre honrado y no hacer más versos.

—No, es que usted no sabe que aquí la policía está por las nubes, y cuando cae un aguacero como el que se prepara es que viene á hacer la limpieza, si no fuera por las lluvias

—Oh! yes, ya comprendo.

Y llamando un coche que providencialmente pasó se fué el buen amigo, y yo me quedé lamentando no tener á la mano el kodak para fotografiar al cochero y á su vehículo.

Qué coches! y qué cocheros. Con excepción de media docena que se llaman "de lujo" porque tienen llantas de goma y cojines carmesíes, y sobre todo porque la tarifa es un completo lujo, los demás como la pereza son un pecado capital ó de la capital, contra el cual hay una virtud, la *diligencia*, que es mejor digestivo que la papafina.

El único uniforme de los cocheros fuera del chaleco negro, es el sombrero; qué sombrero! ni el yelmo de Mambrino, acacerolado! Eso no es sombrero, es una tapadera, cuyo solo objeto imagino que sea taparles los ojos para que no se enternezcan con las angustias de los jamelgos. Pobres caballitos! el otro día ví á una pareja que se desbocó al divisar en lontananza una burra cargada con alfalfa. No hubo por fortuna desgracias que lamentar.

(1) A Guillermo Baldá, un caballeroso amigo, le hicieron creer, publicando el número que él tenía, que se había sacado la lotería. Unas copas de champaña fueron el premio de la broma.

Hay coches que, como ciertos políticos, no van á ninguna parte, son verdaderos coches de plaza.

—Vamos á Chimbacalle, cochero!

—No puedo ir, la pareja no alcanza.

—Vamos al Ejido.

—Y demora allá? (sacando el de níquel) porque tengo un compromiso.

—Vamos al cementerio (á otro)

—No puedo, porque el camino está muy malo.

Y este auriga tenía razón de sobra: ya los muertos que van al cementerio de San Diego tienen que ir por sus propios pies si quieren ir á reposar; si van en carroza tienen necesidad, de Santo Domingo para allá, que ir gritando en cada esquina, no los muertos, sino los deudos, como hacen los arrieros en ciertos desfiladeros. Cuando se lleguen á encontrar dos duelos en una de aquellas callejuelas más estrechas que el camino de la felicidad, no sé como puedan pasar, y si los cadáveres no llegan solos á su destino, será por algunos amigos fuertes, compasivos, que los lleven á costas orillando esa vía dolorosa por donde el que pasa no vuelve..... á pasar.

Un observador me hacía notar una raya negra á lado y lado de la calle; como una cenefa interminable, y traducía: que eran los codos de las levitas de los concurrentes á los entierros de lujo, que habían dejado allí la señal de la marcha!

Si continúa esa vía de los muertos en el descuido en que la tienen los vivos, la única salvación que tendrán los fallecidos será que los lleven en aereoplano; ¡oh! la conquista del aire, que nos libraré de los malos caminos y hasta de que nos conquisten los yanquis ó los japoneses!

¿Los japoneses?, sí, japoneses, aquellos que diseñaban planos en nuestras costas, vendrán pero á ser enjuiciados y pagarán el juicio con *costas* por meterse en nuestro Pacífico territorio. ¿Con qué sacando planos, eh?

Pues aquí habrán de cantar de plano aunque no hablen español; que levanten un plano, si son tan hábiles de la calle de la Exposición y les perdonamos las vidas, aunque no somos ningunos perdonavidas.

Y hasta el domingo, que me saldrá mejor.





III

MIS amitos y niñitas, buenos días tengan sus mercedes, aquí está su cieguito, iba á decir, como el pobre que con voz de secretario de cámara, cuando el secretario tiene buena voz, clama los sábados en todas las casas; pero no: aquí está su *dominguera*, digo, y dad gracias al Todopoderoso que no ha salido entre dos rayas negras, á manera de duelo: porque, efectivamente, me he escapado de tener un duelo que, aunque tuviera todos los panes de Charpantier, no sería menos . . . un duelo á hisopazo limpio . . . con un *sacristán* por padrino.

Figúrense, amables lectores, que yo, solterón empedernido, tengo mis ideas, muy más y también de un señor Tolstoy, á quien ustedes deben conocer de vista, sobre el matrimonio y hasta sobre el amor: me gustan mucho más las mujeres que los hombres, es una debilidad, lo confieso, pero las quiero á todas.

Lo confieso, me enamora
 La mujer, siempre tan buena;
 La pálida, la morena,
 La rubia que el sol colora,
 La ojinegra que atesora
 De amor y fuego un portento;
 La de alegre entendimiento
 Y la de tristes ideas;
 Y hasta me gustan las feas
 Si tienen gracia y talentol

Pero en tocando matrimonio . . . soy su enemigo acérrimo, no sólo del civil, no señores, también del *eclesiástico* y más de los eclesiásticos . . . que se casan.

A propósito de esto, recuerdo un cuento:

Se iba á celebrar una boda; el numeroso concurso esperaba en la Alcaldía la llegada del funcionario que debía unir á los contrayentes per *sécula seculorum*. El novio y la hermosa novia saboreaban ya su próxima felicidad y la alegría, con un poco de temor ó inquietud, se dibujaba en sus semblantes. El Alguacil, con tricornio y de uniforme, arreglaba todo para el acto que iba á efectuarse; este Alguacil, un viejo de barba cana, y envejecido en esas tareas, iba de un lado para el otro. En una de esas, al pasar por cerca al novio, le dice en reserva:

—Ud. va á hacer una bestialidad!

El novio creyó no haber oído bien, pero á poco el Alguacil vuelve á pasar y le dice:

—No se case Ud!

¡Qué inquietud para el futuro esposo! ¿Por qué le diría el viejo esas palabras? Cómo hacer para pedirle explicaciones? Vuelve á pasar el viejo y le repite:

—¡Qué barbaridad la que va á hacer Ud!

La alarma del novio crece, pero cómo salir de dudas?

En ese momento entra el Alcalde y en un santiamén, pafl los casa.

Entonces el esposo, pálido de emoción, llama aparte al viejo alguacil y poniéndole en la mano un luis, le dice:

—Caballero, cuénteme Ud. lo que sepa.

—Lo que sepa de qué?

—Lo que sepa Ud. de mi novia, de este matrimonio. . . .

—Pero, señor, si no sé nada.

—Entonces, por qué dice Ud. que he hecho una barbaridad?

—Bah! esa es una opinión personal, señor; siempre que veo un matrimonio creo que el que se casa hace una barbaridad, y esa es una opinión como cualquiera. ^a

Por suerte que aquel novio no tuvo como el mío, cuyo matrimonio conté en la anterior *dominguera*, un *sacristán* que le soplara: "péguele al Alguacil," porque si el futuro, que ya era pasado, le hace caso, se arma una tremolina como la de Albujaqueta que cuenta Hurtado de Mendoza.

Por fortuna también, para mí, el sacristán que aconseja al recién casado que me tome cuentas, de rosario, y de *hecho* me deshaga, dejó su consejo en el buzón, y allí quedará. Estoy ya tranquilo, yo que me sentía ya *pegado* á mi escritorio, y *muerto* de pena por no tener que contar, aunque fuera plata ajena en esta *dominguera*, estoy vivo y coleando, lo que siempre es un buen augurio. Por supuesto que si el duelo se hubiera arreglado con pompas fúnebres, carroza y sacristán, aunque se me hubiera atravesado en mi camino ó en mi torax, lo habría aceptado, ¿saben ustedes para qué? Para tener algún acontecimiento de crónica sensacional que rimar, ¡qué notición! y si me mataran. . . . hom-

Lo confieso, me enamora
 La mujer, siempre tan buena;
 La pálida, la morera,
 La rubia que el sol colora,
 La ojinegra que atesora
 De amor y fuego un portento;
 La de alegre entendimiento
 Y la de tristes ideas;
 Y hasta me gustan las feas
 Si tienen gracia y talento!

Pero en tocando matrimonio . . . soy su enemigo acérrimo, no sólo del civil, no señores, también del *eclesiástico* y más de los eclesiásticos . . . que se casan.

A propósito de esto, recuerdo un cuento:

Se iba á celebrar una boda; el numeroso concurso esperaba en la Alcaldía la llegada del funcionario que debía unir á los contrayentes per *sécula seculorum*. El novio y la hermosa novia saboreaban ya su próxima felicidad y la alegría; con un poco de temor ó inquietud, se dibujaba en sus semblantes. El Alguacil, con tricornio y de uniforme, arreglaba todo para el acto que iba á efectuarse; este Alguacil, un viejo de barba cana, y envejecido en esas tareas, iba de un lado para el otro. En una de esas, al pasar por cerca al novio, le dice en reserva:

—Ud. va á hacer una bestialidad!

El novio creyó no haber oído bien, pero á poco el Alguacil vuelve á pasar y le dice:

—No se case Ud!

¡Qué inquietud para el futuro esposo! ¿Por qué le diría el viejo esas palabras? ¿Cómo hacer para pedirle explicaciones? Vuelve á pasar el viejo y le repite:

—¡Qué barbaridad la que va á hacer Ud!

La alarma del novio crece, pero cómo salir de dudas?

En ese momento entra el Alcalde y en un santiamén, paf! los casa.

Entonces el esposo, pálido de emoción, llama aparte al viejo alguacil y poniéndole en la mano un luis, le dice:

—Caballero, cuénteme Ud. lo que sepa.

—Lo que sepa de qué?

—Lo que sepa Ud. de mi novia, de este matrimonio. . . .

—Pero, señor, si no sé nada.

—Entonces, por qué dice Ud. que he hecho una barbaridad?

—Bahl esa es una opinión personal, señor, siempre que veo un matrimonio creo que el que se casa hace una barbaridad, y esa es una opinión como cualquiera.

Por suerte que aquel novio no tuvo como el mío, cuyo matrimonio conté en la anterior *dominguera*, un *sacristán* que le soplara: "péguele al Alguacil," porque si el futuro, que ya era pasado, le hace caso, se arma una tremolina como la de Albujaireta que cuenta Hurtado de Mendoza.

Por fortuna también, para mí, el *sacristán* que aconseja al recién casado que me tome cuentas, de rosario, y de *hecho* me deshaga, dejó su consejo en el buzón, y allí quedará. Estoy ya tranquilo, yo que me sentía ya *pegado* á mi escritorio, y *muerto* de pena por no tener que contar, aunque fuera plata ajena en esta *dominguera*, estoy vivito y coleando, lo que siempre es un buen augurio. Por supuesto que si el duelo se hubiera arreglado con pompas fúnebres, carroza y *sacristán*, aunque se me hubiera atravesado en mi camino ó en mi torax, lo habría aceptado, ¿saben ustedes para qué? Para tener algún acontecimiento de crónica sensacional que rimar, ¡qué notición! y si me mataran. . . . hom-

bre, sería una lástima, pero ahí quedaría *Juan Lata* (1) para contar el cuento.

Pero lo que es el *hecho* me ha dado tema de reflexión; efectivamente me siento cohibido, pues lo cierto es que no se puede hablar nada, ni en chanza, mucho menos en serio, sin que el aludido ó no aludido, no se amosque y quiera pasar á mayores y hasta á coroneles. Qué cutis, ó cúti-ses tan finos! Qué epidermis tan delicadas! un cefirillo blando que vaya en letras de molde los cuarteas, pero el huracán de la chismografía social, verdaderamente cruel y despiadada no les causa una arruga!

Y el conflicto en que me hallo es más grave, para mí, que el de Tacna y Arica: por un lado las lectorcitas para quienes con más cariño escribo me piden que no faltén las *Domingueras* y hasta me dan datos... y por otro este miedo que me pone la carne de gallina y me hace ver peligros en todo lo que escribo, porque se me imagina que todo lo que digo lo han de tomar en doble sentido, aunque no tenga ninguno, ¡maliciosos!

Temo hablar del *mal tiempo* porque no faltará algún suspicaz interpretador que crea que me refiero al inpopular colega de la vuelta; ni de la crisis del *comercio*, porque creerán que me chanceo con el serio cofrade matutino, ni mostrarme *imparcial* porque dirían que ya es que le tomo... el pulso al colega meridiano, ni hacer *bambolla* por ningún acontecimiento porque no faltaría un *doctor* que le diga á Camarero que taje el lápiz número uno que él posee y me deje como al doctor Durán, poniéndole notas al Código Civil. Y no crean ustedes que exagero la

(1) Seudónimo de un chispeante y original escritor quiteño.

susceptibilidad del público, nada de eso; por haber hablado sobre el matrimonio eclesiástico ó civil, no ha faltado quien diga que me meto á los hogares, como cierto tipo que ya está en Chirona, y que se me pida, por buzón..... explicación.

Y la voy á dar, porque me gusta explicarme: ¿saben ustedes porque no me agrada el matrimonio?

Pues porque llegó Antonio Monge, (1) y se que á ese sujeto le gusta mucho todo matrimonio y quiero diferenciarne de él.

Me parece que me he explicado.

Por lo demás, esta es la última que doy, porque he resuelto batirme en retirada y no aceptar duelos sino por tarjeta.

“De una coz mató un burro á un pobre tordo
Sólo porque le dijo, está usted gordo.
Es el más grande mal entre los males
El tener que tratar con.....”

Dejo al cuidado y responsabilidad del lector poner el consonante que le venga en gracia.

Ahora, *verbi idem*; quisiera revistar la linda tertulia con que el General Bonilla y su distinguida esposa obsequiaron á sus amigos antes de anoche, dándonos el placer, entre muchos, de oír á la señora de Bonilla y al doctor Durán, maestros en el arte de Beethoven, pero no me atrevo, porque si digo para principiar: en casa de un simpático *dominicano* y su señora... me salta todo el convento de Santo Domingo protestando... y hasta se dirá que me burlo de los hábitos predicadores.

(1) Emulo de Soleiland, perseguidor sádico de casadas y doncellas, fue desterrado del país para que fuera con la música y sus escándalos á otra parte.

Tampoco hablaré de la *Unión de periodistas y escritores* proyectada, porque ésta podrá hacerse, pero en secreto, lo que es en público, apenas se habla queda establecida la desunión. Falta un San Martín de Porras que nos haga comer en el mismo plato de la popularidad. Unir á los periodistas, cuando cada quien diera un ojo de la mano y un dedo de la cara porque los demás se suspendieran de la noche á la mañana, por ahí á la hora en que canta el gallo. Francamente sería delicioso que no hubiera más que un diario, siempre, por supuesto, que fuera el de uno. Pero como esto no es tan hacedero, viene la solución, no natural, pero sí latina, de que cada cual siga por su lado, y si se le puede hacer un mal al colega, no se le hace pero sí se le desea.

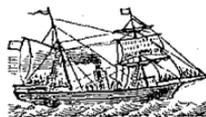
Tampoco dire esta boca es mía, en el asunto Perú-Chile; lo menos que me replican es que no me importa que se rompan la crisma ó las hostilidades, que son alarmas infundadas y que las escuadras bogan en la mar de leche. . . . Son tan sabidos.

El *Tío Sam* es de hoy en adelante y merced á la editorial advertencia de un colega, un excelente tío del cual no se pueden decir sino elogios, lo contrario es. . . . envidia "porque es grande y rico," y como no quisiera aparecer envidioso del imperio de Roosevelt, me callo todos mis pronósticos y dejé al buril del grabador que diga lo que yo no puedo decir, de ese galanteador que quiere seducir al Perú. . . . para no casarse después.

Y como tengo entre lente y lente clavado esto del matrimonio que, como la mortaja del cielo baja, termino esta aquí, haciendo votos, como un escrutador, porque entre mis lectoras haya una que se resuelva á destruir mi celibato

ideal y me dé su blanca mano, pues al final de esta *Dominguera* he resuelto casarme, ó que me cazen, como diría un andaluz, para contar algún matrimonio sin que haya reclamos.







IV

ALGUN lector creyó, cuando dije el domingo, al hablar de una explicación, que era la última, qué me refería á las *Domingueras* y que dejaría descansar á algunos con mi charla y de preocupar á otros; no anduvo desprovisto de razón el lector si bien no dije que estaba en las últimas, pero sí lo pënse.

Este trabajo periodístico de *corregir pruebas* y costumbres, de llenar *cuartillas* para coger cuartillos, de hacer y recibir *impresiones* fuertes, de *desempastelar ciertos tipos*, y de *distribuir ideas* en las *cajas* para que la caja de la empresa no esté como la Tesorería, sin *blanca* ni negra, es poner el cerebro en *prensa* y peor que estar en *galeras*. Y como además una de mis debilidades es tener un respeto, que raya en ministerial, por el qué dirán, y hasta por el qué no dirán; y he oído decir á ciertas gentes serias, serísimas y honorables, que esto de escribir para el público y hacer versos no es trabajo, nunque dé muchos;

que trabajar por ejemplo, es en un banco . . . de carpintería, ó de emisión, aunque no emita más que la voz . . . pública, ó estar tras de un mostrador como mostrador ó vendedor de mercancías, ó llevar libros, siempre que no sean de literatura; ó hacer cuentas, cuando no sean alegres; ó levantar planos, para terrenos no planos; ó hacer visitas cortas, de médico; ó alegar pruebas aunque se tenga perdido el juicio; ó . . . ó . . . ó . . . cualquiera otro oficio es trabajar, todo hasta cultivar flores, menos cultivar las bellas letras, si no son de cambio.

Y, como según la sentencia bíblica, que fue una verdadera maldición, los únicos que pueden vivir sin trabajar son los millonarios ociosos, los presos del Panóptico y algunos felices empleados de Gobiernos aún más felices, pensé, ya que no tengo las anteriores cualidades, dedicarme á un trabajo fuerte y que todo el mundo, ó parte al menos, dijera: este muchacho sí trabaja, y es una esperanza! Resolví para esto solicitar un destino del Gobierno, y mi primer trabajo fue hablar con un Ministro, muy amigo de todos . . . los de casa. Me recibió como persona acostumbrada á recibir esa clase de peticiones:—"Muy bien" . . . "tengo mucho gusto" . . . "vuélvase por acá" . . . "veremos" . . . Naturalmente volví á ver si veíamos con el señor Ministro: "Todavía nó" . . . "hablaré con el General" . . . "hay una vacante" . . . "la situación del Tesoro" . . . "las economías" . . . "no obstante, recuérdeme" . . . "tengo mucha voluntad."

Durante seis días que estuve á ver al señor Ministro al salir de casa, al entrar á la iglesia, al comer y al dormir, creí ver realizado mi sueño dorado: trabajar, pero trabajar fuertemente. Ya me imaginaba tener mi nombramiento, que se

publicara en los diarios, ¡qué honra para la familiar y luégo, todos los días, al trabajo, metódico, arreglado, igual. Levantarme á las nueve; un lovado de manos y cara, superficial; tomar el desayuno y á las diez á la oficina. Repantigarme en una silla delante de una mesa: encender un cigarrillo, oír y contar á los compañeros la crónica vespertina, leer algún periódico; pasar al subsecretario alguno; recados entre ellos el de escribir, y á las once; afuera, á almorzar. Un aperitivo barato en la cantina, charla con los amigos, almuerzo, y á las dos; á la oficina á trabajar. Practicar un poco en la máquina de escribir, para lo cual copiaré la biografía del señor Ministro que escribió otro aspirante como yo, poner algunas notas, aunque no sean musicales siempre que seán cortas; pasearme por el salón dándome cierta importancia para hacer respetar el puesto, conocer á quiénes se debe recibir bien y á quiénes se les debe tratar con altivez, acabar la cajetilla de cigarrillos sin olvidar ofrecer uno á los superiores que fumen, salir al corredor á estirar las piernas y conversar con los amigos, dándoles cuantos datos soliciten sobre la marcha de los acontecimientos, y á las cinco en punto, ponerme el sobretodo y á descansar! Después de un mes de esta asidua labor, á la Tesorería Señor Guillén . . . —No hay plata!—¿Cómo, que no hay ni para mí . . . —Ni para nadie!

Esta nubecilla en el horizonte de mis ensueños me hacía vacilar, condenzándose al fin de cada mes, pero la reflexión me sacaba de dudas: si no pagan hoy pagarán mañana, si no en este mes en el otro; la prueba es que así viven todos; así vivirá yo.

Pero el señor Ministro, amigo de todos los de casa, no ha resuelto todavía que yo trabaje, y

qué hacer mientras se le ablanda el corazón? Pues no hacer nada, ó lo que es lo mismo, escribir *Domingueras*.

Mi amigo Tobías, que es un gallero como Cipriano Castro, se entusiasma tanto cuando el giro y el colorado están en el redondel, que se frunce á cada espolazo ó revuelo que sufre su gallo. En una de las famosas riñas que registran los anales gallerísticos, Tobías careaba su gallo, con tal interés y maestría que antes de que las patas de los gallos se alzasen ya adivinaba en donde le asestaría el golpe. En una de éstas, volviéndose ante el concurso, con los brazos abiertos y una cara de alarma, como la que debió poner Manlio en el capitalio cuando graznaron los gansos, exclamó: *estamos despichados!* como quien dice: sálvese el que pueda dando cinco á uno.

Otro señor conocí, cuya hija, una notable artista, no pudo asistir á una representación, y lo mandó á que la disculpara; pues el buen señor dijo al director simplemente: vengo á manifestar á Ud. que esta noche *no podemos cantar, porque estamos indispuestos*.

Innumerables son los casos de esta pluralidad ficticia que según los gramáticos pueden usar los papas, los obispos, las personas constituidas en dignidad y hasta los periodistas, pero de la cual abusan hasta los simples y los simples sobrestantes, empleados y *tuti cuanti*.

Ayer fuí á visitar el Palacio de la Exposición que felizmente está ya acabándose de levantar, y pude admirar la profundidad de las obras del puente del Mesón para allá. ¿Aquellas son las casas, le pregunté á un sobrestante de la obra, que han avaluado para expropiarlas?

—Sí señor, *las avaluamos* en treinta mil sueres y las vamos á tumbar.

A un peón que acarreaba un poco de mezcla en el palacio, le pregunte:

—¿Cuándo terminarán este salón?

—*Estamos* esperando. me contestó muy serio, las vidrieras que *nos* vendrán próximamente. Todo lo *tendremos* listo para el 19 de Junio.

Al salir me encontré con mi yanqui; Mr. Pickles tomaba apuntes del edificio y decía oh! ser esto mucho bonita para estación del ferocaril! Cuando me vió guardó su cuaderno y me extendió la mano.

—Oh! mister Jig, mi estar disgustada con usted porque usted no querer el ferocaril.

—Al contrario, Mr. Pickles, el ferocaril es el que no me quicre.

—Por qué?

—Porque el otro día me tuvo dos noches en el páramo sin comer ni dormir, y habiendo pagado mi pasaje; pero sin embargo, me gusta como obra de progreso y porque vale más viajar en una jaula de un tren malo que á lomo de una buena mula.

—Oh sí ser Ud. buen amigo, pero hablar de Mr. Roosevelt, de Taft, de Root, y otros americanos.

—Y qué tienen que ver ellos con el ferrocarril?

—Oh! nada por nosotros, pero aquí creer que todos los americanos ser el ferocaril y el ferocaril ser toda la Nort America. E yo no hablar mal tampoco de la Exposición, ni de la calle, ni de la bubónica, para que no me crean opositorista, ni que estoy hacienda una guerra á la Gobierna.

—Á la tierra que fueres haz lo que vieres, Mr. Pickles.

—Oh! mi no hacer lo que todos, ni decir lo que oigo, porque á mi decir el otro mañana: que no tener derecha como extranjero á decir que güele el puente de Venezuela, que si á mi, no gústarme irme afuera, que mi ser una aventurero que no traigo plata y que este ser el mundo mejor.

—Es que estos países pequeños, Mr. Pickles, son como Cirano de Bergerac, quien se burlaba mucho de sus narices descomunales, pero no soportaba que otros le hicieran bromas sobre ella.

—Oh! yo no ser alarmista, yo decir que en Guayáquil no hay bubónica, sino paperos y que esos paperos no pasar de la nariz del demonio, que aquí haber mucho aseo y las quebradas no estar quebradas, que aquí se hacen muchas visitas. . . . y que yo, Mr. Jig, estar muy contento en estas faldas porque ya visitar mi vecina que está con el pecho blando como una guelatina, y no hablar ni de la india que está preso por denunciar unas escopetas, como dice el periódico.

—Alto ahí Mr. Pickles, el periódico no lo dice, sino el indio.

—Oh! pero la india declarar que no ha escrito.

Eso no prueba sino que el que le escribió el remitido está ahora diciendo:

Un indio me convidó
Que fuera á torear un toro,
Y yo le contesté:
Quien va con indio va solo.

—Muy bonito verso, é yo querer recitarlo:

Una india me convidó
Que fuera á torear un vaco
E yo le contesté:
Quien va con india no va nada absolutamente.

Y Mr. Pickles se fue andurrial arriba haciendo equilibrios; mientras tanto leía yo los diarios que se tiran . . . bodeques como la cúpula de la catedral para realizar la *unión de periodistas y escritores* y poder asistir *en comunidad* á la Exposición.

En uno de ellos encontré el siguiente logogrifo que someto al estudio de los lectores, ofreciéndole una prima y hasta una sobrina que me queda, al que lo resuelva. Es el final de un informe de los médicos de la policía, que examinaron la herida del joven Prado; dice así:

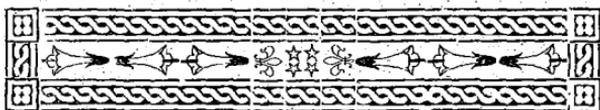
"Si el arma con que fue causada la lesión es profunda, será mortal."

Una arma profunda . . . una lesión mortal . . . qué será? Acudo á todos los *mortales* de esta capital y de los alrededores para que desentrañen el sentido de esta *profunda lesión* al sentido común, que es lo menos común del mundo, según dijo alguien.

Y termino, como Flammarion principia una de sus obras: "vivimos en el cielo y la tierra (léase capital) es un astro," lo que no obsta para que desee que la Junta de Higiene deje á Quito tan limpio como un servidor de Udes.







V

UNA vez le dije á un orador popular cuando íbamos á un meeting:

—Piense lo que haya de decir porque es seguro que lo van á hacer hablar.

—Yo soy viejo en estas cosas, me contestó, nunca pienso lo que voy á hablar, sino lo que no debó decir.

Esta profunda enseñanza que á pesar de su profundidad, tiene un gran fondo en el cual se podrían cocer todas las ligerezas é impremeditaciones de los discurseros, la tengo siempre presente para cuando se me presente la calva, digo la ocasión, de hacerme oír del público. Pero en la práctica me sucede lo que al intonso predicador que teniendo que subir al púlpito por la vez primera, preparó su discurso, se lo aprendió de memoria, mas teniendo un susto que se le salía de los hábitos, quiso habituarse á la concurrencia y le pidió consejo al padre superior;

éste lo llevó á un corredor del convento en donde había unos sacos de cacao y le dijo: haga de cuenta que estos sacos son los oyentes y empiece.

El orador se encaramó en uno de los oyentes y pronunció el sermón admirablemente. Seguro ya del éxito, al siguiente día subió al púlpito, ante un lleno completo. Se santiguó, tosió, masculló unos latines, sacó el moquero, miró al altar pidiendo mentalmente inspiración, echó una ojeada á la multitud que le parecía amenazadora, pronunció el consabido: *Amados hermanos míos!* y se aterroró al oír su propia voz; volvió á toser, se enjugó el sudor . . . y nada. Después de diez minutos de angustia dijo:

—Perdonad, amados hermanos míos, pero no puedo hacer de cuenta que sois sacos de cacao! Y se bajó.

Así, toda la semana la paso pensando lo que no debía decir en las *domingueras*, llega el sábado, mojo la pluma en el tintero de la jocosería y tiente pluma: amados y quiteñísimos lectores, no puedo hacer de cuenta, como pensaba, que todos vosotros sois á la crítica culta tan sensibles como flores de invernáculo que el más leve soplo helado las agosta, ó las marcisá. Se me ha dicho y lo pienso, que no se debe hablar de la Exposición porque es echarme encima más gente que sobre Roma con Borbón por Carlos V; si hablo de frailerías tengo que habérmelas con todas las comunidades, con las once mil vírgines y toda la corte celestial; si del ferrocarril, me descarrilo porque me granjeo la enemistad personal de todo Norte América y de otros Poderes Ejecutivos; porque la tal Rail-buey C^o tiene á su favor más potencias que un cristo; si digo esta boca es mía refiriéndome al Centro de periodistas, es hablar contra la Patria, contra la Exposición, contra el Centenario,

contra el radicalismo; si se murmura del mal servicio de correos, es falta de correspondencia con las señoritas empleadas, y granjearse uno la enemistad de ese bello sexo; mentar las acciones de Banco es una mala acción, porque no descuentan por más que cuente uno cualquiera cosa y sea más activo que un crédito en cartera; si se dice algo del Ilustre Concejo, que necesita consejo, son capaces los ediles de despertar del sueño eterno y pararse para proponer matrimonio.

En fin, que no es conveniente hablar de nada ni contra nada, ni sobre nada, ni á favor de nadie tampoco, porque la parte ó partes contrarias que dicen con la Iglesia, por más radicales que sean: "El que no está conmigo está contra mí," protestarían.

Esto es lo que me dicen y lo que pienso, pero al ponerme á escribir, afuera miedo! Que las *Domingueras* hayan de salir como *torstillas de viento* que vende una vieja, sin condumio, no puede ser posible; hablar solamente del cielo porque llueve y de la tierra porque tiembla, sería convertirse en un Observatorio Astronómico, y para eso están "los pocos sabios que en el mundo ha sido". ¿No escribir *Domingueras*? Oh! si les dijera á Udes. que he recibido más cartas laudatorias que *El Comercio* y más peticiones que el señor Guillén para que sigan, con seguridad que lo creerían, precisamente porque no es cierto; en una de esas cartas han llegado á decirme que "las *Domingueras* del diario EL ECUADOR son las primeras *Domingueras* de Quito," y yo, que al igual de cualquier periodista, centralizado ó descentralizado como las rentas, soy débil al elogio, me he inclinado ante la opinión pública, lo que revela en mí disposiciones para candidato.

Además, en esto de temores de descontentar á alguien me podría suceder lo que al oro que deseandó vivir el mayor tiempo posible, se puso á leer cuantas obras de higiene halló á la mano, y después de estudiar mucho se trazó un régimen rigurosísimo; muchas legumbres, nada de trago ni tabaco, ejercicio moderado, no salir de noche, aguas minerales, evitar corrientes de aire, poca carne, nada de pan porque no sólo de pan vive el hombre etc., etc. Lo malo fue que al mes de estar practicando este régimen, al atravesar una calle lo mató un automóvil.

Y á la calle, á buscar temas.

Al pasar por el Palacio de Gobierno me encontré con una señorita que al mirarme parecía decirme con el poeta:

“Y si los buscas en las almas tristes
Hallarás en mis ojos algún tema.”

—No, señorita, pensé decirle, ya sé que sale usted triste de la Tesorería y que de allí se sale con el rostro angustiado y los ojos nublados, porque á la centésima vez que se va á cobrar se encuentra con el

No hay!

que es como el *Lasciète ogni speranza* de cierto establecimiento, que alguno traducía: *Largáte donde doña Esperanza*; pero yo busco temas alegres, con mi tristeza de vivir codeándome con ciertos tipos, me basta,

—En qué se parecen los yanquis á los chinos?

—En que todos se parecen.

Esta es una verdad como un palacio de la Exposición: al pasar por el correo me encontré con un yanqui que llevaba un paquete de cartas, y creí que era mi amigo.

—Mr. Pickles: ¿cómo está, qué milagro?

—Oh! yo no llamarme Mr. Pickles.

—Perdone Ud., es una equivocación.

—Pero ser también una casualidad porque acabo de recibir carta de Pickles y me recomiendan una para un amigo que talvez usted conoce: Mr. Jig Gómez.

—Es para mí, le agradezco mucho.

El gringo no necesitó identificarme y me entregó la misiva que abrí apresuradamente:

Guayaquil, 29 de Febrero de 1909.

Mr. Jig Gómez.

Quito.

My dear viejo:

Osté extrañar securamente, que mi haber venido sin una despedida, and mi tener mocha tristeza por no haberla hecha, and tener una complimentación porque Osté pueda descolparme.

Después del destortillamiento de Chanchahuán mi tener miedo de salir de Quito porque podía destortillarme en el ferocaril, and mi querer mocho mi hosamenta; pero leí en una periódica que un Mr. Gallegos, que es un medical, decía que "las eminencias no emigran" and mi no intender derecho pero sí saber más noche que era inderecho dontra di extrangeris, é como mi no querer estar sin eminente perigo, é tener mocho más honor en mi casa; mi no gostar eso de inminencias ni de aventureras, and resolver desocupar il rincón para que in cualquier tiempo no me pasen el cuanto por la plata que tengo; mi ser gringo é querer mocho iste pais, pero mi no ver corespondencia, é no gostar eso. Mi preferir un pájaro in la mano qui un buey qui se lame solo.

Mi estar aquí sodando el goto gordo y dando palmadas á los mosquitos mientras viene un balandro qui me lleve á Galapágos, porque allí no ser en poca tiempo extranjero, é poder hacer una estudiamenta detenida.

Aquí estar haciendo estudios del general robo; porque mocho movimenta en esta cosa: á Mr. Intendente le robaron unas dos medias sin quitarle los botines. Osté creer que son ponderamentas, no mister, la cosa pasó así: el ladrón, mocho vivo se puso á conversar con el Mr. que tenía la perna en cruzamenta, sin tomar nota le cojió una punta del hilo and tirar; tirar despacio hasta envolver el ovillo and desbaratar la media poco á poco porque ser de cadena: Mr. Intendente no descubrir la robadera é quidarse sin medias.

Intimament enspirado por esto catastrofe, ferocarilera é dando cabestro á esti mi mosa logobre he conficionado un poco poesía dicadente que me permito pedir á osté se digne darla á conocer de esti gueno lectores de su Diaria.

Your friend amigo,

PICKLES.

“Al catastrofo de Chanchahuán (1)

MODERNISTO

Pobris gentis que han morido
Inesto de Chanchahuán
No ha de resocitar nunca
Aunqui componér relleno.

(1) Como no gusto vestirme de plumas ajenas, declaro con sentimiento de que no sean míos, que estos versos son de Enrique Bustamante mi amigo y el mayor ingenio de esta corte.

Mi tener bastanti pena
 Pero no poder llorar,
 Porqui ser americana
 Y no tener il lágrimas l'stos.

In il carro di primera
 No morir sino ono poca
 Siempre ser uno ventaja
 Y no bajar mocho il bonos.

Ha tenido boen cuidado
 De nó désastrár maquina,
 Porquí allí estrár compatriotas
 Qui encontrarse asegorados.

Esti empresa americanos
 No tener colpa ni nada
 Ser il colpa di esta invierno
 Qui estar bastante lloviosa.

Además no estar pensando
 Qui esta pasar solo aquí;
 Poder leer las periodfcas
 Y saber qui socede in otras partes.

Y esti pasado, pasado
 Qui il muertos di Chancahuán
 No ha de resocitar nunca
 Aunquí estar gritando mocho il parientes.

MR. PICKLES

Los versos cojísimos, casi tullidos, de mi
 amigo revivieron en mí el recuerdo de la catás-
 trofe, ó destortillamiento como él dice, y así
 pensando en eso fui á dar á San Francisco por-
 que quería visitar, aunque por eso me llamen
curuchupa, el suntuoso templo.

Eso de descarrilar en un tren y de rodar á un abismo le puede pasar á uno en todas partes: en la cabeza, en las piernas y hasta en el pingajo de vida; lo que se requiere es que haya un tren, un abismo y un maquinista que juegue carnaval. Yo no lo tengo miedo á la rodada sino á la chamuscada, (1) eso de que lo quemén á uno como á herreje en tiempo de Santo Domingo de Guzmán, no me parece muy agradable, por más muerto que esté.

Y, en fin, para consuelo de pecadores y pasajeros ahí está ese cuadro en la iglesia de San Francisco, que parece un descarrilamiento entre los indios de Cajabamba: á uno le están devanando las tripas, á otro

“le aserraron el cráneo
le estrujaron los sesos”

y al de más allá

“el corazón ya frío
le arrancaron del pecho.”

Por supuesto que no hay que alarmarse, porque, como dice una estrofa del mismo cuadro:

“No es nada lo que ven,
Tormètos más espantosos
Padecen los religiosos
Que van á Jerusalén.”

Que traducido á profano quedaría:

Nada es lo de Chanchahuán,
Y tantos muertos y heridos,
En los Estados Unidos
Más fracasos se verán.

(1) Según noticia válida los cadáveres de los pobres muertos en la catástrofe de Chanchahuán fueron quemados para evitarse el trabajo de enterrarlos.

De San Francisco, no de California sino de Quito, no hay sino un paso en sentido metafórico pero cinco cuabras á buen andar, que anduve para ver la última vez al Mariscal Sucre, antes de que lo trasteen para la quebrada de Jerusalén, que en lenguaje figurado y sanitario se llama hoy *Avenida del 24 de Mayo*.

Pobre Mariscal, no he conocido en la historia un personaje más de malas; lo asesinaron en Berruecos y después de tres cuartos de siglo no se sabe á derechas quién ordenó el crimen; lo entierran en esos riscos; sacan los restos y los depositan en una iglesia; al cabo del tiempo dicen que los encontraron y sobre la calavera del Mariscal se arma una tremolina, la manosean, miden y remiden y . . . ni se sabe, como decía el otro; le elevan una estatua en donde aparece con la bota sobre un león, y se conmueve la diplomacia hasta lograr cambiar el león por una india, lo que indudablemente sería más significativo si la estatua no fuera de bronce; le levantan otro monumento en la plaza de Santo Domingo, y porque al escultor se le ocurrió ponerlo señalando con la mano al enemigo, para darle, probablemente una carga, que no sería de confites, se ha caído en la cuenta de que señala para una Botica que nada tiene de española, por más que tengan un arsenal mortífero en sus estantes, y se piensa oh! pensamiento! llevarlo á . . . ¿dónde irá con su estatua el pobre Mariscal? A la quebrada de Jerusalén para que á su frente quede el Pichincha, recuerdo de sus glorias.

Cuenta el Dr. Cabanes que el esqueleto del Mariscal Turenne estuvo mucho tiempo en el Museo de Historia Natural exhibiéndose entre las momias de un elefante y un dromedario.

Esto es horroroso, pero aún peor es la suerte de la estatua de nuestro Mariscal; ir á la

quebrada de Jerusalén, aunque esté sobre ella, teniendo á su frente un muladar, á sus lados unos muladares y atrás otro muladar, que no están momificados como el elefante y el dromedario, es muy triste, casi desolador.

Pobre Sucre! que en forma de pesetas y duros habéis hecho cometer tantas indignidades, y en estatua, os quieren poner como relleno de una quebrada!

Ser el más virtuoso y más noble de los libertadores, para convertirse en estatua que no es ni de sal como la de la mujer de Lot, sino de bronce, y que la lleven á una quebrada que puede echar una *avenida*, es cosa que probablemente no pensó el Mariscal al trepar victorioso las faldas del Pichincha.

Mírense en ese espejo, (1) aunque no sean periodistas, los presentes y futuros militares.

Y hasta el domingo.

(1) Entonces se inauguraba también el busto de Espejo, el primer periodista de Quito, en orden cronológico.





VI

EL que yo diga que tengo un tío no será motivo para que nadie lo ponga en duda, ni habrá de qué sorprenderse si yo tengo el mío, pues de los tíos se puede decir lo que del Ángel de la Guarda: que cada uno de los hombres tiene el suyo, y yo le tengo . . . mucha devoción y me encomiendo á él cada día.

Este tío, que es el más carnal que he visto en los años de mi vida ó de la suya, no es un pelapavás cualquiera, es un hombre que tiene un ingenio que ni el de Rocafuerte, y hasta inventó es. Teniendo experiencia de que cuando se llama al teléfono, se pasa media hora antes de oír el agradable timbre de la señorita ó del señor de turno, y como á mi tío no le gusta perder el tiempo, imaginó poner una maquinita de moler café en conexión con el manubrio del teléfono; así cada vez que necesita llamar se muele sus dos libras, antes de que le muelan la paciencia, y tanto muele que piensa poner una cafetería, ó hacer un contrato para proveer al ejército.

Socarrón él, alegre y dicharachero, ha cortejado á tres generaciones de bonitas chiquillas de Guayaquil and Quito y de provincias, y todavía no se da por vencido

Fuera del juego, el vino y las mujeres
El no tiene más vicio que el tabaco.

Es una alhaja mi tío Silvestre, que se llama así por la falta de cultivo.

Pues bien, la otra noche encontré en el portal al tío Silvestre que venía hecho unas pascuas floridas, con ramito en el ojal y á medio palo.

—Hóla, tío, de dónde bueno?

—Querido sobrino, estoy alegre, no sólo por verte; vengo de asistir á una junta preparatoria: vamos á hacer cosas sorprendentemente benéficas, admirables. Como ahora, según los últimos figurines, están de moda las ligas.

—Las ligas? Hombre, yo creo que desde que hay medias se usan.

—No, yo hablo de las ligas antialcohólicas de las ligas contra

—Según veo esas ligas sirven para *alzarse á medias*.

—Pues si lo dices por mí, te equivocas de real á real, hoy he formado un Congreso . . . de familia, porque es mal visto vivir sin ser miembro de alguno; y esta noche he asistido á una liga que se está formando contra las ligas: Figúrate que se ha organizado la liga antialcohólica para obligarnos á beber agua; beber agua en Quito, es decir, beber infecciones; tifoidea y barro, cuando menos; que beban agua los bueyes y los puentes. El otro día se le hizo la autopsia á un sujeto que tomaba agua y se le encontraron unos adobes en el estómago. Por eso, por higiene, hemos fundado la liga antiacuática, y en una numerosísima reunión en que reinó el mayor en-

tusiasmo, juramos no tomar ni agua bendita, ni ahogarnos en una gota de agua.

—Pero el agua se puede tomar hervida.

—Sí, muchos la toman así, pero eso no es agua sino caldo.

—Y que toman ustedes?

—Hombre, todo lo que nos ofrezcan, por ejemplo, el vino lo tomamos por agua ordinaria, y por agua fina tomamos champaña, si tú quieres ofrecérme alguna bebida te la aceptaré para cumplir los estatutos.

Entramos al primer salón, vulgo cantina, y lo primero que vimos fue media docena de borrachos que discutían acaloradamente, componiendo el país y organizando un gobierno.

—Vea, tío, los efectos del alcohol ¿le gusta á usted el cuadro?

—Esos no son los efectos del alcohol, sino los del agua hervida, en una de sus variadas formas, el *agua ardiente*.

Nos sentamos lo más lejos posible de los discutidores y pedimos una botella de *madera*, que á decir verdad era de vidrio. Entonces mi tío, escanciando como buen catador, se sintió poeta é improvisó estos versos de Silva:

“El verso es vaso santo,
Poned en él tan sólo
Un pensamiento puro,
En cuyo fondo brillan
Confusas las imágenes,
Como burbujas de oro
De viejo vino oscuro.”

—Oh! los buenos vinos se premian en las Exposiciones ¿has sabido tú que se haya premiado el agua potable?

—No se ha visto, pero puede verse, me dicen que están trayendo agua desde el Pichincha para la Exposición, y creo que la premiarán.

—Que bien lo merecen; pero debe tardar porque la traen, según dicen, por unos pajonales y no darán sino pajas de agua.

—No señor, traen muchos molinos.

—Como no resulten de viento. Mejor fuera que hicieran un esfuerzo y trajeran vino ó cerveza inglesa.

—Que la sirvan, pues. Y así me cuenta algo de la sesión de la liga antiacuática.

—Hubo un entusiasmo desbordador; se nombraron vocales y consonantes, se discutieron los estatutos y como algunos quisieran interrumpir el desorden y hubiera un proyecto de fuga de vocales, que querían abandonar el puesto, yo tomé . . . la palabra y pronuncié el siguiente conceptuoso discurso.

“Señores: En esta solemne ocasión, en que se trata de conmemorar, de conmemorar el primer grito del pueblo, que á través de las edades y de los tiempos, vino con las alas de mercurio que es el dios mitológico del comercio, á comunicarnos por el telégrafo de nuestros recuerdos con el sol de la libertad; yo, como imparcial y como ecuatoriano de corazón, vengo á prestar el modesto contingente de mi hiperbólica adhesión para que el espíritu de vino, digo mal, divino, ahuyente de esta solemne reunión el espíritu de contradicción, y como una falange . . . de la mano derecha, demos de mano á nuestras discusiones, y vamos á hacer la conquista del porvenir de la liga antiacuática, despreciando las burlas de los enemigos de ese licor

“A quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.”

Habréis de saber, señores, como aquí todos somos creyentes, que la biblia, el libro por excelencia, dice que si no fuera por el vino, no exis-

tiría la humanidad, ni la raza negra, ni habría habido redención. Paso á demostrarlo: Noé que fue nada menos que patriarca, como quien dice hoy gamonal, fue un cultivador de la sabrosa vid; é hizo una gran casa de madera para guardar sus barricas, y sucedió que Jehová dijera: agua val y lloviera á cántaros, como llueve aquí en Quito, y empezara á subir el agua, porque no había probablemente desagües; Noé, quien como nosotros era miembro de la liga antiacuática, que es más vieja que la masonería, entró con su familia dentro del arca, y á poco tiempo principió á flotar, hasta que bogando, bogando fué á dar al monte Ararat. Luégo, de la alegría de verse solo en el mundo, lo que indudablemente, con el perdón de mis honorables cofrades, debe ser una gran satisfacción, que sólo el padre Adán y él han tenido, empinó el codo más de lo necesario y se quedó dormido; cuando despertó supo que su hijo Can se había burlado de él y le echó una tremenda maldición; y como entonces sí caían, Can se puso negro, y se fue al Africa; de ahí vienen los negros, y talvez los canes. Lot, que fue un justo, al ver á su mujer convertida en sal, como muchos contratistas del ramo, tuvo tal pena que quiso ahogarla en vino (no á su mujer sino á la pena) y sucedió lo que todos saben. Si no hubiera habido vino y que creo era malo, no se hubieran realizado tan importantes acontecimientos. Jesús de Nazaret, como bien lo sabéis, en las bodas de Canaán convirtió, á instancias de su madre, y para que se emborracharan los concurrentes, toda el agua que había en la casa en vino; al contrario de lo que quiere hacer la liga antialcohólica. Y cuando instituyó el Sacramento de la Eucaristía lo hizo con vino, no con agua mineral, porque entonces no había gastralgias.

El tío seguía amenazador en su elocuencia y resolví interrumpirlo.

—Pero todo eso es plagio, puro plagio.

—Eso no importa! Lucidos quedaríamos los oradores con no permitirnos esas licencias. Además, te declaro que fui muy aplaudido, bajé en brazos del auditorio.

—Lo felicito, tío, pero dígame en qué paró la sesión?

La elegante silueta de una chica que pasaba se delineó en el espejo del salón, y mi tío se levantó como un solo hombre, y me dijo: con tu permiso, tengo que hacer, otro día te contaré lo del Congreso de familia; voy al tren, que acaba de pitar, á encontrar á un amigo.

—A propósito de tren, querido tío, sepa que si antes se necesitaba tener pantalones y saberse los amarrar para viajar sin sustos, hoy es lo más económico no tenerlos.

—Explícate, breve.

—Ha de saber usted que el otro día, y esto es histórico, viajaba una señora con un muchacho. Cuando el conductor pidió los tiquetes, la señora le presentó uno de ella y medio del jovencito. El conductor reclamó porque el muchacho no podía viajar con medio pasaje.

—¿Por qué no?, preguntó la señora.—Porque el niño tiene los pantalones largos.—Ahí pues si es por los pantalones que se avalúan los tiquetes, yo que los tengo á media pierna tomo el medio billete de él, y le doy el mío.—En ese caso, y si de pantalones cortos ó largos se trata, replicó una *bolsicona* que iba atrás, yo debo viajar de balde.

—Mira, sobrino, no me hables de ferrocarriles porque se me sublevan los nervios:

El tren un nuevo pecado
A Quito trajo al llegar,
Pues hoy, con carne y pescado
En cuaresma, nos ha entrado
Tentación de promiscuar.

Y se fue el tío Silvestre, silvando un aire
machichero, y haciendo círculos en el aire con
la caña.

Y hasta otra vista, como dice un oculista
célebre.







VII

ENTRE usted que se moja, tío Silvestre.

—Qué chaparrón, hombre, qué chaparrón! dijo, cerrando el paraguas y entrando al zaguán, que estaba convertido en una fonda de Inocentes, inocentes indios que hacían su almuerzo al propio tiempo que se despiojaban, y cuando dos chapás, en culto celadores, metían por turno la cuchara en una ollita de locro que una indígena buena moza sostenía entre los dos, haciendo una figura de monaguillo entre dos oficiantes.

—Y después dicen que en Quito no hay agua, continuó el tío, y se quejan de la falta de agua. Lo que hay es que no la saben aprovechar, aquí se desperdicia todo; tú sabes que en Europa se utiliza hasta eso que se guarda en abrómicos, y aquí lo botamos, pudiendo ser, como el guano, una fuente de riqueza inagotable, si se exportara. Si hubiera espíritu de asociación podría formarse una compañía para explotar ese negocio. Si Harman descubrió el negocio lo propone a las Cámaras y lo explota, para explotarnos.

—Que no lo oigan, tío, porque al aceptar su idea tendríamos un peligro hasta internacional, pues según dicen los diplomáticos, los abonos que el Perú perdió en el Sur, quiere recuperarlos en el Norte.

—Suplico á los señores que no hablen de esas cosas, interrumpió el *chapa*, limpiándose la boca con el revés de la mano.

—Y quién te mete á tí en eso, dijo mi tío con un tono olímpico.

—Mi obligación, señor, porque debo velar (según dice la cartilla,) por la tranquilidad pública y esos asuntos internacionales huelen mal.

—Este *chapa* sí adquirió el uso de la razón, aunque tarde.

—Volviendo al agua, que es, según dicen los periódicos nacionales, *entiéndase bien, nacionales*, un líquido indispensable para la vida y milagros de la Capital, continuó el tío, sacudiendo el paraguas húmedo; se dice que hay una discusión en el Concejo, con c., sobre el lugar en que deban hacerse los tanques. Unos opinan que en la quinta del señor Álvarez, y otros que más arriba; si yo fuera de los siete durmientes de esa corporación, haría despertar la opinión pública con un proyecto realizable y económico. Nada de acueductos subterráneos ni de cañerías; en este siglo del aire, cuando todos nos damos cierto aire de importancia, debemos andar por las nubes buscando la solución de los problemas económicos, sociales y municipales. Yo propondría que se construyera en el aire, encima de la ciudad, sobre postes de fierro ó de vidrio, según el último invento, un tanque inmenso de un kilómetro en cuadro; de ese tanque aéreo, que recogería las lluvias de los 365 días del año, se desprenderían tubos para todas las casas, hospi-

tales y otras oficinas, y qué presión! Agua pura, agua filtrada, sin microbios y á domicilio.

—Y se abaratarían los paraguas.

—Y los coches y el agua Inca.

—Sin embargo, le hallo un inconveniente á su proyecto; si sobre la ciudad, sobre la cabeza de los ciudadanos, como un Gobierno, se colocara ese tanque, nos quedaríamos como discutiendo el presupuesto nacional, á oscuras, ¿de dónde nos vendría la luz?

—Hombre de poca fe! materialista: la luz intelectual, del espíritu; la luz mística y nacional, ahí la tenemos y la tendremos aunque se haga el tanque! Y con la majestad de Moisés en el Oreb me mostraba la esquina de Santa Catalina: ahí está la luz! Si se realiza mi proyecto del tanque nos calentaremos y alumbraremos leyendo cierto diario.

—Me sentí deslumbrado por un fenómeno de telestesia, no tanto por el proyecto colosal de mi tío, como al imaginarme el poder radiante de ese foco que *fija, limpia y da esplendor*, de ese órgano de la catedral y del buen sentido, que es el diapasón por el cual debemos templar los instrumentos del oficio. Para salir de mi hebetamiento, dije al tío.

—Y si ese diario se opusiera á su proyecto?

—No se realizaría, respondió con tristeza.

—Entonces, querido tío, contesté alarmado, yo tampoco me realizo, ni debo volver á escribir, porque me han dicho que soy un tonto, sin pizca de ingenio, que no sé expresarme en letra de molde, que no soy periodista... ni...

—Pues si te lo han dicho, estás desahuciado, confiéstate y que te ayuden á bien morir, como escritor. No tienes salvación: *Magister dixit*, el maestro habló, y tienes que declararte bruto de remate. No sabes lo que pasó en Guayaquil,

cuando la fiebre amarilla? Te lo contaré: tanta era la fama del doctor Durán, que una vez, en el cementerio un individuo á quien llevaban como muerto se levantó... para protestar: yo estoy vivo! señores, gritó el hombre.—Qué? exclamaron los enterradores, ¿quiere usted saber más que el doctor Durán que dijo que estaba muerto? Nada, al hoyo!

—Efectivamente, tío, tiene usted razón. No solamente creo ya que soy un majagranzas de la literatura, sino que me estoy volviendo desconfiado de mis opiniones y creo como la virgen esquimal de Mart Twain, que no hay más delicioso que las velas de sebo y el jabón: todo es efecto de usos y costumbres. Pero si esos señores, me dieran algunas leccioncitas, me enseñaran á escribir ¿no cree Ud. que aprendería?

—Qué vas á aprender si ya estás viejo, tonto eres y así morirás: por otra parte aquellos escritores que han logrado llegar á la cumbre no bajarán de ahí, aun cuando se les pague la operación mejor que al doctor Barrenechea, para abrir los ojos á los ciegos de pensamiento como tú, á quienes se les diagnostica *extravismo periódico*; además tienen un magisterio que desempeñar, para bien del país; son los *vistas* de la aduana literaria, del buen gusto, y tienen el derecho de decomizar cualquier contrabando.

—A este propósito, he visto en un periódico esta frase: "*la verbiosidad infatigable*" de fulano de tal, y creí que fuera un error tipográfico; pero como saben tanto, no sé si es que ahora por verbosidad se dice *verbiosidad* ¿qué opina usted?

—Que si así está escrito, así es. Esos señores no ponen errores tipográficos ni se equivocan; deben haber recibido una correspondencia secreta de la Academia española en que les

comunica que se ha puesto una i al vocablo, porque viene de *bios* (vida). No te quede duda.

—Completamente enterado, tío. Pero, hablando de otra cosa, y ya que no escampa ¿es cierto el rumor que corre ó anda de que usted piensa entregar los cinco gajos?

—Qué me voy á casar? y porqué lo había de hacer?

—Para librarse del impuesto. Entre los muchos que ha decretado la Municipalidad, cuentan que, siguiendo el ejemplo de Bulgaria, se establecerá el de diez sucres mensuales á todo soltero que pase de los treinta años.

—Y á las solteras?

—Ninguno, porque las pobrecitas no tienen la culpa de su estado de sitio, y es contra su voluntad que se ven destinadas á aumentar el número de las compañeras de Santa Ursula.

—Otro impuesto! con los candidatos *impuestos* que nos ponen al fin de cada período presidencial tenemos. Hay que protestar.

—No soy universitario, tío, ni protestante. Además de que en eso sí le contradigo; si quiere saber lo que son impuestos y alcabalas, salga usted del Ecuador, que mientras más civilizado es un país más rentas impone. Aquí no hay los impuestos municipales que debería haber, y por eso el Municipio está más limpio que una patena en Viernes Santo.

—La Municipalidad, lo mismo que el Gobierno, tienen dinero, lo que hay es que gastan la plata.

—Está usted como aquel hotelero que no ponía mantequilla en la mesa porque se la comían.

—Nada de chistes simples porque se lo digo á cierto diario.

—Pues si le parece simple el chiste, no chiste y pídale uno compuesto.

—Mira, sobrino, voy á darte un consejo de tío: no te metas á criticar, y déjate de *Domingueras* porque te pondrán el epitafio del maestro Quevedo á otro caballero de la triste figura:

“Aquí yace don Quijote
El que en provincias diversas
Los tuertos vengó y los biscos.
A puro vivir á ciegas.”

—Eso sería bueno para un oculista, no para un escritor, aunque no vea más allá de las narices.

—Pues ya ves . . . se murmura que tu fuiste á criticar en San Francisco la escultura de San Francisco de Paula, que tiene al pié un chiquitín que pide limosna con un canasto de chirimoyas y un plátano al bolsillo

—Pero tío, no percata usted que San Francisco es un santo *extranjero*, y que el plátano es un artículo de lujo en Francia, y cuesta mucho, muchísimo para que lo lleve un niño mendigo?

—Y no comprendes que San Francisco puede ser extranjero, pero que el muchachito es de aquí?

—Con todas esas, aunque el santo hubiera emigrado para acá, para hacerse esculpir, por Severo Carrión, los plátanos no son aquí signo de pobreza, son muy caros.

—No mi amo, interrumpió un indio que oía nuestra conversación: si es guineo de á tres por medio.

La oportuna interrupción del indio calmó á mi tío, y viendo que cesaba el aguacero se preparó á echarse á la calle.

—Quiéres acompañarme hasta la Alameda? No te pesará el viajecito porque hay un espléndido restaurante,

—Así se llama, mi amo? volvió á terciar el indio.

—Qué dices?

—Es, patróncito, que puai en la Alameda hay, antes del sorbetorio, un estrumento, cerca á la pila, que tue el mundo si para á mirár y que ni qué sirá. Unos dicen que es una amitralladora por los aujeros, pero yo creigo que es una máquina para hacer *chorizos*, porque tiene unos tubos.

—Será una irrigadora.

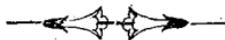
—Quien sabe, patróncito, ú si sirá una locomotiva, pal tren del norte, ó si sirá como dicen sus mercedes un risturante, porque tiene ruedas.

—Sábes lo que es eso? dijo mi tío amoscando, pues es un aparato para la Exposición, un lanza-torpedos. (1)

—No diga esas cosas, mi amo.

El tío se fue, y yo entré á la oficina, satisfecho de haber echado afuera por un momento el monstruo de Baudelaire: el hastío para comunicárselo á mis lectores con esta *Dominguera* desgarrada que ha nacido como el chico de la "loma chica" sin pensarlo y sólo por obra de las circunstancias.

(1) Muchos meses estuvo al frente de la Alameda una caldera para máquina de aserrar madera.







SEGUNDA SERIE

VIII

SALUD á vuestras mercedes, amadísimas lectoras; aquí me tenéis dispuesto de nuevo á reirme un poco, con vuestro permiso, de las flaquezas y gorduras del prójimo. Espero que miraréis con ojos indulgentes estas *Domingueras* que principian á salir más empolvadas que solterona en fiesta; ya que nadie puede poner en duda que la polvareda que ha levantado la Ilustrísima Municipalidad de Quito, es digna de un centenario. No le *quito* nada á la Capital, pero sí afirmo que esto es un Sahara.

Los limpiabotas, los sombrereros de medio pelo, los sastres de cepillo, estan haciendo su agosto y cuentan que piensan instalarse en junta preparatoria para acordar un voto de aplauso al Cabildo, por su labor de echarle tierra á todo asunto y á todo bicho viviente.

Ya no se dice que Fulano de Tal está absorto en la esquina contemplando á su novia, sino que ha absorbido un adobe, una pared ó un terrón, pulverizados por orden superior. Los ver-sos de amores á la última moda son por este tenor ó contralto:

Para tí dentro del pecho
Ya tengo, niña ideal,
Las paredes y hasta el techo
Del palacio donde han hecho
La Casa Municipal.

Pase usted por la esquina sudeste de la plaza principal, en donde á principal y gastos se está haciendo un parque sin árboles; por allí mismo en donde se levanta y se acuesta un edificio en cuya altura se endereza una estatua que le queda tan bien como un par de espuelas á un cristo ó una caja de dientes á un mico; pase Ud. por esos desfiladeros y tendrá más peligros que de aquí á Guayaquil en invierno. ¿Que no? Hace tres días pasó por ahí don Homobono, que en castellano es el hombre más bueno de Quito, y se detuvo aterrorizado: se encontró con un promontorio, una montaña, una nariz de todos los diablos, un desfiladero lleno de indias amenazadoras con palá en ristre, y cuando quiso extraviar por el portal, vió en lo alto todos los ladrillos y terrones de la torre de Babel, listos para caer sobre su cabeza. Por fortuna para él pasaba en ese momento una señora, y don Homobono tuvo la feliz idea de agacharse y pasar junto á la dama protegido por el sombrero de ella, que era un barril de los vino, lleno de flores.

Estamos en tiempo de transformistas y transformaciones, la ciudad se transforma por obra y gracia del Centenario; pero lo lamentable es que,

como se acordó no sólo tarde sino de noche, no se ha terminado nada, y hay quien opina porque se aplacé el Centenario, porque está visto que los próceres se apresuraron demasiado; si hubieran dado el grito en Diciembre, qué bien habríamos salido! En fin, no discutamos, ellos se tienen la culpa.

Pero lo más curioso, en esta fecha memorable y que probablemente halagará más á las cenizas de los próceres, es la despertada del Concejo Municipal: qué sueño! Los siete durmientes y Elías y Enoc habrán abierto tamaños ojos sorprendidos. Sin embargo, sé de una fuente mejor que la de San Francisco, que si el Concejo abrió el ojo fue porque supo que el Comité Militar que, dicho sea en su honor, es el promotor de las fiestas, le iba á despertar á cañonazos desde el Panecillo en la mañana de hoy; por eso se levantó ayer en sesión y afuera el programa, que era más deseado que Gruchy en Waterloo. Y tendremos, por consiguiente, otras diversiones: fuegos artificiales y biógrafo, biógrafo y fuegos artificiales, fuegos artificiales y biógrafo, además de las iluminaciones y las banderas; en fin, un programa como para cualquier centenario, en el cual se da hasta la receta para hacer las banderas. Pero no critico, peor fuera nada.

Un deseo sí me anima: que después de este esfuerzo no vuelvan á su eterno sueño, para despertar en el otro Centenario, ó cuando la rana críe pelos, ó se termine el palacio.

He hablado de transformaciones; Donnini tiene la culpa, me ha sugestionado. Dicen por ahí, pero no lo afirmo, que el célebre fregolista dará unas cuantas lecciones de transformismo á unos pocos representantes del soberano pueblo, para que puedan transformarse en una sesión sin que lo note la barra. Qué cambios de fren-

te y hasta de boca, podrá haber con semejante maestro? ni lo calculo; lo que sí sé decir es que Donnini es un prodigio en su arte, y qué ha venido á contradecir la macarrónica creencia de que á esta Capital, por la altura, no puede venir nada bueno. Qué candidez! ahí tenemos el "London Sextett" con una flauta que envidiaría Pan, y que suena no por casualidad; un violín que es como aquel Estradivarius encantado de Conway, que hacía soñar y ver lo intangible; un pianista notable que desliza sus manos sobre el teclado con la delicadeza de una Madama Recamier que pasará sus dedos sobre el lomo enarcado de su angora, en la semioscuridad de las confidencias; un violoncello que vibra nervioso cuando la señorita Terán, con mano segura y suave de artista, frota el arco sobre los bordones, para hacerlo gemir como una abandonada de la Selva Negra, ó bramar como el huracán entre las lonas de mesana, y dos violines, Paz y Terancito, que van resueltos á coger un gajo de aquéllos ablausos que resonaron desde el primero hasta el último piso de Kaintnerthor, cuando tocaba Kruger.

En cuentas resumidas, que en materia de arte poco tenemos que envidiar.

Sin embargo, lo que me encalabrina, por lo misterioso, es ese Donnini, quien me hizo pasar un chasco vergonzoso: entro al palco ya principiada la función, sale al escenario una cupletista deliciosa, picaresca, terrible; le asesto los gemelos y digo para mi pechera: así me las han recetado, debe ser fácil, abordable. Me lanzo, pues, al abórdaje, es decir, á los bastidores y cuando busco á la cupletista para hacerle una declaración extraoficial, en prosa y verso, me encuentro. con un hombre hecho y derecho; es decir qué, como Antún Antunes, cuyo primer

hijo no fue hijo sino hija, y el segundo no fue hijo ni hija porque murió al nacer, mi primera conquista no fue ni mujer ni hombre, pues no sé si es que la bailarina se disfraza de hombre ó el hombre se transforma en cupletista. Por eso en vez de las estrofas de la declaración hice este soneto:

A DONNINI

Si eres hombre ó mujer, hurí ó efebo,
 Achacoso vejete ó bailarina,
 Melíndrosa y astuta celestina
 O calzas bragas de gentil mancebo;
 Si eres alegre y rubio como Febo,
 O eres morena que al galán fascina,
 Si torero español eres, ó china,
 Por mi honor á jurarlo no me atrevo.
 Andrógino ideal, Proteo del arte,
 Camaleón de peluca y antimonio,
 Ni Bertillón podrá clasificarte
 Ni yo doy de tu cara testimonio,
 Pues si quieres, Donnini, transformarte,
 Engañas al mismísimo demonio.

*
 * *

Otra religión como quien dice nada, pero que no se predica ni á orillas del lago Tiberiades, ni en la Dieta de Worms, en donde cuentan que todos estuvieron á dieta, ni en Yatreb, refugio del hijo de Abd-Allah, ni es explicada á ningunos bactrianos por ningún Zaratustra; es una religión moderna, que si resulta un poco teatral es porque se *conferencea* (excusen el modismo) en el teatro Sucre. Es una religión, que, á pesar de no conocerla por estas alturas es nada menos que *la religión de la humanidad*, lo cual pensar me hace que los que estábamos á

obscuras de esa buena nueva, somos *inhumanos*, y si es una familia de cuatro personas, va por caso, la que no ha recibido la gracia, serán unos *cuadrumanos*.

Lo confieso sin rubor, soy el hombre más religioso del mundo, profeso exprofesamente todas las religiones; lo que abunda no daña y le tengo un miedo tan grande á condenarme, desde que una condenada chica me hizo perder la chaveta y otras menudencias, que pienso, al morir, llevar para el otro toldo, como político oportunista, toda clase de recomendaciones, para cualquier mandátario. Que don Mahoma me sale al páso, le espeto el *coram populo* y le demuestro que el vino, sobre todo si es malo, es el peor brevaje, y que la carne de chanco es la más irritante; si San Pedro me quiere dar con las puertas en los hocicos, le recito de cabo á rabo el Padre Astete y le demuestro que ningún gallo me ha cantado recio ni he tenido que ver con ninguna cocinera del Pretorio; si don Martín Lutero me quiere examinar le interpreto la Biblia luteranamente, me cuelo al presbiterio y le bailo como cualquier ó cualquiera pastor; y si es Buda, el hermoso Siddarta, el que me pregunta á dónde voy, le mostraré una trenza de pelo que con anticipación y por lo que *potest suscipere*, habré hecho que mis deudos me acomoden entre las cuatro tablas y al alcance de la mano.

Esto por si de tejas para arriba hay algo, por si

“Después de esta vida hay otra vida
En donde pueda el corazón amar,”

que si no hay nada y entre el cajón todo se vuelve tablas, buenas noches.

Por eso no es de sorprender á nadie que entendederas tenga, el hecho de que, apenas di-

jeron en Quito: *Papam habemus* (1) (*Pope* en ruso es Papa) y hablara de la *Exposición* nacional ... de una nueva religión, fuera al teatro, que siempre me gusta más que una iglesia, para oír predicar el sermón del escenario, que dijera un futuro evangelista, pues pudiera suceder que en la otra vida me salga don Augusto *Compte*, y que ajuste la *compte* (en francés) con el catecismo positivista en la mano. Y como de don Augusto solamente sé lo que algunos de sus biógrafos dicen: "que su vuelta al misticismo fue producida por una crisis nerviosa y por su amor platónico por Mlle. Clotilde de Vaux," que instituyó trece (mal número) ejecutores testamentarios y les encargó que conservaran su departamento de la rue Monsiur Le-Prince como primer templo del culto de la humanidad; pero no he tenido tiempo, vituperable descuido, para leer sus obras voluminosas y luminosas en que explica su sistema religioso; por todo esto lamenté que entre la inmensa concurrencia no pudiera encontrar un asiento desocupado y tuviera que contentarme con el programa, ya que mi *humanidad* es tan débil y mi carne tan flaca, que no puedo oír sermón ó discurso largo sin estar cómodamente arrellanado y en capacidad de echar un sueñito, así se trate de la salvación del alma ó de la salud del cuerpo si le conviene.

De manera que no oí la conferencia, pero sí oí los aplausos.

En cuanto al programa, desde la *obertura por la orquesta*, hasta la *clausura* de la misma *orquesta*, me ha parecido delicioso, entusiasta-dor.

(1) El Pope Juan José Julio Elizalde apareció en Quito predicando la religión de *Compte*. Lo sacó el pueblo con cajas destempladas.

Los mandamientos de la nueva religión, según el prospecto, son seis, y yo ya los practico todos, menos el último, que poco lo entiendo:

1º *El amor por principio.*

Me adhiero y principio por el amor. Desde hoy principio á declararle mi amor á toda muchacha guapa ó miedosa que vea. ¿Que no? Pues lo manda el precepto.

2º *El orden por base.*

Acceptado, sobre todo si es orden del Gobierno ó de la Policía.

3º *El progreso por fin.*

Por fin salió el aviso de los cigarrillos; sí fumo.

4º *Vivir para los demás.*

Aunque no se explica si es para los de más allá ó los de más acá que hay que vivir, yo, como cualquier periodista, á la fuerza tengo que vivir y hasta escribir para los demás.

5º *Vivir á las claras.*

Es decir nada á obscuras; que enciendan la vela. Este precepto es algo costoso, y difícil de cumplir para los moradores de algunas calles de Quito, en las cuales no hay más alumbramiento que uno que otro de dudosa paternidad. Pero es muy conveniente porque cuando se conviertan los empresarios de luz eléctrica, tendrán obligación de hacernos vivir á las claras, ya que estamos á las yemas.

6º *Altruismo y sociocracia.*

Esto sí que me lo explique otro compadre, ya que la nueva iglesia no tiene todavía doctores que lo sabrán responder; no entiendo de intrín-gulis, y si después del *esbozo de la nueva religión* viene un *intermedio de música*, me quedo en las mismas, porque una cosa es con violón y otra cosa es con guitarra.



IX

INFINITA es la escala de las aspiraciones humanas, desde el anhelo de muchas mujeres de ser hombres, para tener, según confiesan ingenuamente, la libertad de salir solas, hasta el de muchos hombres de tener el placer de ser mujeres, por pocos días, naturalmente, hasta por algunas horas. Todo cristiano y hasta cismático desea ser otro algo de lo que es; el conformarse úno con su situación, es la felicidad, y por tanto muy raro. Yo, que no maldigo mi suerte como el Jeremías de aquél Rey que tuvo rabia, estoy en perfecto acuerdo con ella y si deseo alguna cosa es no ser otras: por ejemplo, no quisiera ser músico de banda, ni de bola á bola, ni de pie de fuerza en fiestas de centenario.

Pobres músicos! no tanto por lo pobres sino por la sopladera.

De soplillo y sin deseo
Soplan hasta reventar,
Y si dejan de soplar
Les soplan hasta el empleo.

Tanto tocan los músicos de Quito, que no es sorpresa si debido á la práctica son

“Los mejores músicos
de toda la Nación.”

Tocan hasta dormidos y pasan la noche en veia y hasta en foco tocando en todas las calles, tocando á todas las puertas y soplando á todas las banderas que se izan ó se arrian. Ya que estamos en tiempos de medallas, propongo que se condecere á los señores músicos con un frasco de Emulsión de Scott, para el pulmón y una banda de música bordada para el pecho, lo merecen; *sobre todo* que les den uno para el frío y que los dejen descansar hasta el año entrante; mientras tanto que se den las retretas con fonógrafo.

Tampoco quisiera ser pie de fuerza . . . pública; es decir estar aprisionado por un botín ó bota de cuero tieso, bajo los rayos de un solazo americano, y marcha que marcha á compás de la caja de Pandora. Cuando veo un batallón vestido de gala y que hace gala de su disciplina, lo primero que les miro y compadezco es los pies pobres *pieces*, y perdónenme este plural de patas; no quisiera ser ellos, deseara más bien ser de caballería, aunque sea rusticana. Elogio la carrera de las armas, no tanto por las armas como por la carrera, y me seducen todos los cuerpos militares y hasta los femeninos, sobre todos uno:

Salir de misa yo ví
Ese tu cuerpo elegante,
Y me acordé en el instante
Qué coronel antes fui;
Y aunque no amo la carrera
Dije, al mirarte de frente:
De ese cuerpo tan valiente
El primer jefe ¡quién fuera!

En esto de cuerpos me gustan todos: los colegiados, los cuerpos simples, los compuestos, es decir, cuando la chica va bien arreglada; los cuerpos de delito ó de tentación; los cuerpos gloriosos, es decir, que no comen y son por consiguiente los más apetecidos para el matrimonio; los cuerpos celestes, que saben á cielo; deseo ser tratado á cuerpo de Rey; pero no me placaría estar de cuerpo presenté ni futuro.

Pero, adelante con los faroles, que la procesión va por fuera.

Como sé donde me aprieta el zapato, y soy más civil que un matrimonio ante el Jefe Político, tomé un coche para recrearme en ese cuerpecito que debería hallarse en el hermoso Palacio de la Exposición. Llega el carromato á la plaza de Santo Domingo y un *chapa* más feo que una cerradura sin llave le grita al auriga: alto y media vuelta. El alto se hizo, pero la media vuelta no, porque me bajé y *ad pedem litere*, en acatamiento á la orden superior, eché calle abajo.

*
* *

La calle se iba hundiendo, hundiendo, hundiendo, hasta llegar á verse por los suelos; y las casas subían y subían hasta tocar los cielos. Si eso era pesadilla, ó era idilio, no lo sé; me acordé del espectro de Virgilio que arranca de los centros de la tierra y sube, sube hasta envolver su testa en una nube. Desde el fondo de aquellos socavones, mirábamos arriba, á los balcones, y parecían las feas, y las bellas, miradas desde abajo, unas estrellas; y nosotros, mirados desde arriba por aquellas muchachas, debíamos parecerles cucarachas.

Por fin salimos del túnel y la bonita placeta del Palacio nos presentó un horizonte hálagador.

Esa grandiosa construcción, aunque inconclusa, era un espectáculo de fuerza y prosperidad.

Como no soy ningún Director de Obras Públicas, ni he dirigido ninguna en el edificio, me dejaron entrar, cuando vieron mis guantes, que son, por experiencia lo digo, la mejor contraseña.

Una vez en el recinto pude saber que se trataba de la inauguración solemne de la Exposición, aun cuando en realidad no se abre aún.

No es mi ánimo hacer revista de esta fiesta, en donde me di el placer de oír uno de los pocos buenos discursos de la temporada, el del señor Cónsul de España, á quien provocaba gritarle: Olé por los buenos oradores! Vaya que tiene usted enjundia en la palabra y es más oportuno que un mantón floreado en la puerta del sol!

Pero no dejaré en el tintero, ya que de arte se trata y ésa es mi chifadura, la Cantata del doctor Borja. ¡Qué gloria bien merecida para el poeta! y oígame bien que no digo el Ministro, porque en esas encrucijadas de la política no me inmiscuo, ó inmiscuyo, averíguelo un gramático.

Oír las robustas y elegantes estrofas, realzadas por una música oportuna, cantadas por una señora Veintemilla de Arévalo ó una señorita Mata, y coreadas por un grupo de voces frescas y juveniles; y cuando esos versos riman las melancolías y fiero valor de nuestros padres poderosos y altivos, el rumor de la piragua en el Guayas, y la paz del bohío, todo eso en un centenario de emancipación, bajo la cúpula de un templo del progreso, fricciona el alma con suaves y aromáticas sensaciones. Y para el poeta es un baño triunfal. Al divisar la espejeante calva del doctor Borja, me parecía ver caer sobre ella las voces fontanescas de las niñas, como

una lluvia de pétalos de azucenas, y caían, caían y su perfume sutil refrescaba el corazón del poeta!

*
* *

—Piense usted una mula? Ya la pensó? Pues ya se la robó el General.

Esto decían en otra tierra que no es esta, para hiperbolicar las capacidades de cierto militar muy aficionado á no ir montado... al aire.

Piense usted un Congreso. ¿Ya lo pensó? Pues muy bien pensado, ya está aprobado otro ferrocarril que se terminará en el otro centenario. Nuestros Congresos son esencialmente ferrocarrileros, y en éllo hacen lo mejor, apresurarse para que no nos sorprendan los aeroplanos en estas alturas dejando á los burros y á los trenes en paz de competencia tarifera y como vehículos *demodés*.

Que hay caucho en tal región, pues un ferrocarril para sacar caucho; que hay cacao ó tagua, hacer un ferrocarril para extraerlos; que hay dinero en la Tesorería, pues un ferrocarril para sacarlo. Y este sistema de extracción, privilegiado con diez leguas á la redonda, es un novísimo sistema que desafía toda competencia. En fin, el progreso, que se nos viene encima, *full speed!* Como no nos aplaste ó se vuelva humo!

Libreme la suerte de que crean que esto digo por espíritu de contradicción, ó por espíritu santo ó por espíritu de vino; no soy espiritista y prefiero los *mediums* de transporte rápido, así sean de vía engosta ó de vía láctea, á las infecundas mulas que aun cuando no se descarrilan sí dan coces contre el aguijón y se salen del potrero, es decir de la discusión.

Si he hablado de caminos de hierro, que á veces resultan de oro, es porque quiero hacer el reclamo de una empresa colosal y patriótica. Apenas se supo que había quórum reglamentario y que el Congreso sería legal y corriente apareció en esta Capital mi viejo amigo Mr. Pickles, trayendo en sus maletas todo un ferrocarril con más durmientes que un concejo con c. y más cláusulas que testamento de solterón. Lo más curioso de la propuesta de Mr. Pickles es que no pide tierras á diestra y siniestra, sino agua, del Pacífico, no de Ambato; tampoco pide el privilegio de que no pase otro ferrocarril por sus vecindades.

El proyecto de Mr. Pickles es digno de estos tiempos de progreso; se trata de unir el Oriente y las islas de Galápagos por un ferrocarril.

—Oh! dice Mr. Pickles, ser este mi proyecto un asunto magnífico y patriótico porque yo no quiero que los islos de Galapagos vayan á robarse otros países; yo proponer uno ferrocarril como el de Cayo Hueso, para que esta tierra ecuatoriana ser le posible mover sus batallones, de Oriente á oeste por todo el territorio, y defenderse por detrás y por delante.

—Pero ese ferrocarril será submarino ó aéreo?

—Oh! no, es flotante. como una deuda. Y mi creer que el Congreso hacer la mejor obra aprobándolo, y querer que ostéd decir algo en su periódico cuando se discuta en Congreso ¿cómo llamar eso? lleno?

—No, pleno; pero por qué ha de ser en Congreso pleno?

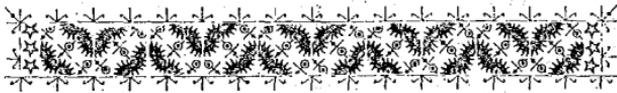
—Oh! por ser mucho interesante por todos, é mi saber que hay un Congreso también de señoras, é mi querer que se junten, porque el

Diputado. que hablará por mi favor, no querer perder su discurso que empieza: *Señoras y señores*, y decirme que esto ser muy importante.

Por la hora avanzada, y salvarme de unos versos de Mr. Pickles, que ya se le salían del bolsillo, levanté la sesión convocando á las lectoras y lectores para el domingo, con permiso de la autoridad y si el tiempo lo permite.







X

LA oposición y la crítica son una idiosincracia, por no decir *indiosincracia* de nuestra raza; nos oponemos á todo y todo lo criticamos; nada nos parece bueno, ni la Exposición ni el Centenario, ni el parque de la Independencia, ni los parques de los cuarteles, ni la estatua del Palacio Municipal que parece la imagen de una nodriza con certificado de lechera y que empina el codo con una copa en la mano como si hubiera oído algunos de los discursos del gran banquete y dijera: *salud, por mi General!*

En nuestro prurito de opositoristas llegamos á negar los hechos más visibles, menos sujetos á revalidación; no confesamos las verdades de á puño ni de á cuello, y hacemos abstracción completa de los puntos y comas de vista. Prueba al canto y al piano:

Por ahí andan y corren diciendo que no ha habido Exposición, que nada ni nadie se ha

expuesto, y aquello y lo otro. Si esto se dijera oficialmente y como medida de tranquilidad personal, bueno y santo, pero se dice por criticar, por hacer creer que no hemos tenido certamen nacional, y eso es lo que yo, en guarda de los sagrados fueros de la justicia y de la verdad conculcados (puro estilo parlamentario) vengo á demostrar.

Las fiestas del Centenario dejarán sorprendente recuerdo en los extranjeros que nos visitaron por la colosal y variadísima Exposición de sombreros de pelo y levitas. Fue un certamen arqueológico, arjaiótropo, paleontológico, sin precedentes ni continuadores, del cual debemos estar orgullosos.

El sombrero de pelo, ó de cepa, como se llama en español, ó tarro de unto, que dicen en Guayaquil, ó cubilete en Colombia, ó colero en el Sur, el *haut de forme* que dicen los franceses, ó el buche que llamamos por acá, en fin, el sombrero de las grandes ceremonias, que se guarda cariñosamente por años enteros y que, como la materia cambia de forma pero no perece, fue también la nota alta del Centenario. ¡Qué exposición tan magnífica y variada! A la voz mágica del Centenario, salieron de los almaríos, de las cajas de cartón, de las sombrereras, vinieron de la costa, del sur, del norte, hasta del extranjero, se cepillaron y se plancharon y reflejaron los rayos del sol en medio de la ciudad engalanada.

Los había de todas formas y pelajes: unos altos como tubos de chimenea, otros bajitos como moldes de ponqué, aquellos tenían unas alas mas grandes que las del cóndor disecado de la Exposición, éstos tenían alitas de pichón; se vieron unos orgullosos con sus ocho reflejos y otros erizados por el frío; los hubo melenudos como

poeta decadente y calvos como una ocasión: no faltando los que ostentaban una venerable grasa, fruto de experiencia en entierros y casorios.

El certamen de levitas no le fue en zaga. Si el jefe de la Seguridad francesa, que siguió en el *affaire Steinheil* la pista de las levitas, hubiera venido aquí con intención de clasificarlas, habría fracasado. Como las fiestas fueron diurnas y en las esquelas de invitación había una notita que decía á los que no lo supieran: *traje de levita*, lo que muchos traducían: *no traje levita*, principiaban las vacilaciones: ó no ir ó conseguir leva. (1)

Si entre las levitas que se expusieron, hubo alquiladas, prestadas, cortadas sin medida, sobre medidas, es cosa de estadística que, por fortuna no la tenemos. Lo cierto es que las hubo de todo género y de toda moda, y que ni por el foro se podría distinguir la procedencia.

Unas eran largas, largas, largas,
Y otras eran cortas, cortas, cortas,
Unas eran anchas, anchas, anchas,
Y eran otras angostas, muy angostas.

Aquestas eran de faldas largas como faldones, estas usaban falditas coquetas que golpeaban graciosamente las asentaderas; aquellas iban más goloneadas que coroneles en parada y las de más allá mostraban en el borde los hilvanes blancos muertos de risa.

Hubo unas de talle alto, estilo directorio, y otras de talle largo, estilo mortuario; alguna de estas parecía decirle al dueño, cuando luchaba por cerrarla sobre el rebelde vientre, lo que el barbero del cuento, y ahí va:

(1) El 10 de Agosto se inauguró el palacio de la Exposición con una inmensa concurrencia, y todos los concurrentes iban de levita.

Llegó un viajero á un pueblo pequeño é hizo llamar al único barbero para que lo afeitara.

—Necesito, maestro, que me afeite, dijo el viajero cuando vió al figaro con su instrumental.

—Con mucho gusto, pero es preciso que se acueste.

—¿Que me acueste?

—Si usted no se acuesta, no lo podré afeitar.

—Qué raro! y por qué?

—Porque yo no afeito sino á muertos.

Volviendo á la exposición de levitas, es preciso anotar que generalmente eran negras, pero las hubo tambien morenas y hasta mulatas, no faltando algunas que parecían un espectro: reflejaban en su brillante superficie todos los colores del iris, y en los cuellos había dejado su indeleble rastro la caspa de muchas cabezas que se desvelaron por el bien de la patria.

No tengo datos para decir cuáles se sacaron el premio, pero sí ví muchas con medallas de bronce en la solapa, ó botones con el escudo de la República; debieron ser las agraciadas con diploma y medalla.

Creo con esto haber demostrado que no debemos quejarnos de nuestra Exposición, mucho menos cuando consideremos que todavía no se ha abierto. Supongamos que no se abriera, que no hubiera habido Palacio, ni invitación internacional, ni pabellones, ni banderas, ni nada de lo mucho bueno que se exhibirá, qué importaría, si ya hemos visto la exposición más rara, más completa, más interesante, de sombreros de pelo y de levitas? El amor á las tradiciones, que es lo que brilla en un centenario, debe estar satisfecho.

Por mí sé decir, que habría lamentado toda mi vida no haber visto una parada militar en Long-Champs y la exposición de levas y buches de pelo en este Centenario. Y que voy á guardar mi levita y mi chistera (que no tiene ningún chiste) para sacarme una medalla en el concurso del próximo Centenario.

*
* *

Además de las viviendas, dos cosas se han encarecido, que ya tienen más precio que las papas de cada día: los moqueros y las curules. Y esto por causa de las epidemias reinantes, ó gobernantes, que diría en términos republicanos. Estas epidemias son dos: el catarro y los congresos, pues no hay vecino, mayor de edad y sin generales ó coroneles que no vaya por esa calle á moco tendido y á pasos largos á ocupar su respectiva curul.

Ni más ni menos que á *los animales atacados por la peste* nos ha dado por la celebración de toda fiesta con un Congreso.

Congreso nacional, Congreso de periodistas, Congreso obrero, Congreso de señoras . . . y eso que se frustraron dos: el de estudiantes y el de institutores. Es decir, que hay Congresos plenos, al alcance de todas las fortunas y de todas las capacidades, un baratillo de Congresistas: y catarros para todos los gustos.

Lo que faltan son curules y pañuelos, están por las nubes. Si siguen las epidemias veremos á muchos sonarse de pie ó perorar con los dedos. Transposición se llama esta figura.

A pesar de ser yo como el diputado Pazmino, según el diputado Coral, *una alma de Dios*, no he sido elegido, digo mal, nombrado para ningún Congreso, por lo cual quise, no obstante

mi tartamudez intelectual, y talvez por lo mismo, hacer parte ó todo de alguno ¿y cómo hacer? Vamos, que si el poder como dijo Lorenzo XVII no sirve para cometer arbitrariedades, maldito para lo que sirve; resolví hacer el Congreso según mis facultades extraordinarias, y convoqué un congreso de familia. Al efecto, invité á mis deudos y deudas, que son muchas, á una reunión preparatoria en mi casa, ofreciéndoles, según el *art nouveau*, estilo temperante, unas botellas de granadina (como que me he vuelto granadino) y unas pastas de libros en los recesos.

Se abrió la sesión con el quórum reglamentario y se procedió á la imposición de dignatarios, siendo un servidor de ustedes elegido Presidente para varios períodos. El Vicepresidente electo resultó vicepresidente, mi tía Petrona, á quien tengo el honor de presentarles: alta ella, angulosa ella y soltera ella.

Dizque tuvo amantes tantos
Que la volvieron huesuda,
Y hoy enamora á los santos
Porque de los hombres duda.

No se casó en sus mocedades porque no quiso, y no quiso porque no se casó. Se confiesa por la mañana y reconcilfa por la tarde.

Con escrúpulos tan buenos,
Que si no llega á pecar,
Se tiene que confesar
De los pecados ajenos.

Sin embargo, si le oyeran ustedes echar pestes contra las beatas, se sorprenderían de esa automurmuración; es más católica que el Papa, á quien sería capaz de cantar la cartilla y cree que don Juan José Julio es el Antecristo. La secretaría la disputaron á brazo partido y entero un primo Segundo y una sobrina pizpireta que

está firmemente parada en sus trece, le tiene horror á la soltería pero habla mal del matrimonio y lee novelas á pesar del Congreso de Señoras. En el segundo escrutinio salio electo Segundo.

Principió la discusión de un proyecto sobre establecimiento de un banco de familia para salvarnos de la crisis doméstica y uno de los honorables propuso que se hicieran los estatutos semejantes á los del Banco del Pichincha, por ser un modelo en su género, modos, tiempos y personas; pero otro de los honorables objetó la proposición, alegando que ese no era banco sino banquillo.....

—Pido al señor Secretario informe si hay constancia en los anales de la familia de que al preopinante le han negado una suma en el Banco. (Un honorable de la derecha.)

—*El Secretario:* Existe la constancia de que le han negado, no sólo una suma sino una multiplicación.

—*El de la derecha:* Hé aquí, señor Presidente, el móvil de las pasiones humanas, una simple suma; y explicado el banquillo de mi honorable colega. Si hay quien me acompañe, hago la moción de que se supriman los diminutivos.

Habiéndolo acompañado la tía Petrona se aprobó la proposición de que no se diga banquillo, aunque se trate del más *salado* de los fusilamientos: el de Guayaquil.

—*Un honorable tío:* Suspéndase lo que se discute y considérese la proposición de matrimonio de Pepito á la Pepita, por ser un asunto que interesa á la familia y en el cual va envuelto el buen nombre de la administración.

—*El primo Segundo:* Creo que ese casamiento está para deshacerse.

—*El tío*: Lo que está para deshacerse es el novio, en la semana entrante lo llevan á Piura.

—*La sobrina*: Para que no se crea que siempre es avanzada la hora, propongo que se acepte la proposición poniendo en donde dice senadores, *comedores*.

—*La Presidencia*, es decir yo, resuelve que se oiga antes al Ministro de Guerra, ó sea á la futura suegra.

[*Receso de granadina*]

Restablecida la discusión, cuatro diputados y otras tantas diputadas presentaron ocho proposiciones, primera: que se anule la elección de presidente y se me arroje del seno de la corporación por haber sido amigo de un pariente de un tío de un contratista; segunda: que se interpele al Ministro de Hacienda [la ama de llaves] sobre los despilfarros en la despensa; tercera: que al Ministro de Instrucción Pública [la institutriz] se le acuse porque los niños dicen malas palabras en francés; cuarta: que se destine una cantidad para viático y extrema unción de los diputados; quinta: que se construya un ferrocarril á la carnicería, otro á la panadería, que toque en casa del lechero y haga estación en la carbonera; sexta: que se tome un palco de abono para toda la temporada de Opera y se contraten trajes y vestidos para toda la familia; séptima: que se proceda á hacer severas economías en el presupuesto de la casa; octava: que se uniformen las barras.

Esta última proposición al ser leída produjo gritos y protestas: No! Sí! Vival Abajo! Si se uniforman las barras deben uniformarse también las palas, los azadones y los garrotes.—¿Quién habla aquí de garrote? Estamos en el sagrado recinto....—No, abajo!

—Tilín, tilín, tilín, orden, señores ciudadanos!

—Qué orden ni qué pan caliente, aquí venimos es á discutir, no somos esclavos; el Presidente no debe tener campanilla, que se la corten!

—A la segunda insinuación hago despejar las barras. Tilín, tilín, tilín.

—Más despejado es usted, viva el guacicama, viva la longa, abajo la fistocracia.

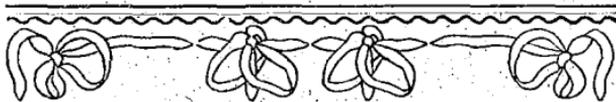
—Que vivan los caballeros del garrote.

—Viva el Santo Padre, se oyó la voz de mi tía.

No hubo remedio ni menjurje, se armó la tremolina, como en cualquier Congreso, las sillas se volvieron aeroplanos, se derramaron los tinteros y se mojaron los papeles, pero como todos estábamos armados de revólver no hubo ninguna desgracia personal que lamentar.

Y no habiendo con qué más pelear ni de qué echar mano, se levantó la sesión,—convocando á las lectoras para el próximo domingo.





XI

DICE Claud Vatel que un tal Mr. Cheron tiene una idea, aunque sea mala, por día.

Ya quisiera yo esta prerrogativa ideal, pues me acontece lo que á ciertos diputados que tienen muchos proyectos entre manos, y en ocasiones se les van de ahí..... pero ideas, como pescar cotufas en el golfo ó algo mejor en Cotorrera, ó hallar un hombre honrado en Malagón, de donde dijo el de Alfarrache:

“En Malagón
En cada casa un ladrón
Y en la del Alcalde, hijo y padre,”

Voy en mi sano juicio, diciendo como Mauissant: “Se fueron mis ideas,” con la pequeña diferencia de que la única idea que tengo es no tener ninguna. Lo cual por supuesto no es para mí motivo de pena: á menores ideas, mayor felicidad, más dinero; antes bien es esperanza de seguridad personal y hasta de longevidad. He

visto á muchos sujetos, llenos de ideas, sujetos en los panópticos, é ideando por dond  salirse. A Giordano Bruno lo chamuscaron por tener algunas ideas, y á los próceres de nuestra Independencia los asesinaron por haber tenido la idea de levantarse temprano contra el poder español.

Cuando no tengo idea de hacer una *Dominguera* no me escamo, pero cuando busco, husmeo, trasiego y linceo sin hallar el material, el caso para hilvanarlo, vienen mis apuros: el público lector me reclama las *Domingueras* con un empeno de acreedor insolvente, pero se est  quedo: ni un asesinato, ni una revolución, ni siquiera un infanticidio de autores desconocidos, porque si se llegan á descubrir, tampoco son materia explotable, la moralidad prohíbe hablar de esas niñerías; hasta la naturaleza se conjura: ni un terremoto, las tempestades en el Senado son en un vaso de agua de Ambato, y est n centralizadas en las rentas, cuando no son empresas sanitarias   un sinapismo aplicado á Mr. Lloyd.

Cuando quieren tratar en el Congreso algo de importancia, digno de ser referido y comentado, se declaran en sesión secreta, porque tanto en las Cámaras como en el amor el secreto tiene un especial encanto; sobre todo se divulga con mayor interés.

—Señores, dijo afanado,

Un diputado buch n:

Me callo por discreción,

Pues me encuentro embarazado.

—Que se explique el diputado,

Interrumpió el Presidente,

—S  señor, dijo el paciente,

Dar  explicación completa,

Pero en la sesión secreta,

No delante de la gente.

Y fue muy aplaudido el honorable porque habló bien, ya que para mucha gente no hay más gente que la de las barras, tal vez por ser gente de tropa.

* * *

Una de las muchas especialidades de esta villa, es la gracia de sus habitantes para plantarle un sobrenombre á cualquiera, y tan bien puesto que ni en la pila; todo sobrenombre es una caricatura gráfica, elocuente, admirable. Lo primero que se le pregunta á un costeño cuando regresa á Guayaquil es, ¿qué nombre te pusieron? porque no hay quien vaya sin él.

Esta manía, no siempre inofensiva, se ha popularizado tanto que se aplica no solamente á las personas sino también á las cosas. A los Concejos Municipales los llamamos *ilustres*, por mal nombre, pues que de ellos muchos tienen menos ilustraciones que un texto de gramática; todos los hoteles, así no tengan media docena de camas los llamamos *grandes*, y lo mismo las sombrererías; por ahí he visto una chichería *suramericana*, como si Sur-América fuera una chichería; al pan de Quito lo llaman *pan de Ambato*; la compañía de luz eléctrica tiene de sobrenombre un *and power*, que alguien versado en inglés traducía: "Quito, light and power Co; que quita y da luz á más no poder;" eso de *nacional* aplicado á la Exposición resultó apodo, pues lo menos que hay es nacional. Ya que no hay bancos de oposición llamamos por oposición *bancos*, no el de rentarse, sino una oficina con más ventanas que la nariz de un pesquisa, en donde ni se presta dincro, ni se descuentan pagarés, ni se cobra, ni se paga, en donde las únicas operaciones que se hacen son las cuatro de la aritmética, porque como aquel aviso de muchas pulperías *hoy no fio, mañana sí*,

hay siempre en la puerta un cartel negro como conciencia de agiotista que dice: "en este mes no se hacen operaciones," y si llegan á vender giros es al tipo más alto, como quien dice al amigo Aguirre, que es el tipo más alto que conozco. Llamamos *Consejo* de Estado á una Corporación que casi siempre está en estado de Cousejo; decimos Agustinos *descalzos* y vaya Ud. á recibir un pisotón del zapato de uno de esos frailes; hay *escribanos* que no escriben una palabra que no sea su nombre, y algunos son más fariseos que escribas; llamamos *salones* á las cantinas, y al alcohol lo llamamos *cognac ó vino*. La plaza de la Independencia la nombramos *parque*, aunque no tiene ni armas, ni árboles, y apellidamos *alameda*, un parque que no tiene álamos. Al Ministro que maneja á todos los empleados de Policía lo llamamos *Ministro de cultos*, como si fueran cultos todos los polizontes, y se le dice *de fomento*, á otro que no anda con pañitos ni fomentos calientes.

Y así hasta el infinito.

Todo por nuestro prurito de no llamar al pan pan, y al vino vino.

*
* *

La compañía de ópera y baile, que tan buenas noches nos ha dado con sus representaciones, es también responsable de que se hallen en riesgo de disolución muchos hogares, de que se den al diablo muchos vecinos y que pasen otros unas noches de perros. Nos han traído algo peor que la bubónica y más contagioso que el cólera, y es la epidemia filarmónica, contra la cual no hay linfas ni sueros posibles; el único recurso es poner tierra de por medio. Ya no son los fonógrafos lo que nos muelen la pacien-

cia á tarde y á mañana, son los tenores, los barítonos, que los brota la tierra, se dan silvestres y cantan:

Por delante y por detrás
Como las palomas en el palomar.

Los políticos cantan la palinodia; todos dicen que tienen voz aunque no tengan voto; los contraventores cantan de plano, y yá no se habla en castellano sino en ópera.

—Mozo tráenos unos cocteles. Y el muchacho va á la cantina entonando: *La donna é mobile, qual piuma al vento* . . .

Un mi amigo dejó el hotel porque tenía un barítono al lado y encima un bajo, que daban unas notas de cabeza y otras de pies, capaces de despertar un cementerio. Fue buscando hospedaje par toda la ciudad pero antes preguntaba: hay aquí algún cantante? En algunas partes le ocultaban el hecho, pero á las pocas horas de instalado salía disparado: aquel era un ensayo general, desde la cocina hasta el salón eran solos, duos, quintetos y coros de salvajes.

No hay conversación que no termine con un dó de pecho, ni unión política que no acabe en una partitura, los periodistas dan la nota del patriotismo, el Gobierno lleva la batuta, y la adulación desafina. Los gallos están á la orden del día y hay gazzates que parecen un gallinero.

“Todos cantamos en la edad primera
Cuando hechicera
Nos, sonríe la vida.”

Pero hoy todo el mundo canta hasta en la edad crítica; nadie está afónico. Hasta las piedras están de canto, los perezosos se levantan al canto del gallo, y para exagerar la flacura de un tipo decía que se acostaba en el canto de un cuchillo y cabía otro al rincón.

No me ha tocado un vecino tenor, que si á tocarme llega le hago un soneto por el mismo tenor del siguiente, que hice á un piano forte que me jeringaba y tarde y mañana:

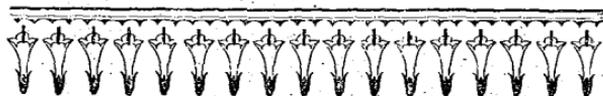
Al piano de mi vecina

Ya te escucho instrumento degradado,
Esqueleto de piano envejecido,
Fabricado en el tiempo del ruido
Para eterna memoria, destemplado,
De amarillento y desigual teclado
Por el tiempo y los dedos carcomido;
Piano de Satanás, en el oído
Tengo tu sonsonete entretelado!

Cuando escucho tu són desesperante,
Fatídico, espantoso, igual y eterno,
Pienso que este suplicio olvidó el Dante:

Y que hay un aprendiz en el averno
Que está tocando un piano semejante,
O, con todo y la biblia, no hay infierno.





XII

ERA en tiempo de sequías, las cosechas en peligro de muerte, ó sea de comulgar, y los vecinos de Rujill, ó de cualquiera otra parroquia, con el taita cura á la cabeza resolvieron hacerle una procesión á San Isidro, patrono de los labradores, para que hiciera uso de su influencia con el Padre Eterno y ordenara que se abrieran las esclusas del cielo, sobre la tierra yerma.

El primero de los inconvenientes era que San Isidro no existía; es decir, no había ninguna imagen del Santo, y el segundo que, según el señor Cura, había que aguardar á que amagara. Pero la fe transporta no sólo montañas sino santos, y un vecino pudiente ofreció traer un San Isidro, aunque para ello hubiera de hacer una *transformación*.

Pocas semanas después, hizo el santo su entrada de incógnito, ó lo que es lo mismo enuelto en una sábana, y fue arreglado conve-

nientemente en la sacristía, con el concurso de algunas señoras que vestían santos.

Como amagará por las alturas se resolvió la procesión. Se contrataron un clarinete medio talabartero, una tambora que tocaba un viejo soldado de Veintemilla y una guitarra con tres cuerdas, rasgueada por un mocito serenatero.

Arreglada la orquesta, se principió por la música de cuerda, es decir las campanas, y salió San Isidro en andas, con un sombrero de panza de burro arriscado hacia atrás, un poncho listado echado sobre el hombro y unos calzones de lienzo; llevaba amarrada en una mano una caña de maíz y en la otra un arado de madera.

En medio de una devoción ejemplar y del mayor entusiasmo desfiló la procesión. Entonces se suscitó un incidente, que diría un relator del Congreso, y fue el caso que un indio marrullero que había viajado, lo cual le daba cierto prestigio en el lugar, se fijó en San Isidro y no sólo no se arrodilló sino que ni el sombrero se quitó. El escándalo fue grande.

Arrodílese! Quítese el sombrero! Herejel murmuraron algunos.

Como el indio se hiciera el sordo, uno de los devotos de más audacia, se le encaró y le dijo:

—Quítese el sombrero.

—¿Y por qué me lo he de quitar?

—Porque está pasando San Isidro.

—¿Cuál San Isidro?

—Ese que viene en alto, no lo ve, hombre?

—Pues no me quito el sombrero porque á ese lo conocí de mal ladrón en Tacunga.

No sé si el caso fuera real, ó fuera un simple parecido; como me lo contaron yo lo cuento; si tiene moraleja que se la saquen, ya que estamos en esta éra de amor al prójimo, en que *los divinos y los humanos* se catequizan; yo no soy

saca-moralejas ni saca muelas. Vuelven los tiempos de las parábolas, de las oblicuas y de las horizontales; Quito se transforma, por obra y gracia de las religiones antiguas y modernas, en una Meca, una Palestina, una hagiocracia, y el parque de la Independencia será un monte, ó un lago de Tiberfades, según las aficiones montuvas ó acuáticas de los neófitos.

Y ay! del que no crea, porque será arrojado á las tinieblas exteriores, en donde no hay alumbrado eléctrico. Por eso yo soy el hombre más creyente que nació de mujer; creo, si hay quién lo afirme, en el *interés* y capital que tienen por este país los contratistas de ferrocarriles, en que el Senador doctor Vela, uno de los pocos varones ilustres que nos quedan, *oye* misa y á primera *vista* rinde un informe; creo que existen la Liga Antialcohólica y el Congreso de periodistas: creo que el futuro candidato para el pluscuamperfecto solio presidencial será un nuevo *impuesto*, y creo en la baratura de la carne, el perdón de los pecados políticos, y la vida perdurable del régimen liberal.

*
* *

Culpa es de los tiempos, no de las *Domin-gueras*, si ésta va saliendo más religiosa que un misal; defecto de la atmósfera que está cargada de procesiones, popes y letanías. Vaya usted á una visita, y si no habla de religión ó de política, se quedará haciendo el papel moneda de cierto diputado que hasta ahora no ha dicho "esta boca es mía," por miedo de decir una bestialidad.

Pero no, que otro tema hay que está en el desorden del día, en todas las visitas: el servicio doméstico.

Las señoras echan pestes en el salón contra

las sirvientas, y éstas en la cocina echan pringues contra las señoras. La historia humana.

—Hay! hija, dice una señora de manta: no pude venir ayer porque la cocinera se fue y tuve que hacer el almuerzo.

—Ni me hables, si eso es un martirio, una calamidad, la que no es puerca es ladrona, la que sabe algo es malcriada, y todas respondónas.

—Deberían ponerlas de telefonistas para que no respondan.

—Yo les aguanto todo con tal que cocinen.

—Y que sean aseadas.

—Eso sí que es difícil, yo tuve una que vino recomendadísima, pero secaba los platos en el estómago, y estaba en cinta de siete meses.

—Yo prefiero eso á que tengan *guagua* y le den de mamar sobre las bandejas. Los maridos no comprenden lo que sufrimos con este servicio: con tal de que esté la comida á horas y buena, lo demás no se fijan.

—Yo sí hice que Pepe se convenciera y tuviera paciencia: como no le gustara ninguna . . .

—Espléndido, porque lo peor es que al marido le guste alguna.

—No hablo en ese sentido: á Pepe no le gustaba el cocinado de ninguna, y todos los días venía una nueva, cuando no era que tenía yo que estar hasta tres días en la cocina. Y como me reprochara, le dije: bueno, á la primera que se presente tú mismo la examinas y haces el trato.

Dicho y hecho; á los dos días subió una muy esponjada y con más faldas que el Pichincha. Llamé á Pepe y le dije: entiéndete con ella. Mi marido me objetó que eso era un poco incorrecto, pero como yo insistiera tuvo que hacerlo, recordando lo que me había oído preguntarles.

—¿Cómo te llamas?

—María Chiluaga, para servir á sus mercedes.

—Y en qué casas has estado?

—Yo (metiendo el dedo en la corniza de la puerta) á decir verdá, niño, yo fui criada onde las monjas y de ayl salí á servir onde ño Chiriboga y en después he estado en ni sé que cuántas casas, hasta que dentré onde el Menistro francés.

—¿Y cuánto ganas?

—Eso depende; pus qui hay qui saber cuantos son de mesa y si dan ayudantas y guasicama, si dan otra comida para los sirvientes y si hay que ir á la plaza.

—Aquí somos diez de mesa, hay una ayudanta, que es la señora, no hay guasicama, se da la misma comida para los sirvientes y la cocinera hace las compras.

—Así es mejor, niño, porque una sabe lo que compra y viene trayendo lo mejor; hora la plaza está carísima; onde el señor Menistro me daban cinco sueres todos los días y en veces no alcanzaban.

—Bueno, y en qué condiciones te comprometes?

—Pa hablar claro, si á sus mercedes les conviene yo les sirvo, pero con la condición que me paguen con puntualidá, me den una ayudanta y un guasicama pa que lave la loza, que el almuerzo se sirva á las once y la comida á las cinco, porque me hace daño comer tarde, yo padezco del hígado y di unas punzadas en el pulmón; que me den ropa limpia y la misma comida que se sirve á la mesa y me deje sú mercé sacar una ollita pa mi marido y mis cuatro hijos. En lo de paga el señor Menistro me daba diez sueres fuera de los porboares.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Se me olvidaba que deben darme permiso los sábados para ir á sermón y á reconciliar, y que todas las mañanas tengo que ir á misa.

—Y sabes cocinar?

—Cómo no, sé hacer *bisteges*, locro, empanadas y todo lo que su mercé disponga, lo que no sepa hai me lo enseñará su mercé.

—Perfectamente, dijo Pepe, concedido todo lo que pides, pero ahora es necesario que digas cuánto pagas?

—Como ha de crer, niño, que yo voy á pagar.

—Y cómo has de creer tú que fuéramos á darte todo lo que exiges porque hagas un bisteck ó un locro y sin que pagues tú nada?

Y así fue, terminó la señora, cómo mi marido supo lo que era eso de lidiar con cocineras y criadas de mano, que resultan de uñas.

—Qué martirio! y no habrá remedio para este mal servicio?

—Cómo no, las Señoras de la Caridad mediarán el mal servicio doméstico cuando les entreguen el Palacio de la Exposición, que será el día que termine el juicio final que entablarán al Gobierno. Entonces piensan traer matrimonios extranjeros que engendren aquí sirvientas y desde que nazcan ponerlas á aprender los servicios domésticos, cocina, aplanchado, pastelería etc., etc.

A esta misma hora en que las señoras murmuraban en el salón, no contra el prójimo, porque las criadas no lo son, éstas cantaban en la cocina, después de probar las ollas:

“Pobre chica

La que tiene que servir.”

*
* *

Pido perdón á los lectores porque en esta *Dominguera*, cuando iba á hablar de otras cosas,

resulté con criadas y procesiones; me aconteció lo que al otro del cuento, que no dio en el clavo y aplicó mal el remedio.

Sucedió que un médico fue á recetar á una casita del campo, y después de examinar al enfermo le preguntó á la mujer:

—Aquí tienen reloj?

—Nó, señor.

—Pues entonces, oye bien la receta: disuelves dos cucharadas de este remedio en una botella de agua caliente y apenas cante el gallo le pones una lavativa, lo arropas y que duerma.

Al día siguiente volvió el médico y preguntó cómo había pasado la noche el enfermo.

—Mi marido está mejor, contestó la mujer, pero el gallo se murió.

—Por qué?

—Porque como el señor Doctor me dijo que apenas cantara le pusiera una lavativa, así lo hice!

.....





XIII

UNO de esos amigos, de quienes dijo Horacio: *vulgari amici nomen*, que lo saludan á uno con mucha atención pero ponen mayor atención en no servir para un fregado, menos para un descocado, antes bien, aguaitan el resquicio por donde puedan soplar amistosamente todo lo malo que del prójimo se diga, me espetó esta: sabes que tu *Dominguera* me ha hecho reír, pero he notado que no es de información, sino que te metes en política.

—¿En política? Vaya con la novedad! Me sorprende que hasta ahora no hayas caído en la cuenta y me la pases. Este es el país más político del globo ó del aeroplano, como se dice ahora, los franceses nos quedan yanquis en cuestión de política, y desde el palacio hasta la humilde choza no hay nada mejor de qué hablar, y cómo quieres que yo, que deseo agradar á mis lectoras, principalmente, sea tan impolítico que

no les hable de lo que más les gusta? Eso sí, cuido siempre de hablar de la política, con política. Hago como aquel Padre Mariño de la Independencia colombiana, famoso guerrillero, á quien los cánones vedaban derramar sangre humana y por eso cuando hacía prisioneros los cerraba en un saco . . . y al río.

Yo digo, parodiando á Sejismundo en *La vida es sueño*:

Hablan muchos desalmados

De política sin calma,

¿Y teniendo yo más alma

Tengo menos libertad?

Hasta los brutos discuten

Con la política al cinto,

¿Y yo, con mejor instinto,

Tengo menos libertad?

Hasta las mujeres hacen

De la política un lío,

¿Y yo, con más albedrío,

Tengo menos libertad?

¿Qué leyes, qué pareceres,

Me niegan los atributos,

Que han tenido las mujeres,

Y hasta desalmados séres,

Y los muertos y los brutos?

Naturalmente que mi amigo no contestó con Rosaura:

“Temor y piedad en mí

Tus razones han causado.”

Sino que se limitó á concederme el permiso de informar alegremente en las *Domingueras* sobre la atmósfera política yá que yo tenía más razón que muchos y tanta como una razón social.

Así, con su permiso, me dispuse á escribir, á tiempo que entró el cajista: ¿Hay *Dominguera*?

—Sí, vaya levantando esta cuartilla, y mojé otra vez la pluma.

En este momento anuncia el portero que una señora me necesita con urgencia.

—Dígale que vuelva.

—Dice que son dos palabras, y que más bien espera.

—Que pase, pues.

Una señora de manta negra, con más colorete que una tricromía, hace reverencias á la entrada y viendo mi cara de mártir se dirige á mi escritorio: El Sr. Jig Gómez?

—Para servir á Ud., señora.

—Cuánto placer conocer á Ud. personalmente, que ya lo conocía mucho de nombre: en casa leemos siempre el diario, porque mi hijo Paco, que es Bachiller en filosofía y letras y escribe también, aunque no publica nada porque padece de una enfermedad en los ojos, de la cual no lo pudo curar el doctor Barrenechea quien lo vio cuando estuvo aquí; sin embargo, ahora lo va á operar el doctor Latorré, pero resulta que á mí me da mucho miedo, porque al fin es mi hijo, y usted sabe, señor, cómo queremos las madres á los hijos, aunque nos hagan sufrir; Enriquito, de quien me decía el señor Ministro que prometía mucho, pero me lo conquistaron y se fue á Guayaquil, en donde le dio la fiebre amarilla, y según me escriben los señores Rosines, unos italianos con quienes trabajaba, cuando murió no decía más que mamá mamá! (Llora y se enjuga las lágrimas con un pañuelito negro.) Porque ha de saber señor que yo soy viuda del coronel Malatesta que entró aquí con Alfaro, pero le pagaron muy mal, después de que había peleado en todas partes, y murió dejándome con tres hijos y la casa hipotecada, por lo cual me casé otra vez, pero el segundo resultó que era casado antes, y yo, que soy tan delicada, porque me pesa el decirlo, pero mi familia ha sido

muy conocida, me puse á trabajar y á educar mis hijos.

—Y á que debo el honor de su visita?

—Como su periódico es el mejor y se interesa por las viudas, y usted es un caballero que aborrece á los pícaros y es necesario, señor, que haya alguna sanción para las malas acciones y la prensa es la llamada á moralizar, porque esta tierra está perdida, yá no hay en quién confiar, ni se practica la Religión; hoy para todo hay que tener abogado é influencias, cuando antes la palabra era una escritura pública.

—Muy bien señora, pero qué deseaba?

—Como le iba diciendo, señor, tengo una hija, que tiene diploma pero es algo enfermiza por lo cual la saqué al campo á una quinta que tiene un pariente mío, y allí se juntó con una amiguita que tiene un hermano, y éste, que es espiritista, con pretexto de evocar los espíritus sedujo á la niña con palabra de matrimonio y hoy no quiere cumplir, porque dice que los espíritus son los responsables, no él, y como mi hija es honrada, vengo, señor, ya que su periódico se interesa por las clases sociales, para que le eche usted un artículo á ese bandido para que lo conozca la sociedad porque es un pícaro sin Dios ni ley.

—Escriba usted un remitido y si está en frases cultas se lo publicamos, siempre que usted lo firme y lo pague.

—Firmar yo? eso sí no, señor, porque me lo echo de enemigo, y aun que no le tengo miedo, me puede seguir algún juicio, porque como todos abusan de las mujeres. . . . además, como le dije á usted, soy viuda y pobre y no puedo hacer esos gastos, pero si usted tuviera la fineza de escribir ahora el artículo contra ese facineroso, nombrándolo con todos sus pelos y señales

para que la sociedad se ponga en guardia, haría usted una obra de caridad y yo se lo agradecería mucho.

El cajista.—Ya acabé las cuartillas.

—Espere un momento; con el permiso de usted, mi señora, puede usted volver cuando esté menos ocupado.

—Volveré y espero que publicará el artículo contra ese pícaro.....

Un señor que entra sin hablar al portero.—El señor Director?

—A sus órdenes.

Entregándome dos pliegos escritos por todas cuatro caras: quisiera saber si se puede publicar esto.

—¿Contra quién es?

—Son unos versos que hice con motivo de la colocación de la primera piedra.....

—(Una piedra lo parta.)

—Del monumento que la gratitud del pueblo piensa levantar á los magistrados que protegen las bellas letras; los hice en un momento de entusiasmo y quiero que usted, que es un gran poeta, me los corrija y vea si se puedan publicar como obra patriótica y de interés general, porque, vea usted, en esta estrofa hablo de los periodistas:

El escritor, cual condor de los Andes

Se remonta al infinito cielo

En donde están los hombres grandes

Revoloteando en gigantesco vuelo.

—¿Quiere Ud. que se los lea todos?

—Gracias, mil gracias señor, déjelos usted que luego los leeré.

—No, es mejor que se los lea yo porque mi letra es muy mala y, además, les sé dar, como que soy su autor, la entonación patriótica.

—Puede usted leerlos, pero siento mucho

no atender la lectura porque estoy acabando un artículo. . . .

—No importa, siempre se los leeré porque no tengo tiempo de volver y espero que con mi recitación se inspire Ud. para el artículo.

Y se lanzó á las vías de hecho, á mansalva y sobre seguro, con su recitación que era un atentado en circunstancias agravantes de violación de domicilio.

Y como para estos crímenes literarios no hay Santa Lucía que valga ni leyes que los castiguen, apelé al recurso de la huida: en una pausa tomé el portante y lo dejé dueño del campo.

*
* *
*

Ya en la calle resollé como un arriero, y me puse á pensar á donde iría que en vez de topár con viudas y poetas, hallara un asunto explotable fácilmente para una *Dominguera*.

Me encaminé á la amplia plaza de San Francisco en donde me informaron que habían encontrado unas sepulturas, lo que prueba por á más que esa plaza fue antes un cementerio, una carnicería ó un campo de batalla. Como los muertos no hablan ni reclaman y de ellos se puede decir todo lo que se quiera, sin responsabilidad, saqué el lápiz y me preparaba á hacer una calaverada cuando me convencí que de aquellos restos y calaveras no había más restos que unos fémures indescifrables para el que no sepa ostiología.

No habiendo pues asunto de qué tratar me dirigí al Congreso, á tiempo que doblaban las guardias por las exequias económicas de un Honorable á quien le cantaba los responsos el Ministro de Hacienda.

Penetré en el recinto de las barras, en don-

de para descansar el espectador hace como las grullas, turnar de piernas, ó apoyarse en el vecino. Esta costumbre de que no haya bancas en las barras me parece no sólo económica sino patriótica, el que resista toda una sesión de pie merece un ascenso, porque será buen soldado, y se consigue que los meros curiosos se cansen y se vayan.

La sesión estaba en una calma somnolienta; todos los honorables parecían dormitar después del aborto de algunos proyectos, cuando no había valido el forceps de la oposición para sacarlos aprobados.

Era la calma precursora de las grandes proposiciones. De repente se conmueven hasta los pupitres, principia la tormenta.

Un cierto diputado, que no es alma de Dios, y así calificado fue en plena votación, con elocuencia suma, que resta puede ser, con lógica que abruma se pára á proponer. . . .

—¿Propone matrimonio?—No señores, no tal; apelo al testimonio de todos, en verdad.—¿Propone con premura y con fácil decir que la temperatura se baje en Guayaquil, para que, en consecuencia, se produzcan allí, cual proyecto de urgencia, las papas y el maíz?—Tampoco, él ha propuesto una cosa mejor.—Ya caigo, por supuesto, ¿no fue que hizo moción, para hacer que las aguas no nos puedan mojar, que se haga un gran paraguas que cubra la ciudad?—No aciertas todavía.—Pues entonces, talvez muy serio pondría, como fácil de hacer, que por el buen conducto de algún gobernador, se traiga un acueducto del río Marañón?—Tampoco, el diputado propuso algo mejor.—Me confieso agotado, que resuelva otro, no yo.

—Si no puedes descubrir la cuestión parlamentaria más rara y estrafalaria, te la voy á des-

cubrit: Se trata, y ésta no es trata ni de negros ni de blancos, ni de aguardientes ni estancos, ni de la vida barata; tampoco es éste un tratado de paz internacional, ni un tratado decimal, ni asunto de peculado.

Es asunto de derechos y de torcidos de aduana, pues que no les da la gana de encontrarse satisfechos con no tener aquí *vistas* hacia el mar que el Guayas borda, que hagan de la vista gorda, cuando pasan las revistas,

Y en vez de hacer navegable el Machángara, por cierto, y hacer en el "Sena" un puerto ó bahía confortable, se propone, y está escrito, como la cosa más llana, poner en Quito una aduana! [poner una aduana en Quito!

El proyecto es razonable, y yo lo apruebo, á dos manos cuando veigan aeroplanos ó Quito sea navegable.

Qué fortuna no tener que ver con comisionistas! y hacernos contrabandistas, por negocio y por placer; porque así como el pirata gloria tiene en las novelas, y cuando al barco sin velas el cañón lo desbarata, la figura del corsario se destaca sobre el puente, magnífica é imponente, como un héroe nobiliario; así también va flotando entre gentes de conciencia la fama y la inteligencia de los que hacen contrabando. Y hasta la mujer, si es lista, prueba del placer la llama, pero no pierde su fama si es hábil contrabandista.

Por eso estoy en lo cierto y apruebo de buena gana, que se ponga aquí una aduana y se haga de Quito un puerto.





XIV

“QUITO es la capital del Ecuador,” dice (un texto de Geografía, como quien dice en términos catalógicos de imprenta, la letra más grande con que principia una oración, y como para muchas provincias, Quito, por el hecho de ser una ciudad en donde hay catedral, palacio de Gobierno, hoteles, parques, cantinas y otros edificios más ó menos públicos, y donde con más entusiasmo la cándida é inexperta juventud de provincias que viene á buscar el árbol de la ciencia, se sacia en veces únicamente con el fruto,—que fue allá en los tiempos de las castañas que se llamaban Maris, fruto del pecado más original que ha habido,—no es de sorprender que para don Homobono sea esta ciudad un pecado capital ú ocasión de tal cosa.

Don Homobono, legítimo chagra marrullero y chapado á la antigua, reniega de Quito, no por

lo que reniega cualquier transeúnte que á las nueve de la noche comete la imprudencia de aventurarse por estas calles que de todos pueden ser menos de Dios, y tropieza con la procesión de pebeteros que, para zahumar la ciudad, llevan los guacamacas al hombro y las criadas ó cholas debajo del pañolón; no, don Homobono abomina de Quito porque pasaron aquellos tiempos que él vio no hace mucho, en que la gente salía á las puertas y balcones al notar un ruido inusitado que turbaba la melancolía y cristiana calma de la población y los chiquillos gritaban: *el coche! ahí viene el coche!* y al dueño del carruaje se le impuso una multa porque dañaba las calles.

—Qué tiempos de tanta sabrosura aquellos! dice don Homobono: La casa más grande de Quito valía cuarenta pesos febles de arriendo y en la mejor fonda daban asistencia con pasto para el caballo por doce pesos al mes. Diversiones? Muchas y muy sanas: Cuarenta horas, sermones espléndidos, comedias en los conventos, procesiones con capa de coro, carnaval, inocentes y, principalmente, los rosarios á las tres de la mañana. . . . Todo sin que costara nada y muy moral. Hoy, por ir uno al teatro á oír gritar y ver pantorrillas de bailarinas se paga tres suces; todo el mundo va en coche y éste cuesta lo que el cochero pida; una casa regular vale cuatrocientos suces, no en venta sino en arriendo por mes, y eso dejando dos cuartos para trastos viejos y otros tantos para la tradicional señora pobre amiga de la familia que vive en la casa, por consideraciones, hace cincuenta años, y no será justo sacarla cuando vive hoy con sus dos hijas viudas y ocho nietos. Un cuarto en un hotel exige cinco suces diarios, y un coktel, peor que el mallorca, vale treinta centavos. Las niñas y señoras no quieren usar la económica

manta que economiza hasta la blusa y el corsé sino que llevan sombreros de sesenta sures y abrigos que valen un diñeral. Hay que pagar por entrar á la Exposición, cuando yo creía que le pagaban á uno por ir hasta esa lejura; no hay semana que no haya un bailecito de esos que ahora se llaman *recibos*, en donde va uno á aburrirse mientras las hijas y la mujer bailan y toman unas aguas rosadas, que son un magnífico laxante. Desde que vine con mi familia á Quito, los tales recibos me vienen costando pagar unos cuantos recibos que me presentan la modista, el cochero y los boticarios. Esta civilización, amigo *Sig*, es una calamidad para el bolsillo, y la culpa la tiene este Alfaro que nos ha traído tantos males; si usted hubiera venido antes á Quito, en tiempos de don Gabriel, eso sí que era bueno! qué moralidad y qué vida tan barata.

—Hombre, yo creo que sería barata porque la tenía uno todos los días en peligro.

—No tal, esas son cosas de los enemigos por desacreditarlo.

—A propósito, no sabe Ud. el cuento del infierno? Pues ahí va:

Cuentan las crónicas que el doctor Rojas Garrido, incrédulo condenado, murió sin confesión porque estaba resuelto á irse con alma, vida y zapatos á los profundos infiernos. Así fue, apenas dio el último suspiro principió á andar por un amplio sendero lleno de flores, de luz y alegría y conoció, por lo que dicen algunos Santos Padres, que ése era el camino de perdición á cutérmino está el llanto y el crujir de dientes. Una gran portada más imponente que la del Palacio de la Exposición, en donde había en lenguaje de canto la inscripción que puso el Dante: *Lasciate ogni speranza*, le indicó que había llegado. Apenas pisó el umbral, se abrió como por encanto

la portada y un criado de librea que no era ningún cancerbero y que si era demonio debería tener la cola entre los pantalones y los cuernos bajo la peluca, lo invitó á entrar.

Una música que nada tenía de infernal resonaba en el salón más vasto y lujoso que jamás vieron ojos humanos; reyes y emperadores, presidentes y ministros, escribanos y alguaciles, militares y paisanos, muchos frailes y monjas, las Aspasias, Frinés, Safos, Pompadoures y Estuardos; en fin, todos los tipos y categorías universales, circulaban allí como en una fiesta de Versalles en los tiempos del Rey sol. Era aquello un haz de mil banquetes, mil orgías y mil fiestas; se libaban en copas de oro los más ricos falernos y chipres, y se gustaban los más raros y suculentos manjares. Nerón tocaba la lira y María Calderón guiñaba el ojo con que hizo perder la chaveta al rey poeta, y cantaba:

“Un fraile y una corona,
Un duque y un cartelista,
Anduvieron en la lista
De la bella calderona.”

Cuando llegó el doctor Rojas lo saludó un hurrah! de entusiasmo y una comisión de suramericanos: Bolívar, Santander, Rocafuerte, San Martín, doña Manueña Sáenz, Mosquera y otros salieron á hacerle los honores y le dieron un ponche como el que ofrecieron en la recepción del pabellón americano: matador. Pero el filósofo vacilaba, temía haberse equivocado de puerta y después de saludar á todos llamó aparte al General Mosquera y le dijo:

—Hombre, Tomás, dime dónde estoy?

—Qué, no lo sabes? Pues en los infiernos.

—¿Y los diablos, las pailas con pez hirviendo, las calderas y parrillas y las llamas, en dónde están?

—Qué, hombre, si esas son cosas de los conservadores por desacreditar el establecimiento.

*
* *

Uno de mis mejores amigos, que quiero presentar á mis lectoras y aun recomendárselo como confesor espiritual es el Padre Simplicio, quien, á pesar de lo que su nombre indica, nada tiene de simple; es un sacerdote inteligente, estudioso, franco y que practica la virtud modestamente, como la cosa más natural. El Padre Simplicio no cree que los liberales olemos á azufre, ni se nos debe negar el aire y el fuego, y como yo no soy ningún cleróforo que haya de desayunarme con un cura para demostrar mi amor á la causa, somos los mejores amigos, y cuando nos viene en gracia soltamos la su hueso para refinos un poco de las flaquezas y gorduras del prójimo.

No es, pues, extraño que cuando me depara la suerte encontrarme con el Padre Simplicio, lo detenga y me dé el placer de charlar un poco con él; y eso sucedió precisamente cuando íbamos con don Homobono en dirección al Palacio de Gobierno; el Padre Simplicio bajaba con el manto al hombro y caminando apresuradamente.

—Hola, querido Padre, hacia dónde con tanta prisa?

—Vengo huyendo de la quema, se están pegando.

—Quiénes? preguntó don Homobono.

El Padre Fermín lo miró antes de contestar y yo lo presenté.

Don Homobono quiso besarle la mano y el Padre se lo impidió diciéndole: mire que no está muy limpia, y agregó: Los señores Senadores andan á la greña, puñetazos, paraguazos y hasta revólver.

—Pero, aun cuando se peguen y se hagan fuego no se harán nada, porque son inmunes, dijo cándidamente don Homobono.

—Efectivamente, dijo el Padre sonriendo, eso mismo decía un chapa: no hay que temer nada porque son inmunes. Pero, los dejo porque voy en busca del viático para un enfermo.

—Y quién es él ó ella?

—Es un personaje de alta alcurnia: Don Poder Ejecutivo, que está malísimo, tiene una enfermedad grave, es una estrechez financiera complicada con una oposicionitis crónica, delirios de grandeza y alucinaciones. Lo asisten los doctores Borja, Martínez Aguirre, Venegas y Huerta, (1) quienes le recetan una inyección de veinte millones como el único remedio, pero no hay Botica que pueda preparar el medicamento y habrá que pedirlo al extranjero.

—Y no han llamado otros facultativos?

—Esos son los de cabecera, pero se ha pedido la opinión de los doctores Peñaherrera y Casares y se ha consultado á Guayaquil por telégrafo á los doctores Becerra, Villamar y Valenzuela, quienes recetan dieta rigurosa y que se le amputen las facultades extraordinarias. Se espera que la enfermedad hará crisis después del 10 de Octubre; los amigos del enfermo están alarmados y le dicen que aunque el caso no es desesperado, siempre es bueno que arregle sus cosas, y nombre heredero. También van á verlo muchos curanderos y cada cual le hace sacar la lengua, y recetan emplástrs de papel moneda, píldoras de hierro, cápsulas de Mauser, extirpación de los tumores oposicionistas, sinapismos de editoriales, sueltos cáusticos, sangrías al brazo

(1) Todos médicos y Ministros del Despacho los tres primeros; el Dr. Huerta Presidente del Senado.

secular, y, en fin, toda una farmacia política.

—Y Ud. qué cree Padre?

—Yo creo que la calentura no está en las sábanas, todo esto es cuestión de *dietas y viáticos*, que se curarían todos los males con un poco de nitrato de plata, y que si sigue grave el enfermo hay que pensar seriamente en la *administración*; por eso voy á preparar el quitasol y los faroles.

—Sin embargo, dijo don Homobono, yo creo que todas esas juntas de médicos y curanderos para recetar á Don Poder Ejecutivo y diagnosticar su enfermedad son como lo que sucedió á un pariente mío en París cuando se enfermó: hicieron una junta de médicos presidida por el decano de la facultad, para saber la enfermedad y su medicación. Auscultaron, pulsaron y voltearon al enfermo, le preguntaron su vida y milagros y salieron á otra pieza á deliberar. El enfermo le dijo entonces al sirviente: escucha lo que dicen esos señores para saber dónde me duete. El sirviente hizo lo que mi pariente le ordenó, pero se quedó en las mismas, porque nada entendió.

Al bajar las escaleras los médicos preguntaron respetuosamente al decano:—Pero, en fin, doctor, cuál es la enfermedad que padece el enfermo?—Oh! dijo el profesor, arreglándose las gafas, eso lo sabremos mañana cuando se le haga la autopsia.

Y lo bueno es que mi pariente vive todavía.

—Muy bien, don Homobono, le ha pasado á Ud. lo que á Monsieur Jourdan que ha hablado en prosa, es decir, en verdad, sin saberlo. Hasta la vista, amigos míos.

Y el Padre Simplicio siguió de prisa con el manto al hombro.





XV

CARTA

DE

Poraquí á Parallá

Quito, Octubre 17 de 1909.

Distinguida amiga:

Recibí su fina carta del 10, y la recibí de una manera fenomenal, extraordinaria: fui al correo, vi mi nombre en la lista, estaba bien escrito, (primera sorpresa,) pedí la carta y me la entregaron después de buscarla diez minutos, (cosa inusitada por la ligereza,) la recibí y no estaba abierta, (lo que también me sorprendió,) rompí el sobre y leí la fecha: 10 de Octubre, (maravilloso caso de rapidez,) seis días de Guayaquil á Quito! Un telegrama no viene en tan corto tiempo, puesto que es caso frecuente el de que un individuo cuando sale de Guayaquil pon-

ga una serie de telegramas á su familia comunicándole su próxima llegada, y dos días después de que en Quito se ha sacudido el polvo del camino, reciba él inismo los despachos. Ya no se pone un telegrama así: "Correo lleva carta," más práctico es decir en una carta: "va telegrama," tanto más cuanto que por telégrafo se puede incurrir, por la misma rapidez y por el lacónismo obligado de los tres centavos, en transposiciones como la siguiente:

En una oficina se puso este telegrama:

"Recibí llave.—Isabel dio á luz una chiquita.—Va mejorando.—Casimiro bien.—Parto feliz hacienda.—Familia perfectamente.—Baúl perdido."

Y llegó así á su destino:

"Recibí.—Ya ve, Isabel dió á luz una chaqueta.—Va mejor.—Ando y casi miro bien.—Parto feliz.—Hacienda familia perfectamente.—Raúl perdido."

Naturalmente que estas quisicosas correo-telegráficas tienen su disculpa, de la que yo mismo hago uso cuando alguien protesta. Y cuando no teníamos telégrafo ¿de qué se quejaban? Y cómo no decían antes nada cuando las cartas venían por Babahoyo en diez días y hasta se le mojaban los papeles á don Gabriel?

Francamente es mucho exigir que en invierno, y cuando los caminos están impajaritables y tan malos que, como decía el antioqueño: "no pasan ni los telegramas," gaste una carta de Guayaquil aquí menos de seis días y un telegrama viaje con más rapidez que el Ministro de Hacienda de S. M. Mr. Harman, quien anochece en Guayaquil y amanece en Quito.

Por esta que refiriendo voy, podrá usted, querida amiga, ir pensando en que nuestra correspondencia será de tarde en tarde y de noche en

noche y que, cuando le escriba que alguno de la familia está enfermo, debe ponerse luto al recibir la carta; cuando le cuente que una amiga suya se va á casar debe inmediatamente mandarle felicitar por el nacimiento del heredero, y cuando le ponga un telegrama urgente, lo haré con una semana de anticipación.

Estas prudentes medidas precautelativas nos evitarán alarmas y pesares. Lo malo no es el servicio, es no saberse acomodar á él.

Otra práctica engorrosa que nos ha venido de la extranjería y que debe abolirse por inconducente es el poner *vía* en los sobres; este *vía* tal ó cual, está de sobra, porque en nuestras oficinas de correos todas las vías son iguales, hasta la vía láctea y todas resultan vías dolorosas para las cartas. Para las ciudades que no estén al alcance de los conocimientos geográficos de las señoritas, debe prescindirse de estampillar una carta. El otro jueves puso un caballero una carta para *Quebec*, Canadá, y se fue á Quevedo, en donde nadie la ha solicitado.

Así pues, cuando algún amigo se va para el viejo mundo hago de cuenta que se ha ido para el otro, y ni una letra. Lo lloro pero no le escribo.

Le encargo, mi amiga, la reserva, pues no quiero que mis cartas y telegramas me lleguen más rápidamente, ni es mi ánimo que esto que á usted cuento vaya á ser visto por uno de esos extranjeros que las echan de observadores y que no observan ni buena conducta, pero sí quieren sacar de todo deducciones como la de aquel que haciendo investigaciones arqueológicas en Egipto encontró una momia que tenfa al rededor del cuerpo un alambre, y anotó en su memorandum: "esto prueba que los egipcios conocfan el telégrafo desde los tiempos de Ramsés el Grande," y cuando practicó unas excavaciones en Bretaña

encontró otras momias sin alambre alguno y anotó: "esto prueba que los bretones conocían el telégrafo inalámbrico."

Hechas estas salvedades espirituales, entro en materia.

Me dice usted en su carta que van á regalar, es decir, que ya regalaron, una pluma de oro al escritor católico señor Elizalde Vera. Si siguen, regalando plumas se va á quedar desplumado el Cóndor de los Andes, en sentido figurado, y las joyerías, en términos mercantiles. Cuando á Calle le obsequiaron una pluma, dijo que mejor hubiera sido un revólver; si el señor Elizalde mirara las cosas como el célebre escritor azuayo, habría preferido unas pantuflas; pero no será así, porque el decano de los periodistas del Guayas es más creyente y se, habrá resignado con la pluma, agradeciéndola como todo lo que viene de las señoras,

Si allá están ya familiarizados con la bubónica, aquí nos pasa lo mismo con el Congreso; ya no le tenemos miedo. Pasó al olvido ya aquella sesión borrascosa en que un Senador conservador se puso rojo... de cólera porque hablaron de empréstito y alegó que el Congreso debe ser como cierto banco que no presta al uno... ni al otro; desde que el diputado Vásconez tomó sus medidas para hacerle un sobretodo al Cuerpo Legislativo y vino el invierno, se acabaron las sesiones acaaloradas. Está pasando todo, hasta lo que no se propone, y cuando usted reciba ésta habrá pasado también el Congreso. Ahora se está discutiendo en santa paz si hay ó no revolución: unos dicen que la vieron por los cerros de Ubeda ó de Latacunga, otros dicen que la están preparando para servirla caliente á los postres, y, no faltan quiénes opinan que es una revolución pacífica.

No debe usted afanarse, mi amiga, por estos decires, pues cuando lea esta carta, que es feliz, pues va á buscar á usted, si ha estallado la revolución ya estará vencida ó triunfante, y nos habrá salido el susto del cuerpo.

Su amigo que le desea felicidad á través del tiempo y la distancia.

PORAQUÍ.

De otro estilo

Al señor

Josesito Quispe

En Guayaquil.

Tomo la rústica pluma en la planta de la mano para manijestarte mi amor propio ojendido porque habís de saber que en de pocos días á esta parte se me ha desenrollao una juerza de cariño para vos que me tiene turulata.

Mi mama está brava porque dice que tengo al patas dentto del cuerpo y el señor cura me dice: casáte, casáte, pero yo al fin no sé ni con quién será, porque vengo viendo que vos, denque me dejé dar contra mi voluntá un apretón detrás de la puerta de la cocina habís cambio y se ti ha entrao un enfriamiento por to el cuerpo, porque como dicen "amor no quita conocimiento," "no por mucho madrugar amanece más temprano," y "viva la gallina aunque viva con su pepita."

La blanca está con güevos y matamós al marranito que dio tres pesos de manteca. Mandámé unos pejes de los del río y unos plátanos que po allá se dan bien grandes.

Perdoná la falta de geografía pues vos bien sabés que no estuve en la escuela sino dos años

y no sé describir, ésta me la da escribiendo la Carmela á quien tu conocís y que es léida y escrebida y te manda saludes y le doy medio por la carta.

Aprovecho que el niño manda un propio donde tu patrona para mandarte un canasto de fresas, pero como no quiero que sepan que estamos en corrispondencias esta carta va entre el canasto y encima van las fresas, fijáte bien, apenas recibais el canasto te hacís el disimulao y lo guardais: cuando estés solo descoceis el paño en que va engüelto y buscas la carta en el asiento, debajo de las fresas. No te olvidés.

Para terminar va un verso:

Dende que te ví te quije,
Y tuavía te estoy quiriéndo
Y el amor que te tuví
Tuavía te lo estoy tuviendo.

Que no te vayan á dar las fiebres, porque como dicen matrimonio y mortaja del cielo baja y juntate con la junta de sanidá para que no te vaya á dar nada.

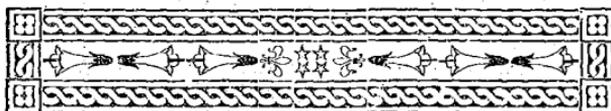
Y para terminar esta misiva circunfleja recibe el estrambótico cariño de tu fiel amiga que besa vuestras pies.

PETRONILA.

POSDATA.—La Rosa está cobrando los cuatro riales que le quedasteis debiendo, mandámelos en un telegrama pa que no charle.—Vale.

Es fiel copia.





XVI

ENTRE cuatro policías, porque cuatro es el número requerido para llevar un hombre á la cárcel, ó un muerto al hoyo, fue llevado ante el Comisario un carpintero acusado de haber dado muerte á su mujer.

Los polizontes, aunque el criminal había ido por sus pies, respiraron ya tranquilos en presencia del juez. Pero el reo estaba más sereno que ellos; caso de conciencia.

—Explique usted, dijo el juez, ¿por qué ha matado á su mujer?

—Yo no la he matado señor.

—¿Y entonces quién la mató? Hable usted porque la justicia necesita enterarse y saberlo todo en este caso misterioso; su mujer está muerta, es un hecho, el arma con que se cometió el delito, un martillo, está en poder de la Autoridad, es otro hecho; usted estaba sólo con su mu-

jer en momentos de la perpetración del crimen, es otro hecho: son tres hechos contextes ¿quién la mató, pues?

—Voy á explicarme, señor juez, y usted verá que no he matado á mi mujer. Estaba yo trabajando en paz cuando Petra, así se llama la difunta, se acercó al banco á pedirme plata, y como yo sé que en los bancos no se hacen esas operaciones, me puse más caliente que un Gerente, y seguí remachando mi clavo; cuando en esas ví una pulga... levanté el martillo y paf! la maté; lo malo es que la pulga estaba en la cabeza de mi mujer... pero como cada uno tiene su modo de matar pulgas.

¿Y á qué trae á cuento este cuento, señor Jig. Gómez, dirá el lector?

Verdaderamente que lo hágo á título de información: un amigo con quien conversaba el otro día, cuando el Congreso daba al Ejecutivo las facultades extraordinarias, dijo: eso es lo mismo que el cuento de la pulga, y lo contó. Pero, por mi parte, declaró que no le he hallado la similitud, ni la moraleja; si alguno de los lectores se la hallase, será merecedor de cinco primeras, pues esto de las facultades, del martillo, del carpintero, la mujer y la pulga es una regla de cinco más complicada que el problema de los veinte millones al cinco por ciento que ofrece la Ethelburga (este nombre me sale á remedio.)

Si el cuento tuviera alguna oportunidad es por referirse á la Policía, á ese mal necesario que diría ¿quién diría? Santo Tomás de Aquino ó Anatole Francé. Vaya usted á rectificar.

Yo tengo por los chapas ó policías una inmensa conmiseración! y hay veces que he tenido la intención de decirle á uno: vé hijo, báñate y ánda á casa para regalarte unos calzones. No lo he hecho por respeto á la institución y porque

soy el hombre de menos calzones que hay en la ciudad.

En estas noches frías, cuando la neblina oscurece los focos eléctricos, he visto varias veces, en una de las calles que conducen al teatro, un cuadro íntimo y calentito: en una puerta de quicio alto se sientan un chapa arrebujo en un pañolón y una muchacha arropada con el capote; del grupo oscuro se distinguen los ojos somnolientos del celador y la sonrisa maliciosa de la mujer. Y no digo de *su mujer*, porque no lo sé si será la misma *compañera* todas las noches. No sería raro que fuera distinta, pues no tienen por qué ser en achaques de abrigo, distintas las aficiones de un chapa de las de un caballero de levita; eso de la variación es una flaqueza, ó fortaleza, muy común en la raza humana desde los tiempos de Abraham, Jacob y el sabio Salomón que batió el *record* en la materia.

Y no crean ustedes que he visto con ojos de dómine esa escena muda é íntima: al contrario, hubiera deseado que una neblina londinense los arropara hasta la hora del relevo, ocultándolos á las investigadoras miradas de algún Inspector. Para esa mujer incógnita que deja su cuarto en donde no penetra la niebla, y al sentir el frío se acuerda del esposo ó del amante que vela, y se va á compartir el frío con él y darle un poco de calor, para ella todas mis simpatías; para él, que está mal vestido, peor pagado y sirve por eso mal, todas mis conmisericordias.

Y vean ustedes lo que es la sugestión dramática ó cómica que nos ha traído don Miguel Muñoz; ya quiero ver en ese cuadro común y corriente un drama tan intenso y psicológico como los de Ibsen, tan amargo como los de Guimerá, y si el Inspector los sorprende, los saca de quicio y acaba la escena con tres copas de mallorca en

la tienda de la esquina, que lo digan los hermanos Quinteros.

Porque el hecho es que don Miguel Muñoz nos ha sugestionado con sus representaciones, todos hablamos en el suelo como si estuviéramos en las tablas, y si es cierto, como alguien dijo, que en todo hombre (se entiende que mujer también) hay un actor, cuando no un autor, nada tiene de raro que cualquier vecino, en los entre-actos, después de la función, en el hogar, en la calle, al salir de casa, al entrar á la iglesia, al comer y al dormir, se crea un personaje, hable y gesticule como si tal y crea que la criada de follón es una doncella.

Paco, que es hombre calmado, pacienzudo y hasta diputado ha sido, al día siguiente de la Representación del *Drama Nuevo*, va á almorzar y encuentra á su mujer con una visita: un primo, que no es como cualquiera otro porque carece de las cualidades que adornan á los primos: es feo, tonto y no le gustan las primas. Esto de encontrar al primo en su casa era lo más corriente, y á Paco se le hubiera ocurrido hasta que los revolucionarios de Latacunga están en libertad, menos que el primo fuera capaz de algo. Pues bien, ese día Paco, impresionado con lo que había visto en el teatro, al ver á su mujer con el primo cree *sorprenderlos*, toma una actitud grave, saluda con ceremonia, un rictus de amargura contrae sus labios, se pasea agitado y cuando el primo se despide le dice con intención: *hasta la vista, señor mío*. Luégo mide á largos pasos el salón y tomando un cortapapel, se abalanza hacia su mujer, la toma por la muñeca, y blandiendo el instrumento y con voz cavernosa le grita: *infiel! infiel!*

La señora, vuelta de su sorpresa, suelta una carcajada, pero como viera que su marido, con

lós ojos saltones, seguía: *traidora! infame!* le pega un estrujón se va al lavatorio, toma una jarra de agua y sazi como Xantipa sobre la calva de Sócrates.

Este sistema hidroterápico lo recomiendo como admirable para las sugerencias dramáticas.

Por eso, en estos tiempos de representaciones, teatrales y parlamentarias, viene al pelo la siguiente comedia cuyo mérito único es el mismo que tiene el novio de una amiga: la cortedad y representarse sin *mise en scene*, sin apuntador, sin telón ni espectadores.

COMEDIA

SIN ACTOS NI CUADROS Y SIN PERSONAJES

Personas:—El señor. La señora. La cocinera [que no aparece.] La longa que sopla. Inspectores. Una mujer. Policías—Epoca actual. La escena pasa en Mesopotamia, no en Quito.

Al alzarse la cortina aparece una cocinera como las de esta ciudad; la señora fríe unas papas y la longa sopla con el sombrero. El señor, entrando:

—Las doce del día y sin almorzar! Pero, qué veo? Tú de cocinera (á la señora.)

Señora. Y qué remedio? Esa condenada se fue con la plata de las compras y robándose unos platos y cubiertos. Hasta tu cuchara de plata se la llevó. (á la longa) No soples tan recio que llenas de ceniza la sarten. (al señor) Te estaba esperando para que des el denuncia en la Policía. Mira, mientras está el almuerzo echa una carrera y ponés el denuncia; no estaré contenta hasta que no vea á esa ladrona en el panóptico.

El señor. Difícil será (aparte, reflexionando) si pudiera demostrar que conspira... así la cogerían pronto... (alto) En fin, voy ¿no sabes en dónde estará?

Señora. Sí, está donde la lavandera que vive por la Tola; allí la vieron esta mañana, no olvides que se llama Presentación Chiluiza.

CAMBIO DE ESCENARIO

En la Policía. Un callejón largo, largo, con muchas, muchas puertas á cada lado. Un centinela en la entrada; en el callejón unas bancas con unos policías dormidos; otros comen en compañía de unas mujeres. Al final del corredor una escalera. Por una puerta lateral que da á los calabozos sale en forma de nube un olor á letrina. Se recomienda á los lectores se tapen la nariz con el pañuelo.

El señor (á un cabo) ¿Con quién me entiendo para dar un denunció?

El cabo (mirándolo de cabo á rabo) Hable usted en esa pieza que es la secretaría.

El señor. Gracias caballero.

Una pieza grande. En las paredes unos planos. Tres pupitres y tres empleados que escriben. Puerta en el foro. Un letrero que dice: *Quítese usted el sombrero.*

El señor (entrando sombrero en mano sin que nadie lo alce á mirar) Caballeros... (nadie le responde.

Un empleado (que sale de la otra pieza) Qué se le ofrece á usted?

El señor. Deseo saber á quién le doy un denunció.

El empleado. ¿Cómo, usted no lo sabe? De dónde viene usted que no sabe ni eso?

El señor. Vengo de mi casa, y si lo supiera no lo preguntaría.

El empleado (encendiendo un cigarrillo) Vaya usted á la Comisaría.

El señor. Y dónde queda la Comisaría?

El empleado (volviéndole la espalda) Pregunte usted afuera.

El señor (saliendo) Perdone Ud. la molestia. (á un policía que pasa) ¿Dónde está la Comisaría?

El policía. ¿Cuál Comisaría?

El señor. Hombre, cualquiera en donde se pueda dar un denunció.

El policía. Ah! sí; suba usted esa escalera, á la primera puerta.

Un corredor semejante al primero en el segundo piso.

En la primera pieza un empleado que lee y otro que fuma.

El señor (entrando). Caballeros. ¿Esta es la Comisaría?

El empleado (con sequedad) Sí señor.

El señor. Ante quién puedo dar un denunció?

El empleado. ¿Es asunto político?

El señor. No, se trata de un robo, de una criada.....

El otro empleado (interrumpiendo) Pase Ud. á la otra Comisaría.

El señor. ¿Dónde es?

El empleado. Tres puertas más allá.

El señor. Perdonen ustedes que les haya interrumpido (sale.)

UN CUARTO VACÍO

El señor. (entrando) Caramba, aquí no hay nadie. Esto es gracioso, lo malo es que ya es la una y mi mujer me estará esperando con el almuerzo. ¿En dónde diablos será la Comisaría? (A una mujer que pasa con una ollita de loco.) Señora: probablemente usted sí sabrá cuál es la Comisaría en donde se puede dar un denunció?

La mujer. Espere usted, hoy qué es? sábadó. Vaya usted al frente, á esa pieza que está abierta, allí está el Comisario de turno.

El señor. (tomando la dirección indicada) Agradezco á usted la indicación.

Una pieza como las anteriores. Un caballero con el sombrero puesto y con una pierna encima de un

pupitre refiere á otros dos que están con las plumas en las orejas, un caso espeluznante.

El señor. Salud, señores. Vengo á poner un denunció ¿el señor Inspector?

El Inspector. A sus órdenes (echándole una mirada investigadora.)

El señor. Es el caso que la cocinera de casa se ha huído robándose unos objetos. . . .

El Inspector (á los empleados.) Lo mismo de todos los días. A tarde y á mañana es la misma cantinela. Parece que todas las cocineras se huyen todos los días robándose algo, y que uno no tiene más oficio que buscarlas. (al señor) Ponga usted el denunció.

El señor. Me parece que eso es lo que estoy haciendo.

El Inspector. Puede parecerle á usted pero los denunciós no se reciben sino escritos.

El señor. Permítame usted papel y pluma para escribirlo.

El Inspector. Eso no es permitido hacerlo aquí; tráigalo usted escrito y se le sustanciará.

El señor. Pero entre tanto se pierde un tiempo precioso, puede huír la mujer.

El Inspector. No dice Ud. que ya ha huído?

El señor. De casa sí, pero sé que está donde la lavandera, que vive por la Tola.

El Inspector. Pues, después de que usted presente el denunció escrito se le dará una boleta para que la haga coger.

El señor. No entiendo.

El Inspector. Si usted no entiede debe buscar un abogado.

Un empleado. Después de que se le expida la boleta, usted se va con ella á la Tola; averigua dónde está la cocinera, llama al celador, le entrega la boleta y él la conducirá aquí.

El señor. ¿A quién? á la boleta.

El Inspector. No señor, á la sirvienta.

El señor. Y si yá se ha ocultado? Si no la encuentro?

El Inspector. Ese es un caso grave; entonces veremos. Traiga usted el denunció por escrito.

El señor. Y si no encuentro al celador para darle la boleta?

El empleado. Lo busca usted ó le espera hasta que llegue.

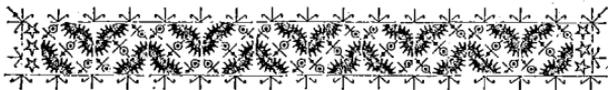
El señor. De manera que tengo que buscar no sólo á la cocinera sino también al celador y traerlos á la presencia de ustedes?

El Inspector. Como usted guste.

Antes de darle con las puertas en las narices al señor, el galán joven se dirige á público que yá se levanta y dice:

Yá la *Comedia é fúita*,
Es decir, está acabada,
Señores, una palmada
Porque resultó cortita.





XVII

SE trataba de un examen público, sobre asuntos ídem; se interroga sobre varias materias, que pueden cambiar de forma pero no perecen, y tanto los examinadores como los examinados eran personajes ficticios, fantoches, como los que saca Benavente en su comedia "Intereses creados." En ese certamen nada era real, aunque se tratara de reales, todo ficticio como que no ha sucedido aquí, ni suceder puede en otra parte.

Lo único natural era la competencia y seriedad de los profesores y la viveza de los discípulos para no quedarse callados. A los muchachos en la clase les sucede al revés de los Diputados en el Congreso, el que calla no otorga, se le reprueba, y en el templo de las leyes los silenciosos, los que hacen el papel de durmientes para que pase sobre ellos el tren legislativo, son los más estimados, porque dicen menos disparates.

Suena la campanilla y principia el acto.

Clase de Aritmética

PRIMER CURSO

Examinador.—El caballero de la punta de la banca, tendrá la bondad de decirnos ¿qué es Aritmética?

Discípulo.—Aritmética es la ciencia de los números.

E.—¿Por qué dice Ud. que es ciencia?

D.—Porque así me lo han enseñado.

E.—Y qué son números?

D.—Números. . . números son unos signos convencionales para expresar todo lo que se pueda contar.

E.—De manera que si usted cuenta un cuento lo hace con números?

D.—No señor, porque es masculino, pero cuando es femenino, cuentas, se hace con números.

E.—Muy bien, tiene usted disposiciones. El señorito siguiente. De manera que el masculino puede reemplazar al femenino, y que las cuentas pueden llegar á ser cuentos?

D.—Si señor, cuando no se pueden probar las operaciones, se eleva un memorial al Congreso en que se cuentan no las cantidades sino los servicios prestados á la causa, y entonces se aprueban las cuentas; lo que da el mismo resultado.

E.—¿Qué es número impar?

D.—Número impar. . . es. . . por ejemplo, un solterón.

E.—¿Cuándo se dice que los números son pares?

D.—Cuando van de dos en dos, como los soldados á las urnas.

E.—¿Qué son números dígitos?

D.—Números dígitos son los que se cuentan con los dedos.

E.—Ponga un ejemplo de números dígitos, es decir, que se cuenten con los dedos.

D.—Los políticos honrados.

E.—Perfectamente. El caballerito siguiente. ¿Cuántas son las operaciones principales de la Aritmética?

D.—Las principales operaciones de la Aritmética son suma

E.—¿Qué es una suma?

D.—Una suma es, por ejemplo, lo que se da á un diputado porque asista ó deje de asistir á las sesiones.

E.—Admirablemente: ¿Y cómo se prueba la suma?

D.—La suma se prueba de dos maneras: recibéndola uno ó pagándola.

E.—El caballerito de saco azul. ¿Qué es división?

D.—División es un número de soldados que se le entrega á un jefe para que haga otras operaciones aritméticas ó militares.

E.—Y no conoce Ud. otra clase de divisiones?

D.—Sí señor; cuando los partidos suben al poder hay división, porque las sumas del presupuesto no pueden multiplicarse y sí pueden sus- traerse, lo que se llama resta.

E.—Muy bien contestado. Y, en este caso ¿cuál es el divisor?

D.—El divisor puede ser el Gobierno ó la Oposición.

E.—¿Y cuál es el dividendo?

D.—El dividendo es el partido, porque hay que averiguar cuántas veces en él se contiene el divisor.

E.—Y cómo se llama el producto que resulta de dividir un partido por la Oposición ó el Gobierno?

D.—Ese producto se llama desastre, anarquía.

E.—Muy bien. El caballero siguiente. ¿Qué es regla de tres?

D.—Regla de tres es, por ejemplo, cuando el Presidente de una Nación tiene dos candidatos para sucederle y no sabe por cuál decidirse. Entonces se busca un cuarto término que es la incógnita.

E.—Y cómo resolvería Ud. la operación?

D.—Se multiplica el segundo por el tercero y se parte por el primero, es decir, que aquellos quedan partidos por el eje gubernamental.

E.—Merece usted cinco primeras. El señorito de la nariz colorada, tenga la bondad de pasar al tablero. Vamos á resolver un problema: Es usted maestro de escuela con 50 sucres mensuales de sueldo; escriba arriba 50. Le deben 5 meses de sueldos y le pagan 2 meses ¿cuánto cobra usted?

D.—Sabiendo que el mes tiene 30 días, multiplico por 5 que es el número de meses que me deben y me resultan 150 días, y digo: si en 30 días gano 50 sucres, en 60, en los dos meses, me resultaría X, es decir, 100 sucres. Entonces recibo una orden de pago por 100 sucres y se la vendo á un usurero por 20 sucres, que es la suma que cobro.

E.—Perfectamente. El señorito siguiente, coja la tiza y escriba. Tiene usted 10.000 soldados y oficiales que, uno con otro, ganan á tres soles diarios, pero Ud. no tiene más que 4.000.000 por año para pagarlos ¿qué hace usted?

D.—En primer lugar averiguo cuánto me cuesta cada uno por año; multiplico esta cantidad por 10.000 y resultan 10.950.000, y como el producto es mayor que 4.000.000, hago otra operación: los licencio.

E.—Hace usted perfectamente en términos aritméticos. Pase usted á su puesto y que el

señorito siguiente nos resuelva este problema: Está usted en un apuro y le ofrecen un empréstito de 20.000.000 al 5% de interés anual y 1% de amortización, vamos á averiguar, el tiempo de amortización, lo que usted debe pagar anualmente y la suma total que debe haber pagado al final del plazo.

D.—Este problema se resuelve por logaritmos; por las tablas de amortización y por partida doble.

E.—Qué llama usted partida doble?

D.—Cuando detrás del que ofrece el dinero ó del que lo recibe existe alguna *partida* de exploradores que puede resultar doble. Además este problema tiene la particularidad de que si se resuelve de un modo resultan 115.836.322,27 y si se resuelve de otro resultan 44.060.644,70 siendo ambas soluciones perfectamente corrientes, y en el mismo plazo. (1)

E.—Y por qué método lo resolvería usted?

D.—Eso depende, si yo soy el prestamista le aplico el método por el cual resultan 115 millones y pico, pero si yo soy el deudor, lo resuelvo por el otro que da no más de 44.060.644,70 y economizo 71.775.678,03 que no es una bagatela.

E.—Demuestre usted los dos métodos.

(El discípulo llena el tablero de números, ecuaciones y cálculos y saca el resultado de 115.836.322,73.)

Consejo de examinadores en coro.—Correctamente, tiene usted cinco primeras por esa solución acertada. Veamos la otra.

(1) Sobre este tema del empréstito hubo una discusión acalorada por la prensa entre varios contadores; unos sacaban un resultado y otros otro con diferencia de \$1.717.775.678,03. Lo curioso es que se decidió al final de cuentas que todos tenían razón y habían hecho las operaciones bien. La diferencia era de método. Yo todavía no he entendido esto; ni lo entenderé.

(Borra el discípulo y vuelve á llenar el tablero, sacando el resultado: 44.060.644,70)

Consejo de examinadores en coro.—Perfectamente, no hay que objetar nada á esa solución, que merece también cinco primeras.

(Aplausos en la concurrencia)

Clase de Gramática

CURSO SUPERIOR

E.—A ver jóvenes: el de la cabeza. ¿Qué es gramática?

D.—Gramática es el arte de hablar y escribir bien ó mal una lengua.

E.—¿Cuántas clases de lenguas hay?

D.—Las lenguas se dividen en dos grandes grupos: vivas y muertas. Lenguas vivas son las de los vivos y lenguas muertas las de los muertos; las primeras se subdividen en viperinas, aduladoras, de tierra, de trapo, de estropajo etc.; las segundas se dividen en estofadas, nitradas y en escabeche.

E.—Divinamente. El joven siguiente. ¿Qué es artículo?

D.—Artículo es un escrito que publican los periódicos. El artículo puede ser definido ó indefinido, definido es cuando se ataca ó se defiende al Gobierno, y el indefinido cuando no se habla de política.

E.—¿Qué es parte de la oración?

D.—Parte de la oración es la que reza mi mamá por las noches cuando regaña á mi papá porque viene tarde.

E.—El señorito siguiente. Se puede hablar y escribir bien sin saber gramática?

D.—Sí señor, y eso se llama apócope ó periodismo.

E.—¿Qué es género?

D.—Género es una tela que cuesta muy ca-

ro, según la posición del sujeto; hay varios géneros, entre ellos el género chico.

E.—Muy bien. El joven de la otra banca. ¿Qué son gerundio y predicado?

D.—Gerundio es un periódico que sale todos los domingos, y predicado es todo lo que publica.

E.—¿Qué es sujeto?

D.—Sujeto es un individuo cualquiera, v. gr.: un diputado que está sujeto á lo que otros digan.

E.—¿Qué es complemento?

D.—Complemento es lo que le falta á uno para ser persona; por ejemplo, para un niño la nariz es un complemento imperfecto, para un pobre una herencia es un complemento perfecto, para la mujer el hombre es un complemento activo ó pasivo:

E.—Muy bien. El señorito de la chaqueta parda. ¿Qué es pasado?

D.—Pasado es el sujeto que estando en la oposición recibe sueldo del Gobierno; transposición se llama esa figura.

E.—¿Qué es verbo defectivo.

D.—Verbo defectivo es otro periódico.

E.—El señorito siguiente. ¿El tiempo cuántos modos tiene?

D.—El tiempo tiene dos modos, uno cuando es opositorista y otro cuando está en el Gobierno. (1)

E.—Perfectamente. El joven siguiente. Analice esta proposición: En la Tesorería no hay un real.

D.—En esta proposición, que se ha presentado al Congreso, el sujeto subentendido es el Ministro del Ramo, el complemento es real y lo que le falta es dinero.

(1) *Fray Gerundio, Verbo y El Tiempo* periódicos que se publican en Quito.

E.—¿Qué diferencia hay entre Consejo de Estado y Concejo Municipal?

D.—En que el uno es con s y el otro con c, en que el uno hace parte de la oración: facultades extraordinarias, y el otro no se reúne sino en los centenarios para repartir medallas de chocolate.

E.—En esta frase: El Concejo Municipal es el encargado de hacer progresar una capital, ¿qué funciones tiene Concejo Municipal?

D.—Ningunas, porque para reunir á todos los concejales en una sola proposición no hay suficientes conjunciones en la gramática.

E.—Muy bien. Todos los señoritos examinados han contestado perfectamente y opino porque les demos la más alta calificación.

Por ser la hora avanzada se suspende el acto, felicitando á los señores profesores y alumnos por su aprovechamiento, cuya demostración ha dejado satisfecha á la concurrencia.

Una voz. Todos pueden haber quedado contentos, menos el autor de esta *Dominguera* que la ha escrito no con el dolor de su corazón pero sí con un dolor de cabeza que parecen dos.





XVIII

A. PETICION de varias familias, (términos programáticos) continúa el examen de la última *Dominguera*, pasando á otras materias igualmente interesantes y en las cuales tanto los profesores como los alumnos lucirán sus conocimientos superfinos. Entre los examinadores hay algunos extranjeros mal mirados y quienes á fuerza de sufrir la hostilidad comprofesoral y los dicterios de la prensa, porque comen del erario, han tenido que convenir en que sus alumnos son los mejores discípulos de toda la nación, y no se atreven á examinar... ni su conciencia, por miedo de que se les acuse de.....extranjerooooo!

Física y Química

CURSOS ULTRA SUPERIORES

Examinador.—Vamos, caballeros, á hacer un ligero examen de las importantes asignaturas Física y Química, para descubrir la *fluides* (al decir esto sonrío y mira á sus comprofesores) de

vuestra palabra y la *solidez* (vuelve á sonreír porque cree que es un chiste) de vuestros conocimientos. El señorito primero. Tenga la bondad de decirnos qué entiende Ud. por Física?

Discípulo.—Física es la ciencia que tiene por objeto el estudio de los cuerpos y sus propiedades.

E.—Muy bien, y dígame usted ¿una comunidad, una reunión, pueden ser cuerpo?

D.—Sí señor, porque los cuerpos pueden ser colectivos, como un Congreso, una asociación.

E.—¿Cree usted que la Religión desvirtúa el carácter de los cuerpos?

D.—A veces á las mujeres las *desvirtúa* convirtiéndolas en un producto híbrido que se llama beata, pero en la generalidad de los casos la Religión no varía la esencia de los cuerpos.

E.—Siendo esto cierto, como usted lo afirma por las respuestas que ha dado, tenemos lo siguiente: que los comunidades son cuerpos y que la Religión no influye en la definición, luego podemos terminar que la Física: es la ciencia que trata de las comunidades religiosas y sus propiedades ¿no es así?

D.—Sí señor, y algunos autores la llaman también Junta de Beneficencia.

E.—El señorito siguiente. ¿De cuántas maneras pueden ser los cuerpos?

D.—Los cuerpos. los cuerpos pueden ser de varias maneras, de infantería ó de caballería, que tienen la propiedad de concentrarse ó precipitarse, según que se les aplique el sulfato de plomo ó el de plata.

E.—¿Qué otros cuerpos conoce Ud?

D.—Hay además los cuerpos sólidos, que son, por ejemplo, los de las mujeres jóvenes, sanas y con carnes; estos suelen ser cuerpos de delito y cuerpos celestes.

E.—Perfectamente. ¿Qué es cuerpo líquido?

D.—Cuerpo líquido es el que toma la forma del vaso que lo contiene; cuando el vaso es el Gobierno el líquido se llama adulación.

E.—Lo ha hecho usted muy bien. El caballero que tosió. ¿Para qué sirve la pila?

D.—Hay varias clases de pilas: unas que tienen barro en vez de agua, como las de la capital, otras secas y otras de agua bendita. El cuerpo que resulta de una combinación binaria, produciéndose en oposición violenta se sujeta á la pila, como se hizo en tiempos de calorías con un joven periodista á quien metieron á la pila de una plaza.

E.—¿Qué es cuerpo gaseoso?

D.—Cuerpo gaseoso es, por ejemplo, una botella de agua gaseosa.

E.—El joven siguiente, corrija esa definición.

D.—Cuerpo gaseoso es aquel cuyas partes aeriformes tienden á separarse, y se evapora, como la oposición después de las sesiones.

E.—Perfectamente. Y dígame usted mismo, ¿qué se llama peso específico?

D.—Peso específico puede ser la cantidad de pesos que se especifican en un contrato, y se determina si el Gobierno ó el Congreso no juega una broma *pesada* objetándolo. El agua cargada de sal es un buen medio para determinarlo.

E.—El señorito que está á la derecha. Ya que hablamos de sal, podría decirme usted para qué sirve de base esta sustancia?

D.—La sal sirve de base á muchas especulaciones; hay decretos que, como el amoniaco con los ácidos (que es la ganancia excesiva,) forman muchas sales ó sulfatos que pueden producir, combinados con dos átomos de radical y uno de oxígeno, una reacción.

E.—¿Qué entiende usted por espectros?

D.—Los espectros son un drama de Ibsen, representado por la Compañía Muñoz, y ha dado qué decir; los que saben muchas inmoralidades dicen que es inmoral; los que saben que entre nosotros pasan cosas más crudas, dicen que es moral. Lo cierto es que ahora se ven espectros por todas partes, principalmente en el corredor de la Tesorería; la revolución es un espectro que amenaza la paz pública; las facultades extraordinarias son un espectro para los revolucionarios; la Ethelburga es un espectro colosal para los financistas á la violeta ó la madre selva; y como la continuidad es una particularidad de los espectros de cuerpos sólidos ó líquidos, todo es espectral y los habitantes estamos en peligro de convertirnos, por radiaciones complejas de las ondas del Guayas ó del Machángara, en espectros.

E.—Habla usted como un Diputado por Machacón de abajo. El caballerito que está medio dormido. ¿Qué es atracción química?

D.—Atracción química, es por ejemplo, cuando el Presidente lo convida á uno á almorzar.

E.—¿Y qué llamará usted atracción de agregación?

D.—Cuando se ejerce la atracción sobre un cuerpo militar y se soborna, se llama atracción de agregación.

E.—El caballerito que sigue. ¿Qué es absorción?

D.—Absorción es la incorporación de un gas ácido con el agua, como cuando el Ejecutivo elige, destituye, juzga, legisla y castiga, y se *condensan* en una sola persona todas las facultades.

E.—Tenga la bondad de decirme qué son grados?

D.—Grados son la medida de las capacidades ó incapacidades de los individuos; hay va-

rias clases de grados, los que conceden las Universidades y los que da el Ministro de Guerra y bautiza ó confirma el Congreso, los primeros son *de grado* y los segundos *por fuerza*.

E.—¿Cómo se representan algunos grados?

D.—Algunos grados se representan por galones.

E.—¿Y qué entiende usted por galones?

D.—Galones es otra medida de capacidad para el petróleo.

E.—De manera que el petróleo y cierta especie de militares se pueden comparar . . .

D.—Sí señor, por galones.

E.—El señorito que sigue. ¿Qué es energía?

D.—Energía es una fuerza que actúa sobre una masa, y produce trabajo, ó trabajos; es energía simple cuando un Gerente piróforo que se calienta al rojo, produce una eléctrica negativa, *gira* sobre los talones, y produce un vacío. Cuando el palo de un garrotero actúa sobre la masa encefálica de un ciudadano, la energía es potencial, impulsiva é impune.

E.—¿Qué es potencia?

D.—Una potencia es un Gobierno que tiene energías y se hace respetar en el Exterior. Ni la Física ni la Química tratan de las potencias de los cristos.

E.—Perfectamente. ¿Qué llama usted motores animales?

D.—Se pueden llamar así los pobres labriegos que son reclutados y metidos al fuego para producir la rotación de una causa. El cuerpo de un animal viviente puede así compararse á un motor térmico.

E.—El otro joven. ¿A qué se da el nombre de acumuladores?

D.—A los individuos que tienen varios destinos con muchos sueldos.

D.—Los espectros son un drama de Ibsen, representado por la Compañía Muñoz, y ha dado qué decir; los que saben muchas inmoralidades dicen que es inmoral: los que saben que entre nosotros pasan cosas más crudas, dicen que es moral. Lo cierto es que ahora se ven espectros por todas partes, principalmente en el corredor de la Tesorería; la revolución es un espectro que amenaza la paz pública; las facultades extraordinarias son un espectro para los revolucionarios; la Ethelburga es un espectro colosal para los financistas á la violeta ó la madre selva; y como la continuidad es una particularidad de los espectros de cuerpos sólidos ó líquidos, todo es espectral y los habitantes estamos en peligro de convertirnos, por radiaciones complejas de las ondas del Guayas ó del Machángara, en espectros.

E.—Habla usted como un Diputado por Machacón de abajo. El caballerito que está medio dormido. ¿Qué es atracción química?

D.—Atracción química, es por ejemplo, cuando el Presidente lo convida á uno á almorzar.

E.—¿Y qué llamará usted atracción de agregación?

D.—Cuando se ejerce la atracción sobre un cuerpo militar y se soborna, se llama atracción de agregación.

E.—El caballerito que sigue. ¿Qué es absorción?

D.—Absorción es la incorporación de un gas ácido con el agua, como cuando el Ejecutivo elige, destituye, juzga, legisla y castiga, y se *condensan* en una sola persona todas las facultades.

E.—Tenga la bondad de decirme qué son grados?

D.—Grados son la medida de las capacidades ó incapacidades de los individuos; hay va-

rias clases de grados, los que conceden las Universidades y los que da el Ministro de Guerra y bautiza ó confirma el Congreso, los primeros son *de grado* y los segundos *por fuerza*.

E.—¿Cómo se representan algunos grados?

D.—Algunos grados se representan por galones.

E.—¿Y qué entiende usted por galones?

D.—Galones es otra medida de capacidad para el petróleo.

E.—De manera que el petróleo y cierta especie de militares se pueden comparar

D.—Sí señor, por galones.

E.—El señorito que sigue. ¿Qué es energía?

D.—Energía es una fuerza que actúa sobre una masa, y produce trabajo, ó trabajos; es energía simple cuando un Gerente piróforo que se calienta al rojo, produce una eléctrica negativa, *gira* sobre los talones, y produce un vacío. Cuando el palo de un garrotero actúa sobre la masa encefálica de un ciudadano, la energía es potencial, impulsiva é impune.

E.—¿Qué es potencia?

D.—Una potencia es un Gobierno que tiene energías y se hace respetar en el Exterior. Ni la Física ni la Química tratan de las potencias de los cristos.

E.—Perfectamente. ¿Qué llama usted motores animales?

D.—Se pueden llamar así los pobres labriegos que son reclutados y metidos al fuego para producir la rotación de una causa. El cuerpo de un animal viviente puede así compararse á un motor térmico.

E.—El otro joven. ¿A qué se da el nombre de acumuladores?

D.—A los individuos que tienen varios destinos con muchos sueldos.

E.—Muy bien. ¿Y qué son corrientes parásitas?

D.—Se dice que hay corrientes parásitas cuando los parásitos presupuestívoros corren al ver tambalearse un Gobierno.

E.—Exactamente. ° El otro joven. ¿Qué es análisis?

D.—Análisis, análisis es el acto, es el acto por el cual, por el cual se reduce una sustancia, una sustancia á sus partes constituyentes, constituyentes con el objeto de examinarlas.

E.—Muy bien. ¿Por qué vía analizaría Ud. una conspiración?

D.—Por la vía seca, seca porque es el análisis, análisis por esta vía, por esta vía hay que recurrir al *soplete*.

E.—¿Y qué llama usted soplete?

D.—Soplete es un individuo ó aparato, aparato que es de lata, que delata todo lo que oye.

E.—El señorito siguiente. ¿Cuáles son las propiedades del oro?

D.—Del oro son todas las propiedades porque se pueden adquirir todas con él. Da talento: un mastodonte que tenga ó maneje oro es un economista inteligentísimo; hermosea: una mujer fea que tenga 10.000 Libras es bellísima; da virtud: un criminal que tenga del amarillo, es un hombre virtuoso á quien calumnia la maledicencia. El oro abre todas las puertas, la de la gloria, la del capitolio, y las del panóptico cuando se ha entrado por descuido. Suelda todas las heridas hasta las del honor y es el reactivo más poderoso que se conoce.

E.—Admirablemente. ¿Qué procedimiento se emplea para dorar el hierro?

D.—Para dorar el hierro se le da á un bruto un contrato por un millón, se verá que el oro se evapora y queda el metal bruto con un her-

moso color de riqueza que lo hace apreciable.

E.—¿Qué entiende usted por afinidad química?

D.—Afinidad química es la propiedad que tienen varias partículas para unirse entre sí; se llama *coesión* cuando son homogéneas como el clero y los conservadores y *afinidad de agregación* cuando son heterogéneas como liberales y conservadores, de lo que resulta que el oxígeno liberal tiene más afinidad con el óxido conservador que con el hierro ministerial. Las combinaciones en general desarrollan calor.

E.—El último señorito. ¿De qué se compone el agua?

D.—El agua en muchas partes se compone de una parte de oxígeno y dos de hidrógeno, pero entre nosotros tiene además otros componentes como son materias animales; cultivos, cloruros de calcio y de magnesio, y su densidad es tanta que puede servir de alimento, por eso es que la bendicen y no hay peor cosa que estar entre dos aguas, ó que se le vuelva á uno la boca agua.

E.—¿Qué otros fenómenos presenta el agua entre nosotros?

D.—Que cuando uno no tiene agua en la boca puede decir muchas verdades, ó ahogarse en poca agua; mas como nadie puede decir: de esta agua no beberé, si critica es lo mismo que echar agua al mar, ó coger agua en arnero, porque los municipales se bañan en agua rosada, y no dan una sed de agua para la ciudad.

E.—Muy bien. Por aclamación deben ustedes ser aprobados después de recibir las felicitaciones correspondientes. Y, como va á llover y gato escaldado del agua fría huye, se suspende el acto para continuar si es necesario.

Y diciendo estas palabras desapareció el espectro.





XIX

AL fin puedo decir á los lectores que hay algo de nuevo, nuevecito, acabado de desempacar; se está liquidando para saber cuántos votos se le cargan á cada uno y pronto principiará á funcionar. Es un Concejo Municipal elegido por el pueblo soberano. No me interrumpán, amigos de la Oposición, cuando digo *pueblo soberano*, digo lo mismo que ustedes cuando dicen que los municipales han sido elegidos por los soldados. ¿Qué son los soldados? Son ciudadanos del pueblo ó de la ciudad, ó indios que pueden votar, ¿no es así? luego, representan y son el *pueblo soberano*, el que elige y hace otras cosas menos inofensivas; por eso, cuando se le sale un tiro á alguno de ellos y mata á dos ó tres se dice: *vox populi, vox Dei*. Y tan bien aplicado es el latinajo como que una de las pocas ve-

ces que ha hablado Dios, que no ha sido por inalámbrico, lo hizo por medio de truenos y triquitraques en el monte Sinaí: un tiroteo de tres tiros, como diría un testigo presencial del combate en que murió el Coronel Larrea.

Lo más edificante fue el orden ó la orden con que se efectuó la votación, cada ciudadano armado ó desarmado se acercaba á la urna, daba su nombre, el de algún pariente, ó el de un simple amigo; el nombre estaba en la lista de sufragantes y..... puede usted votar. Adentro con la papeleta y pase á otra mesa.

—José Ignacio de Veintemilla.

—El General?

—Sí señor, está en la lista, puede votar.

El aludido dobló la papeleta y saz, á la urna.

Uno de los concurrentes reflexiona en alta voz: parece que el General Veintemilla murió hace algún tiempo.

—Efectivamente, dicen los comisionados: llamen á ese hombre que cruza la esquina, el que acabó de votar.

El individuo es alcanzado y traído á la mesa.

—Cómo se llama usted?

—Crispín Vinuesa.

—Y por qué no dijo usted su nombre en antes?

—Porque no me lo preguntaron.

—Pero usted votó con el nombre del General Veintemilla.

—Si señor, se me olvidó el mío y me acordé del de mi general.

—Muy bien, pero como eso está prohibido por la Ley (al escribiente) Busque á ver si está en la lista el nombre de Crispín Vinuesa..... ¿Sí está? (al sufragante). Pues bien, vote usted con su nombre, y cuando lo vuelva á hacer no

haga uso de los muertos; recuerde que la majestad del sufragio es una de las *más* sagradas funciones del ciudadano, y uno de sus *más* altos deberes es elegir sus mandatarios libremente, porque esta es una de las *más* hermosas conquistas de la libertad, que *más* ha hecho progresar á la humanidad.

Y Crispín votó á tiempo que otros *botaban* su voto con la seguridad de que es un despilfarro de botarate eso de confiar en las elecciones populares en estos países, ya se les den á los soldados las listas rociadas con agua bendita y por consigna una oración sobre las milicias de Cristo, como en Colombia, España y otras tierras del Corazón de Jesús, ya se les ordene: vamos, muchachos, no hay que dejarse ganar, en último caso la tremolina y romper la urna, como en Venezuela, Guatepeor, Colombia y otros países en donde lo único libre que hay es el pensamiento, siempre que no piense contra el Gobierno.

Y la Ley? y la Ley? dicen los barbilindos de la política que no quieren creer que las leyes, en el Indostan y en Sur América, nacieron como nacen muchas otras, según el divino Vargas Vila: para ser violadas. Confíe usted en alguna ley y le pasará lo que á don Salomón:

Don Salomón, como su nombre lo indica, es un señor honorabilísimo, respetable, gordo, y reposado en todas sus cosas. De él debió decir Joaquín Pablo Posada:

“Qué abdomen tan hiperbólico
El del chato Salomón.”

A són de cornetas y tambores se había proclamado, y publicado en el periódico oficial, la célebre ley que prohibía (no sé si está todavía en vigencia) que se condujera ganado mayor, principalmente con cuernos, por las calles principales de la ciudad.

Fue ésta una ley en beneficio de la tranquilidad pública, una especie de ley de orden público, ó de protección á los animales racionales, que únicamente lesionaba los intereses de los ganaderos pues tenían que dar un rodeo para llevar las reses al mataclero.

A los tres días de promulgada la ley iba don Salomón por la calle principal, á paso de procesión luciendo su capa con vueltas de astracán y su abdomen respetable.

De repente todos corren á esconderse en los zaguanes y gritan: don Salomón, el toro! Ahí viene el toro! Cuidado!

Don Salomón seguía sonriendo y respondía: y la ley? y la ley?

La quinta vez que dijo: *y la ley*, fue por el aire, levantado trabajosamente por la pretina en donde se enganchó el cuerno de un torito que antes de ir á la última morada quiso llevarse á don Salomón por delante.

El respetable ciudadano fue llevado á una botica y al volver en sí, repetía en su cándido republicanismó, lo que decimos los periodistas al ver que la ley de franquicias á la prensa todo él el mundo la cumple menos los que tienen que cumplirla.

Y la Ley? y la Ley?

Y ya que se vino á los picos de la pluma la Ley de Franquicias, bueno es anotar el peligro social ó la epidemia que puede desarrollarse por practicarla como se está haciendo.

Figúrense ustedes el siguiente caso que no ha sucedido, pero puede presentarse.

Un corresponsal, repórter ó redactor se presenta á la oficina de Telégrafos y le dice al empleado: aquí tiene usted este telegrama de trescientas palabras para tal diario.

—Sí señor, vale nueve sucres.

—Me perdona usted, pero la ley dice que todo diario tiene derecho á doscientas palabras y el resto á medio centavo, de manera que esto vale cincuenta centavos, ni más ni menos.

—Siento mucho, pero esa ley no podemos cumplirla hasta tanto que el Sr. Ministro de Telégrafos no nos la comunique.

—*Tre bien, monsieur.*

(En Cuayaquil.)—Señor Jefe de Estación Remese usted este papel de imprenta para Quito pero le advierto que según la ley debe pagar última clase, no primera,

—No me venga usted con leyes, ni con clases, esta es la Compañía del Ferrocarril, ¿entiende usted?

—Entiendo, pero ¿qué se puede hacer? porque he comprado este papel en el convencimiento de que pagaría un flete, determinado por una ley del Congreso, y si usted quiere cobrarme más, sufro un perjuicio.

—Pues yo no tengo que cumplir esa ley aunque sea del Congreso, porque no se me ha comunicado por el conducto regular.

—Y cuál es su conducto regular?

—Mr. Stewart, Presidente de la Compañía, á él debe dirigirse el Ministro de lo Interior y cuando él me ordene. veremos.

—*All right mister.*

—Al salir de la Estación el corresponsal, más caliente que Guayaquil en invierno, tropieza con un cargador que le suelta el fardo encima, se dicen cuatro frescas y algunas podridas y mi hombre saca su revólver y pum. en una pierna. Viene la policía y quieren cargar con él.

—Por qué me llevan?

—Porque usted acaba de darle un balazo á ese hombre.

—Y eso está prohibido?

—Por supuesto.

—Pues señor, yo no lo sabía, porque el señor Ministro de lo Interior no ha tenido á bien comunicármelo, y mientras el Ministro no me lo comunique, no tengo por qué saber las leyes que existan ó se promulguen ¿entiende usted?

—Sí señor, comprendo, pero hay una ley superior á todas, más antigua y más respetable que todas: la ley del embudo, y en virtud de ella va usted, y después proteste si quiere.

*
* *

No han topado ustedes en su destartalada existencia con uno de esos individuos cuyo mayor placer es dar una mala noticia? que todo lo agigantan y de un grano de arroz hacen un capitolio? Pues líbrelos Dios, ya que á mi no me libró de semejante tipo.

Va siempre apresurado, mira como husmeando, camina en las puntas de los pies, se desliza en vez de andar, habla misteriosamente y siempre paso, como pensando la gravedad de lo que va á decir. Si hubiera de hacérsele una estatua se le modelaría quitando, con cara de espanto y el índice sobre los labios, en cruz.

Van días que me persigue con encarnizamiento de cobrador. Cuando caigo en sus manos me agarra de las solapas, me lleva á un zaguán y allí, á boca de jarro y sobre seguro, me dispara unos noticiones!

—¿Sabe usted lo que le pasó al coronel Larrea?

—No, que fue?

—Que no ha muerto.

—Pues hay quien haya visto é identificado el cadáver.

—No me he explicado, lo que dicen es que
....(bajando la voz) se suicidó.

—Hombre, lo siento mucho pero llorar no puedo. Era un buen amigo y un completo caballero.

—Pero, no sabe usted que resucitó?

—¿Quién?

—El empréstito. Debido á los cuidados médico-quirúrgicos del doctor Martínez, ya está parado y le han ido á operar en Panamá.

—Vea, mi querido amigo, no me cuente esas noticias acabando de comer porque es peligroso. Hasta otra vistá.

Pero cuando creo haberme librado de mi tipo, vuelvo á dar con él.

Ayer me llamó con un interés más grande que si me fuera á descontar una letra contra la Tesorería, y me dijo en reserva:

—Ha pasado algo extraordinario, sorprendente, que Ud. debe averiguar. Hace un momento pasó un individuo de marcial talante, viejo, con unos bigotazos extraordinarios; iba caballero en un morito y miraba para todos lados. Llega al parque de la Independencia, le da vuelta y al llegar á la esquina para el caballo, saca un silbato y pitea. . . . otro silbido que no se sabe de dónde sale le contesta. . . . Le mete los espolines al moro, sigue en dirección al Palacio, vuelve á pitar y espera. . . . Un chapá se acerca, hablan en secreto y. . . .

Un fonógrafo que han puesto en el Continental, como en el Royal el eléctrico, para ahuyentar á los comensales, suena por fortuna y no me deja oír el final del caso misterioso, que se aclarará algún día, si mi mala suerte vuelve á depararme un encontrón con el tipo.

—Por supuesto.

—Pues señor, yo no lo sabía, porque el señor Ministro de lo Interior no ha tenido á bien comunicármelo, y mientras el Ministro no me lo comunique, no tengo por qué saber las leyes que existan ó se promulguen ¿entiende usted?

—Sí señor, comprendo, pero hay una ley superior á todas, más antigua y más respetable que todas: la ley del embudo, y en virtud de ella va usted, y después proteste si quiere.

*
* * *

No han topado ustedes en su destartalada existencia con uno de esos individuos cuyo mayor placer es dar una mala noticia? que todo lo agigantan y de un grano de arroz hacen un capitolio? Pues líbrielos Dios, ya que á mi no me libró de samejante tipo.

Va siempre apresurado, mira como humeando, camina en las puntas de los pies, se desliza en vez de andar, habla misteriosamente y siempre paso, como pensando la gravedad de lo que va á decir. Si hubiera de hacérsele una estatua se le modelaría suavitando, con cara de espanto y el índice sobre los labios, en cruz.

Van días que me persigue con encarnizamiento de cobrador. Cuando caigo en sus manos me agarra de las solapas, me lleva á un zaguán y allí, á boca de jarro y sobre seguro, me dispara unos noticiones!

—¿Sabe usted lo que le pasó al coronel Larrea?

—No, que fue?

—Que no ha muerto.

—Pues hay quien haya visto é identificado el cadáver.

—No me he explicado, lo que dicen es que (bajando la voz) se suicidó.

—Hombre, lo siento mucho pero llorar no puedo. Era un buen amigo y un completo caballero.

—Pero, no sabe usted que resucitó?

—¿Quién?

—El empréstito. Debido á los cuidados médico-quirúrgicos del doctor Martínez, ya está parado y le han ido á operar en Panamá.

—Vea, mi querido amigo, no me cuente esas noticias acabando de comer porque es peligroso. Hasta otra vistá.

Pero cuando creo haberme librado de mi tipo, vuelvo á dar con él.

Ayer me llamó con un interés más grande que si me fuera á descontar una letra contra la Tesorería, y me dijo en reserva:

—Ha pasado algo extraordinario, sorprendente, que Ud. debe averiguar. Hace un momento pasó un individuo de marcial talante, viejo, con unos bigotazos extraordinarios; iba caballero en un morito y miraba para todos lados. Llega al parque de la Independencia, le da vuelta y al llegar á la esquina para el caballo, saca un silbato y pitea otro silbido que no se sabe de dónde sale le contesta Le mete los espolines al moro, sigue en dirección al Palacio, vuelve á pitar y espera Un chapá se acerca, hablan en secreto y

Un fonógrafo que han puesto en el Continental, como en el Royal el eléctrico, para ahuyentar á los comensales, suena por fortuna y no me deja oír el final del caso misterioso, que se aclarará algún día, si mi mala suerte vuelve á depararme un encontrón con el tipo.





XX

OHI el progreso de yanquilandia! Es esta una verdad admirativa que se repite en todas las lenguas y dialectos desde Honolulu hasta Panamá. El yanqui es la personificación de la fuerza, de la brutalidad y hasta de la elegancia. Yo, que soy el más cándido de los latino-americanos siento que se me caen las babas ante un yanqui; lo admiro por todos los costados, de alto abajo, y mi mayor pesar es no poderle imitar. Si hubiera yo sido mujer habría dado con mi virtud al traste al presentarse un yanquisito coloradote, de anchas espaldas y labi-limpio. Imposible resistirle.

Mi veneración por todo lo yanqui se ha convertido en una especie de megalomania: amo todo lo grande, lo inmenso; lo pequeño me parece deforme. No me gustan las casas sino de 32 pisos para arriba; me parecen ridículas las mujeres de dos pies, las que tienen siete pies me seducen.

Como los yanquis no tienen un pelo de tontos ni de bigote, me lo afeité, y quedé convertido en un Mister, salvo el *espik* y la rubiedad. Mi mayor anhelo, el sumun de mis aspiraciones de gloria es ser amigo de don Archer, que es el sumo pontífice, el patrono de todos los yanquis legítimos ó *contrafactos* que hay en el Ecuador, y oír de sus divinos labios uno de esos *Cod damed* confortantes.

Entre nosotros hay una aversión infundada por todo lo americano, pero eso no pasa de ser fruto de la ignorancia y del salvajismo; todo lo de aquella nación es digno de la admiración universal; el snobismo triunfa. Al que lo dude lo llevaría yo, si paga el pasaje, á Chicago, para que viera unos cerdos que parecen elefantes y unos salchichones tan grandes que uno sólo taparía de lado á lado el túnel del Simplón.

Aquí no conocemos á los graniles agricultores é industriales americanos sino por las Revistas, y la realidad supera á lo maravilloso: Conocí una vez al yanquí más interesante que puede haber, es un cultivador de fideos blancos en el Ohío, que había sembrado millones de hectáreas; este hombre multimillonario me presentó sobre el puente del trasatlántico á su compañero: un fabricante de miel de abejas que lo llamaban: "el rey del dulce."

Pasé los ratos más agradables con esos dos caballeros, y al despedirme les pedí sus autógrafos, como un recuerdo. Si no me los dieron fue porque no entendieron de qué se trataba.

Y si digo á ustedes mis ingenuas aspiraciones, si revelo mi entusiasmo por todo lo norteamericano, es como un título, tanto al respeto de mis conterráneos, como á la idea que voy á expresar y por cuyo triunfo lucharé con tezon.

Es un artículo de fe y de exportación que

si queremos progresar debemos imitar, en cuanto nos alcance la cobija, las ideas y prácticas establecidas en la gran República. Aceptada esta premisa, todos verán complacidos la siguiente noticia, que bien puede servirnos de ejemplo en la próxima campaña electoral:

"En Boston existe un gran partido que proclama el derecho de la mujer para ejercer la Presidencia de la República.

El futuro Presidente de los Estados Unidos será una mujer que se llama Jane Adams, de la cual se esperan grandes rasgos de buena administración.

La campaña para popularizar la candidatura de la bella yanqui ha empezado ya. Nada de particular tendrá el que los americanos sean gobernados por una mujer; han monopolizado la excentricidad. Además en la variación está el placer."

¿Y si en los Estados Unidos pueden tener en la Casa Blanca una Presidenta sin Presidente, porque no habríamos nosotros de tener una Gobernanta en la Casa Salmón?

Si la reina Victoria gobernó las Islas Británicas y todas las Indias durante medio siglo, por qué una ecuatoriana no habría de mandar cuatro años a los blancos y a los indios del Ecuador? La hermosa Guillermina de Holanda, que protegió audazmente al gran Kruger ¿no fue más noble y más tinsa que todos los soberanos de Europa?

Un historiador nacional es de opinión que la inspirada poetisa Dolores Sucre habría sido mejor gobernante que el galano poeta Dr. Luis Cordero, si es que entre renglones cortos se hace la comparación.

¿Por qué, pues, no habríamos de trabajar porque en el próximo período constitucional sea

una mujer, bonita eso sí, la que venga á ceñirse la banda y á oír que las del ejército le toquen unas mazurcas y sanjuanitos á jueves y á domingo?

Las grandes ideas, sobre todo si son de factura americana, se abren paso y ya veremos como ésta puede venir á cortar el nudo gordiano de las candidaturas.

Porque lo cierto es que en las próximas elecciones, ó imposiciones, habrá una docena de candidatos, y como la Constitución no permite que salga sino uno, quedarán once descontentos y conspirando. Pero, réformese la Constitución y preséntese una señora ó señorita (mucho mejor) de candidata y quién sería el osado y descortés que no le cediera sus votos? Ahí nadie quedaría descontento, ni derrotado, pues los aspirantes harían lo que aquellos soldados de una de nuestras guerras en que la Religión hace su papel: El caso fue que esos indomables guerrilleros rezaban el rosario antes de entrar en combate y en el pecho lucían escapularios y cruces con todas las indulgencias posibles para la hora de la muerte, y vaya usted á derrotarlos! Después de muchas intentonas el jefe liberal que debía vencerlos les presentó un combate, en apariencia desventajoso; los guerrilleros se lanzan como un alud sobre los soldados de línea; se traba el combate, mas de repente sucede algo extraordinario: los valerosos asaltantes se prosternan humildes y abandonan el rifle ¿qué había pasado? Que los batallones liberales, á una orden, enarbolaron banderas con la imagen de la Inmaculada Concepción, y al ver esto los guerrilleros invencibles, se prosternaron exclamando: "Contra esa divina Señora sí no peleamos."

Así ¿quién va á luchar con una candidata que, aunque no divina, sea hermosa, y esa her-

mosura se realce con la bondad, galantería y finura qué són peculiares en todo candidato?

La reforma constitucional sería sencilla: "Puede ser Presidente de la República todo hombre ó mujer que tenga uso de razón y haya nacido en territorio ecuatoriano." A esta reforma no se opondría sino uno que otro de esos Padres conscriptos que se creen por derecho divino superiores á todos los hombres y por consiguiente á todas las hijas de Eva, pero la reforma pasaría en aras de la paz, de la concordia y hasta del buen gusto.

Otra de las inmensas ventajas de que hubiera Presidenta en vez de Presidente sería la de que la adulación dejaría de ser un defecto para convertirse en una cualidad. Ya vería yo al más intransigente sonreír de gusto al oír que le dijeran adulador! sinónimo entonces de galante.

Nada, que el feminismo es una gran idea y sería el único partido á que nos aficionaríamos los que no anhelamos destinos públicos... soy feminista, lo confieso, lucharé con todas mis armas por esa noble causa y que vayn las polleras al Congreso, á la Presidencia y al Concejo Municipal, primero á este último. Voto á dos manos por ellas.

Imitemos á los yanquis, amados hermanos míos, y que el sol del próximo período constitucional nos alumbre en un besa-pies (ya que no habrá un besa-manos,) en el Palacio de Gobierno, declarando nuestra adhesión á una graciosa Presidenta.

Y ya que de americanadas hablo no dejo de manos la ocasión para hablarles de un agente excepcional, al fin yanqui.

En estos tiempos de inseguridad y de bubónica, las compañías de Seguros de Vida, ya que

de bolsillo no las hay, han soltado una bandada de Agentes que le aseguran á usted por su palabra de honor que algùn día se morirá y que de seguro se irá al hoyo, pero que, de seguro le darán una prima gorda á sus herederos, á cambio de las primas flacas que usted les haya dado.

Uno de esos Agentes que asegura á todo bichó viviente, aunque sea de los que pasan diariamente por el puente de Venezuela, me perseguía á sol y sombra para darme una póliza y es rara la manera como conseguí librarme de él.

Después de que accedí á declararle mi edad, vicios y virtudes y dejarme auscultar, fuimos á firmar la póliza, cuando se le ocurrió preguntarme:

—¿Dónde vive Ud.?

—Más allá del Ejido, en una quinta.

El Agente, cambió de color, meditó un rato, y luégo me dijo:

—¿No puede usted pasarse á otra parte?

—Imposible, la casa es propia y como no la podría arrendar, tengo que vivir en ella.

—Eso sí es un gravísimo inconveniente; es la única excepción que tenemos en nuestro prospecto. Puede usted viajar en el ferrocarril, ir á Guayaquil en invierno, pasar á las diez de la noche por las calles vecinas á la Intendencia, puede usted suicidarse después de un año de firmada la póliza, y lo aseguro á usted; pero si vive por el Ejido es imposible. No se puede.

—Y qué razón hay para esa singular excepción?

—Oh! ser muy natural; hasta Nueva York ha llegado la fama de los peligros que, para la vida humana, hay por esos parajes del Ejido y todas las Compañías han puesto la cláusula de excepción.

Como usted sabe, los americanos no le te-

nemos miedo á nada, y queriendo convencerme por mis propios ojos de esos peligros para ver si eran imaginarios, hace cuatro días, como estaba la media-noche muy bonita, me fui de paseo para más allá del Ejido. Ya meditaba un informe á mis patrones diciéndoles que se habían dejado creer de noticias falsas, cuando de repente oí un nutrido tiroteo. Supuse que la revolución había estallado y se trababa un combate. Sin embargo, como soy valiente y quería averiguar, avancé en medio de las balas hasta encontrarme con un grupo de soldados. Cuando estuve entre ellos les pregunté con quién combatían y me dijeron que estaban de avanzada y hacían tiros á la luna para ver cuál tenía mejor puntería. Pero yo sé por otras gentes que no es sólo la luna á la que toman de blanco.

Por consiguiente, como usted vive por esos lados, es lo más probable que una noche lo confundan con la luna y lo manden en comisión al otro mundo, de modo que usted puede no comprender el peligro, pero yo, en guarda de los intereses de la Compañía, no puedo asegurarle á usted la vida si vive por esos lados.

El Agente se marchó decepcionado y yo quedé dándoles las gracias á los soldados tiroteadores que, si bien pueden meterme una bala entre pecho y espalda una noche que me confundan con algún perro, también, por lo pronto, me han librado de la terquedad del Agente de negocios.

Al que esté desesperado con el andrajo de vida ó no quiera asegurarse, le aconsejo sinceramente que viva por el Ejido.





XXI

CUANDO algún escritor del piso bajo me dice *extranjero!* me río, no porque dude de que su intención ha sido causarme perjuicio, ni deje de sospechar el pesar del bien ajeno que se trasluce en la palabra, sino porque ha podido decirme algo peor; si él supiera de dónde soy me diría... cangrejo.

Tiempos son éstos de las denuncias, de las delaciones, en que las mulas paren ó abortan, y yo, sugestionado por el ambiente, voy á dar á luz un secreto de estado, voy á delatarme, y ojalá el cajista no ponga que voy á *delatarme*, porque sin lata no habría *Dominguera*.

Mé duele hacer la confesión, pero como á fin de año debe hacerse inventario y saber las verdaderas existencias, vengo á decir á ustedes que yo, ni he sido lo que ustedes me ven ahora, ni soy del país que ustedes creen. Bajo esta

humilde catadura de autor de *Domingueras*, es probable que ustedes ni por soñación malicien que se oculte modestamente un ex... y con esto está dicho todo, porque el *ex* que figura en muchas tarjetas de visita y biograffas es un título que abarca todas las distinciones.

He sido *ex*, si señores, *ex*-Senador, *ex*-Banquero, *ex*-Ministro y hubiera sido *ex*-Presidente si no me hubiera faltado la imposición... de las órdenes sagradas, es decir, presidenciales.

Pero ustedes preguntarán con sobra de curiosidad ¿y en dónde fue usted todo eso?

—Pues en mi patria... Y aquí viene la confesión importante: Soy de la isla del Cangrejo y por consiguiente en patronímico moderno, soy cagregista; debiera ser cangrejo, ó cangrejano, pero estos son términos vulgares.

—Y en qué lugar del globo queda esa isla? ¿será por ahí por las islas Sandwiches, ó Tortuga ó Galápagos?

—Pues francamente que, á pesar de haber sido Ministro, no puedo fijar con precisión el lugar geográfico de la isla; y nadie ha podido fijarlo hasta ahora. Lo único que sabemos es que está en el mar y limita por el sur, el norte, el este y el otro con la mar de islas, con las cuales mantenemos largos litigios sobre límites; nosotros alegamos nuestros derechos sagrados hasta tal ola, los vecinos dicen que nó y reclaman otras olas. Después de inmensos alegatos y discusiones y de haber agotado los bosques de las islas para hacer papel en que escribir los títulos y argumentos; nos hemos inclinado á la doctrina moderna del arbitraje. Hemos nombrado un juez, un soberano de tierra firme que fije la línea divisoria. Naturalmente que por tácito acuerdo con los vecinos, si no nos favorece el laudo, cualquiera puede dejar de cumplirlo y santas pascuas.

—Pero, bueno, ¿cómo llegó usted á ser banquero, porque me imagino por su aspecto que usted siempre ha sido pobre de profesión? preguntará algún curioso.

—En la isla del Cangrejo para ser banquero no se necesita dinero sonante, y en cuanto á tener acciones mientras más malas sean, mejor. Lo único que se necesita es tener aspecto imponente, escupir por el colmillo, saber tratar con desprecio á todo el mundo, hablar muy poco y sentenciosamente, cuando no se puede discutir, volver la espalda con majestad; también se necesita saber abrir los libros, es decir abrirlos con ruido y pasar las hojas con desparpajo. Los demás son detalles que se adquieren con la práctica.

Todo esto lo aprendí de un viejo judío que era reputado como una potencia financiera, y cuando llegué á mi tierra hice que los periódicos me dieran la fama de lumbrera económica. Luego reuní á varios capitalistas, les expuse mi plan solemnemente y suscribimos el capital, (por supuesto que yo no puse más capital que mis aptitudes) un millón de duros.

El duro es en la isla la moneda nacional de plata, para diferenciarla mordazmente del plomo, al cual se le puede meter el diente.

Conforme á la ley y con el apoyo oficial, emitimos tres millones y cerramos operaciones. Como no podíamos según los estatutos dar dinero sino al uno . . . es decir al Gobierno, no lo dábamos ni al uno ni al otro. Pero para no tener improductiva la plata, se la prestaba en sumas gordas á ciertos amigos de confianza y responsabilidad para que ellos la colocaran al tres ó cuatro de interés mensual. Así se favorecía á las clases menesterosas de la isla y el Banco hacía una *moderata ganancia*.

—Según eso debería usted estar rico.

—Así debería ser, mi querido amigo, pero me metí en política y lo que por agua viene (así llegaba todo á la isla) por agua se va. Fui nombrado diputado. . . .

—¿Cómo, nombrado?

—El gobierno de la isla del Cangrejo es un gobierno republicano en la más amplia acepción del vocablo, es decir el presidente tiene todas las facultades ordinarias y extraordinarias para hacer todo lo que á bien y á mal tenga; desde cortarle el ombligo á cualquier isleño hasta hacerlo despachar para el país de los calvos con todos los auxilios religiosos ó militares, no hay nada que no esté en sus atribuciones. El Congreso es elegido por el pueblo y nombrado por el Ejecutivo.

Yo, que estaba afiliado al partido de la tolerancia, en cuyo programa está el tolerar todo lo que haga el gobierno ó todo lo que haga la oposición, según el caso; dada mi respetabilidad, mi severidad para con los inferiores y mi humildad para con los poderosos, fui escogido como anillo al dedo para diputado y me senté en la curul. Se necesitaba un individuo que no discutiera ni admitiera discusiones, que dijera sí ó nó como Cristo ó el Gobierno nos enseña, y ninguno mejor que yo. Mi especialidad era la economía y economice hasta las palabras, fui adversario de todo derroche de elocuencia.

Del Senado al Ministerio no hay sino un mal paso y, al igual de algunas mujeres frágiles, lo dí. Húbo crisis ministerial, la cartera de Aviación quedó vacante y fui llamado por el Presidente. Su Excelencia me manifestó la necesidad de poner en ese Ministerio una persona de relevantes aptitudes, que supiera volar y al propio tiempo estuviera identificada con las ideas del

Ejecutivo, y, en fin, que había puesto los ojos en mí para ese puesto. Mi respuesta fue categórica: ya que S. E. que representa la patria lo desea, yo, que no tengo más anhelo que servir á mi patria, acepto y me sacrifico. Muy bien, replicó S. E. ya sabía yo que usted aceptaría, y el país agradecerá á usted el sacrificio. La única condición impuesta no por mí sino por las circunstancias, es que usted me consulte antes toda resolución de su ministerio, pues la uniformidad en la administración, es uno de los preceptos de mi gobierno. Usted no podrá volar solo, salvo el caso de que sea por una bomba de dinamita entonces sí debe hacerlo sin aguardar mis órdenes.

Y me encargué del despacho. de toda persona que fuera al Ministerio sin recomendación del Presidente.

—Pero ¿Ud. sabría volar muy bien? Interroga el lector.

—¿Qué me pregunta? ¿No sabe Ud. que le estoy hablando de la república del Cangrejo? En esa patria, preguntaba un paisano mío: ¿Qué se necesita para ser Ministro? No será valor, porque los he visto cobardes; no será inteligencia, porque los he visto tontos; no será ilustración, porque los ha habido ignorantes; no será nobleza, porque los he visto plebeyos. ¿Qué necesita, pues, uno para ser Ministro? Que le nombren!

Así que, sabiendo tanto de aviación como el Moro Muza de liturgia, fui nombrado Ministro del ramo y acepté por servir á mi patria en la medida de mis facultades. Si me desempeñé bien dígalo la popularidad que alcancé cuando el Congreso quiso acusarme cuando había celebrado un contrato sobre un aeroplano. Les demostré, entonces que, al tratarse en un Congreso de *dirigibles* un asunto de aviación, debía haber más

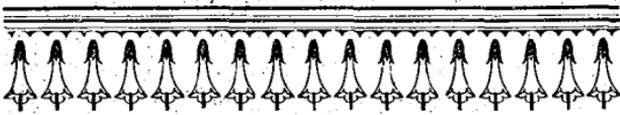
seriedad y comprenderse que los contratos no podían celebrarse en tierra sino sobre los aeroplanos. Mi elocuencia los convenció y, en vez de un voto de censura, tuve muchos.

—Y, al fin, ¿por qué dejó usted el Ministerio?

—Porque me quedé en el aire. Me sentí candidatizado. S. E. me prometió, en vista de mis aptitudes incondicionales, que me impondría de las labores gubernativas y me impondría a sus súbditos como sucesor, y me revestí de toda la importancia de mis futuros destinos; me creí Presidente. qué agradable debe ser ocupar el solio, cuando se puede hacer todo lo que uno quiera!

Me recosté en la almohada de la candidatura y desperté sobresaltado. Los amigos me abandonaban, mis aduladores huían, estaba solo. S. E. tenía otro candidato que fue elegido naturalmente, y yo caí en el abismo de la oposición. Fui acusado de conspirar contra el régimen y tuve que huir, por eso me tiene usted aquí á sus órdenes y, como un cangrejo, escribiendo *Domingueras* para los amables lectores.





XXII

SIGNO evidente de prosperidad de un país es, según dicen los especialistas, el despertar, en sus moradores, del anhelo natural de buscar minas; cierto es también que el trabajo es encontrarlas, pero aun cuando no se encuentren es señal de progreso el que se estén buscando; si se hallan, mucho mejor.

Sobre este aspecto, que no siempre debe ser *bajo*, esta tierra *mía*, (así dijera un gran contratista) en la época presente da signos de un adelanto visible: todo el mundo busca minas, no hay quien no descubra una, y los denuncios menudean. De carbón, de oro, de cobre, de platino, de esmeraldas, de billetes y hasta de pagarés por cobrar.

Conocí a doña Mariquita Cienfuegos, á quien el apellido le caía en su juventud á las mil mara-

villas, y ya entrada en años se dedicó a dos profesiones: visitar á tarde y mañana las iglesias, importunando á los pobres curas con sus escrúpulos de conciencia y buscar santuarios ó tesoros ocultos. Se mudaba de casa cada dos meses y la mejor recomendación para ofrecerle una era la antigüedad, mientras más vieja fuera la casa, como el vino, era preferida por doña Mariquita.

Al pasarse á una casa lo primero que hacía no era contar los cuartos y ver las comodidades que tuviera sino también las paredes, medir los umbralados y averiguar si se veían luces ó había espantos. Se privaba por los cuartos oscuros y cuando veía en el patio un árbol viejo, ya se podía asegurar que tomaría la casa para escarbar las raíces. Sabía la genealogía de las casas mejor que un coronista y un ruido nocturno era para ella el mejor augurio.

Sucedió en una de éstas que tomó en arrendamiento una casa recomendable por su vetustez y en donde según los decires de sus moradores de los cuartos bajos, asustaban y se veían luces por todas partes.

Siguiendo su costumbre doña Mariquita, el primer día que estuvo en su nueva vivienda lo pasó observando, midiendo y golpeando las paredes. No tardó en detenerse emocionada ante un muro antiquísimo de metro y medio de ancho; golpeó con los nudosos huesos de la mano cerrada la pared y sonó hueco; metió una varilla delgada de hierro y por trices se desmaya al notar que con poca esfuerzo toda la varilla se hundía en la pared.

Presá de indecible emoción, esperó la noche: preparó sus herramientas, se encerró luego en la pieza y principió el trabajo de horadar el muro.

Ni Edmundo Dantes en el castillo de If, ni Casanova en los Plomos de Venecia pudieron

sentir al ver abierto el camino de la libertad, lo que sintió doña Mariquita al sacar el primer adobe, meter la mano y hallar una cavidad vacía, una alacena oculta en el muro.

Como hacen todos los creyentes en casos semejantes, doña Mariquita suspendió el trabajo y se arrodilló para dar gracias á Dios y al santo de su devoción por haber recompensado al fin sus desvelos de tantos años. Cumplida esta obligación volvió al trabajo con ardor.

Sacó un adobe, sacó otro y otro é hizo un agujero por donde pudiera haber un baúl lleno de onzas españolas. Y principió á sacar el tesoro que, entre paréntesis, era real; cubiertos de plata, bandejas de plaqué, poncheras con cucharitas de oro; la mar de riqueza.

De repente encontró algo que la hizo reflexionar: con las dos manos extrajo un objeto pesado y al ponerlo en el suelo y levantar la tapa creyendo que era una redoma de piedras preciosas vio que era una fuente con dulce de fresas!

El milagro, según doña Mariquita, era patente, esa fuente con dulce no podía ser otra cosa que un dón especial de la Divinidad, y el haberse conservado tantos años entre el muro sin dañarse debería ser por la falta de aire, como había leído en cierto manual. Así fue que sin vacilar terminó su tarea de vaciar la alacena y, rendida de fatiga, echó llave al cuarto y se fue á la cama á dormir un sueño de venturanza.

Al día siguiente la rica señora despertó sobresaltada al sentir un ruido inusitado en la monotonía de aquella casa. Se vistió apresuradamente, salió al corredor y vio mucha gente que subía la escalera. Ladrones! Ladrones! iba á gritar ya cuando vio que llevaban uniforme. ¿Qué se les ofrece á ustedes, fue tan sólo lo que pre-

guntó.—Venimos, señora. le dijo un policía, á averiguar un robo que sé ha cometido por la casa de usted.—¿Qué robo?, preguntó doña Mariquita.—Pues señora, se han robado de la despensa de la casa vecina toda la vajilla, haciendo un agujero por este lado.

Excusado es decir que, contra la costumbre, los policías encontraron todos los objetos desaparecidos y que doña Mariquita no ha vuelto á buscar tesoros en las paredes, ahora anda por los techos y por los suelos.

.....

Un amigo ha descubierto últimamente en la región frontal y mejillar de su novia una riquísima mina de polvo de arroz con algunas vetas de carmín, y dice que piensa explotarla.

En una boca divina
 Descubrió Blas un tesoro;
 Vio tantos lingotes de oro
 Que va á denunciar la mina.

Por eso sostenía yo que ese constante remover tierra y piedras en las calles y ese afán de hacer hoyos, no era otra cosa que trabajos mineralógicos y que al fin habían de encontrar alguna mina; pero un amigo de aquellos que tienen el prurito de contradecir, intentó demostrarme el engaño en que estaba. Si era él ó yo el errado, que lo decida el lector:

—Pues esos trabajos, me dijo, que ves haciendo (este gerundio es quiteño) en las principales calles y que tú juzgas de minería, son zanjias para poner los tubos del acueducto.

—Pues no zanjias la dificultad, porque supongo que acueducto viene de *agua*, y si el agua no viene del latín ó del cielo, no sé de dónde venga, por más tubos que le pongan.

—Te engañas en la etimología; entre nosotros el acueducto no requiere indispensablemente tener agua para serlo; puede haber, y este es el caso, un acueducto sin agua.

—Supongo, entonces, que estarán ensillando antes de traer las bestias; poniendo los tubos antes de traer el agua, que vendrá por el ferrocarril de Bahía. ¿Es eso?

—Tampoco. Te explicaré: tú sabes que una de las circunstancias por que se sufre más en Quito es por la altura; nueve mil pies y otras tantas manos sobre el nivel del mar (1) son suficientes para colocarnos a un nivel superior sobre las demás capitales, excepto La Paz, pero esto tiene sus inconvenientes: aquí desafinan las tiples y gallean los tenores por la altura; no vienen la Guerrero y el Altamira, por la altura; no se llega a una cita a tiempo, por la altura; un par de zapatos vale doce sueros, por la altura. En fin, amigo, que nos falta aire, y ésta es una necesidad más apremiante que el agua, que los tranvías, que la nomenclatura; lo primero es el aire.

Por esto no se ha formado patrióticamente una Compañía para dar aire a domicilio, pues, aun cuando hay personas que, particularmente, se dan aire de ricos, aire de personas decentes, y existe el aire de familia, esto no llena las necesidades públicas y es necesario que todos podamos tener cierto aire de civilización y podamos imitar a Buenos Aires, que es la ciudad que tiene naturalmente mejor establecido este servicio. La empresa es seria y ya ves que están poniendo los tubos; dentro de poco, el rico y el pobre, el

(1) Según el último censo aproximado hay en Quito cien mil pies sobre el nivel del mar... calculando cincuenta mil el número de habitantes y que no haya ningún cojo.

ministerial y el opositor, tendrán en su habitación, por poco precio, una paja de aire. Que se sienten asfixiados por la crisis económica, por las impertinencias de la suegra ó los berridos de los chiquillos? pues nada más fácil que torcer la llave y pegar la boca al tubo para recibir un chorro de aire, de puro aire refrescante.

—Muy bien, acepto tu explicación como perfectamente posible, pero persisto en la mía: aun cuando no haya sido el intento primordial de la Compañía otro que el de dar aire potable á domicilio, sostengo que han sospechado la existencia de la mina y la han encontrado. ¿Quieres convencerte? Vamos.

Tomé del brazo á mi amigo y echámos á andar.

Al llegar á la esquina de la Compañía pasamos una zanja por un puente de tablas, y yá en la ribera opuesta ví que mi amigo palidecía, vacilaba hasta tener que sostenerlo y buscaba algo en los bolsillos.

Supuse que habría divisado á algún enemigo y que iba á sacar el revólver.

Lo que sacó fue el pañuelo.

—¿Qué te pasa?, le pregunté alarmado.

—Que me falta aire.

—Pues aguarda que acaben de poner los tubos y lo tendrás.

—No te burles. ¿No sientes un olor espantoso?

—Un poco, pero como éste es un olor de santidad, en el cual aspiro á morir, y paso todos los días por aquí, yá no me hace impresión.

—Pero ¿de dónde sale?

—Pues de la mina.

—¿Qué mina?

—¿No te decía que habían descubierto una mina? Ahí la tienes: han *descubierto* el excusado

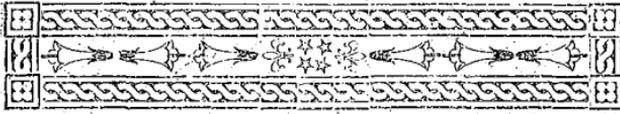
de los jesuitas, y otros filones igualmente ricos y qué mina! mejor que el guano, según los horticultores. Ahora sí que me temo una complicación internacional!

Cuando acabé de hablar, mi amigo corría con las pocas fuerzas que le quedaban, y dándose aire con el sombrero desapareció.

Creo que todavía está corriendo porque no lo he vuelto á ver.







XXIII

BUENOS días querida tía.

—Good morning my dear nephew.

—(Caracoles! ¿qué oigo?) Y qué tal noche?

—Very wel; all right. I was sleep. I dream...

—Pero, tía, por qué me habla usted en inglés?

—Para practicar, mi querido nephew.

—Pues yo creía que usted estaba dada a las prácticas religiosas y resulta que lo que practica es el inglés.

—La civilización, my dear sobrino; una no puede quedarse atrás; de todo hay en la viña del Señor.

—Pues yo creía que en esa viña no había más que uvas.

—Do not to moch; para demostrar que el Centro Católico de Señoras, no era un centro místico, sino práctico, hemos establecido unas clases baratas para las jóvenes pobres, con el objeto de librarlas del vicio. Ya están funcio-

nando dos, la de inglés y la de redacción; y para darles el ejemplo, nosotras somos las primeras discípulas; por eso me ves haciendo la obra de caridad de aprender la obra de Shakespeare.

—La felicito, tía, pero quisiera saber qué se proponen al hacer ese aprendizaje.

—En primer lugar levantar el carácter de la mujer y en segundo lugar traducir al inglés una obra nacional, *Amar con desobediencia*, que es el texto de la clase de redacción. We are reading the story of a little boy and a little girl.

—Vuelvo á felicitarla en nombre de la cultura, querida aunt ¿así se dice tía en inglés? Porque esos dos cursos harán muchos beneficios no sólo á las jóvenes pobres sino también á los jóvenes ídem, es decir, á nosotros. Figúrese que el otro día recibí una cartita de amores de una de esas jóvenes pobres, y viera usted qué redacción tan cursi, tan indescifrabable, y eso que las faltas de ortografía no eran faltas sino pecados. En cambio, dentro de poco los pobres jóvenes tendremos el placer de recibir unas esquelas en las cuales, además del encanto amoroso hallaremos el encanto de la redacción. Pero, dígame tía, ¿no podrían ustedes extender el radio de su benéfica influencia hasta el sexo malamente llamado el fuerte? Porque vea usted que vamos á quedar en una situación bastante bochornosa, si las mujeres saben redactar y hablan inglés y los hombres no hablamos bien ni el español, entonces nosotros seremos el sexo débil, y estaremos expuestos á todas las seducciones de la buena redacción y de la lengua inglesa.

—All children like to play, you now; pero eso es cuenta de ustedes los hombres, en las cuales no podemos meternos nosotras.

—Pero tía, ayúdeme usted siquiera, que yo propondré que todos nos pongamos en this mo-

ment á aprender el inglés. Esto facilitará mucho nuestras relaciones futuras internacionales y dirigibles. Siendo un hecho avêriguado que los yanquis nos están comiendo with butter, es decir con botas y todo, (yo me siento yá en el estómago de un yanqui, no sé en cuál) será muy difícil la armonía entre el continente americano y el contenido hispano-indígena, si no sabemos inglés.

—Don't go near the fire, yow might burn yourself. Ustedes los hombres deben evitarlo ó hacer que los yanquis hablen español, si no aprenden como nosotras el inglés.

—Eso es imposible, es más facil que una longa diga: the breakfast is readi, que un yanqui hable español: hubo uno que estuvo veinte años por Manabí y Esmeraldas y le decía á un paisano suyo: Esta gente ser la más bestial del mundo, estar mi twenty anos con ellos and todavía non intende mi and mi no comprenderlos.

—Pues my dear, imítennos ustedes y dedíquense al inglés.

—En ese caso nos dedicaremos más bien al yanqui, ya que todo es cuestión de dedicatoria: antes estaba dedicada la República al Corazón de Jesús y ahora está dedicada á los yanquis.

(Iba mi tía á argumentar cuando un ruido de campanas la hizo pensar en sus deberes religiosos, iba yo á proseguir cuando un señor de muchas campanillas entró y..... dos horas de charla para un tema que quería darmè sobre la paciencia ministerial de los Ministros que no son materia renunciabile. Me contó historias, episodios. Y adiós Domingueras. Cuando acabó de hablar no restaba más tiempo que el indispensable para esta frase: queridos lectores, que la del domingo próximo será más larga.)





XXIV

ESTOY, queridos lectores, más feliz que unas pascuas, no porque alguien me las haya deseado, que bien me sé que de los deseos solamente nada bueno ni malo resulta. Felices pascuas! que las pascuas sean para usted muy felices! dicen todos por todas partes con la sonrisa en los dientes; pero si alguien, encarándose con él que le desea felices pascuas le dijera:—¿Quiere usted que yo tenga felices pascuas?—Por supuesto, que las tenga dichosas!—Pues bien, la única manera de que las pase, siquiera con tranquilidad, es tener diez duros para el sancocho. préstenclos usted. Entonces se vería desaparecer la sonrisa de los labios del felicitante, murmurar alguna excusa, y seguir de largo para ir á desearle á otro felices pascuas.

La sonrisa humana; los deseos de felicidad del prójimo para el prójimo! qué candidez! Si

fuera yo espiritista, que es la profesión más lucrativa que conozco en el Ecuador, y la que da mayor influencia, creería que esos espíritus superiores que nos pelotean y sugestionan de manera invisible, y saben nuestras intenciones, al ver á los hombres pelar el diente deséartdese mutua felicidad, sienten miedo, como cuando nosotros (los cazadores á lo Roosevelt) vemos á los tigres arremangar la jeta y mostrar la blanca dentadura bajo el erisado bigote.

La fiesta de pascuas me alegra porque es la fiesta de los niños, y los niños, que son la sal de la vida, están hoy alegres; tienen juguetes nuevos y le aprietan la barriga al polichinela para que, como político cesante, toque el bombo.

Tengo un chiquitín cuya alegría es mi felicidad, y quise hacerle de pascuas un buen regalo; después de cavilar qué le daría, opté por hacer, en la medida de mis cortos alcances, lo que el Ecuador hizo con nuestro augusto soberano S. M. Archer I, regalarle un ferrocarril. Haciendo inmensos sacrificios compré uno y cuando abrió los ojos ayer, pudo ver en su camita los rieles, los carros, la locomotora y hasta los pasajeros, todo á sus órdenes y capricho. Al principio, con rara precocidad y como si fuera un contratista yanqui, miró el juguete con indiferencia, pero cuando se le explicó el mecanismo, preguntó:—papacito, ¿esto para qué sirve?—Sirve para que te diviertas y aprendas la manera moderna cómo se conquista á los pueblos.—Y qué es conquista y qué es pueblo?—Eso sí está difícil que lo comprendas; cuando seas hombre lo sabrás y ojalá que no te toque ser conquistado con rieles.

No sé si esto lo comprendió el chico, lo que aseguro es que, inconscientemente y tal vez por la naturaleza misma del juguete, cuando lo puso á funcionar, se convirtió en amo y señor de toda

la casa; por el salón, por la cocina, por los corredores, por la alcoba, en donde quiera que encuentra espacio, tiende los rieles y le da cuerda al ferrocarril, y ayl del que se le ponga; pateo, grita y llora y no queda otro remedio que despejar el campo, quitarle obstáculos y darle todo lo que pida, para que no se inferrumpa el tráfico.

Todos en la casa y hasta las visitas que llegan nos hemos convertido en esclavos del ferrocarril, contra el bien aventurado juguete no hay tu tía, ley, ni reglamento. Y lo peor es que yá me cuesta un ojo de la cara: el hojalátero, el mecánico, el maquinista yá han tenido que componer los deperfectos; con la perspectiva de que si se inutiliza por completo el aparato, no me queda otra salida que comprar otro y regalárselo; se ha enviado á los ferrocarriles el muchacho.

—Pero, por qué no manda usted noramala el juguete, preguntará un lector?

—Ayl mi querido suscriptor, se conoce que usted no tiene corazón de padre. ¿Qué se hace cuando se quiere un hijo y se ha cometido la tontería de regalarle un ferrocarril? No hay más que resignarse y dar el consejo á los padres de familia y á los padres conscriptos de las repúblicas: si queréis tener tranquilidad doméstica y nacional, no regaléis á vuestros hijos, ni á los ajenos que vivan en vuestras casas, ferrocarriles.

—Pero, me objetará uno de esos Catones de cartón, para esos casos se tiene carácter.

Carácter! tener carácter! estar en carácter! vaya con lo sencillo que es! ¿Qué es el carácter y en dónde se le encuentra? Smiles escribió todo un libro pero no nos dijo en dónde se hallaba.

A este propósito escriben que un médico americano, porque á los americanos y á los chinos se les juzga los descubridores de todo, ha descubierta no sé si el órgano ó la entraña del

carácter, lo que será un nuevo órgano de publicidad, y entraña un adelanto colosal en la fisiología.

Sabido es que los físicos, como se llamaba antaño á los médicos, se desvelaron inútilmente por descubrir en el cuerpo humano el asiento del alma; taja por aquí, corta por allá, hicieron cecina los cadáveres, sin hallar rastro del espíritu. Después de muchos estudios descubrieron en algunos cuerpos un cántaro y de ahí dedujeron que había quiénes tienen el *alma de cántaro*, pero aun cuando *les partía el alma* tener que confesarlo, y alguno que *tenía el alma atravesada* salió *como alma que llevan los diablos*, decepcionado de tanto estudio, tuvieron que terminar por no poder *romperle el alma* á nadie y declarar con todo *el dolor de su alma* que ésta no residía en el corazón porque había muchos sin corazón y *con el alma en su almario*; que no estaba tampoco en la cabeza, porque hallaron muchos que no tenían cabeza para nada, y sin embargo, eran *una alma de Dios*. . . . Total, que ni por equivocación como el genovés Colombo, descubrieron nada.

Hoy, en cambio, un sabio americano, paisano del que descubrió que en el Polo Norte había hielo, hielo por todas partes y que el mejor negocio en esas latitudes era poner una refresquería, descubre con asombro del mundo científico el lugar del cuerpo humano en donde se aposenta el carácter.

Según el distinguido sabio, el carácter es un órgano, ó entraña que, como el apéndice, tiene funciones aún no explicadas; hay individuos que pueden vivir sin tener carácter, y otros que lo tienen muy desarrollado sin sufrir alteración patológica. El carácter está en el estómago, y es un órgano en extremo sensible á las funciones digestivas.

Los dispépticos tienen mal carácter, porque una de las cosas que más afecta á dicho órgano

es la carencia de jugos gástricos y el regular funcionamiento de los órganos digestivos.

Cuando se tiene hambre, ó los alimentos son escasos, el carácter se debilita hasta atrofiarse.

Decir de un hombre que tiene carácter, que es un gran carácter, es como decir que no ha sentido escaseces, que no ha tenido hambre.

El individuo que ha padecido hambres diarias acaba por perder el carácter; entonces puede firmar una adhesión, cambiar de partido, vender su voto y adular al mandatario, sin que esto sea vituperable; como no lo es que el enfermo busque el medio de curarse, pues este individuo al proceder de aquella manera no ha hecho otra cosa que buscar comestibles, alimentos, y comiendo sin temor de que llegue á faltarle, recupeará el carácter, es decir, recupeará el órgano.

Así como hay hombres para quienes una lesión orgánica, ser cojo, tullido ó ciego es una fuente de recursos, así también hay otros para quienes tener mal carácter es título suficiente para tener ciertos puestos oficiales ó la gerencia de algunos Bancos y otras empresas comerciales. Tener buen carácter, estar sano, es entonces un inconveniente.

El carácter malo puede curarse con un tratamiento de contradicciones; el mejor clima para curar el mal carácter es la adversidad.

Los síntomas patológicos del mal carácter son la pretensión, el orgullo, la grosería y el desprecio por los débiles ó los que nos rodean, y el deseo de imponerles nuestra voluntad.

Un sabio americano piensa fundar un sanatorio para ambos sexos, en el cual pueda clínicamente tratarse al paciente de mal carácter, pero tropieza con el inconveniente de no encontrar asistentes ni practicantes que se sujeten á prestar el servicio de caracteres.

Leía estas noticias en una Revista de ultra tierra cuando tropecé con mi tía.

—Good afternoon, my dear aunt; I wish you happys chrystmas.

—Cállate, hereje, no me hables, y mucho menos en inglés; venir á sacarme en una *Dominguera*, es un irrespeto. Hace ocho días que no te reconozco como sobrino, porque tú te vas á condenar, esto no tiené perdón de Dios, y lo triste es que serás el primer Gómez, el único de mi familia, que se va á los profundos infiernos, por burlarse de las cosas santas.

—Pero tía, cálmese, yo sabía que ustedes eran santas pero no cosas, y yo no me he burlado de usted ni de nadie.

—Pues búscate otros temas para tus Domingueras y no te metas con nosotras.

—Bien, querida tía, no quiero que usted se disguste conmigo, de hoy para adelante me dará usted el tema: ¿le parece bien que hable sobre la hermosísima y oportuna carta del Sr. Arzobispo á las señoras de la Liga? La he recordado y la pondré en marco de oro.

—Ave María Purísima, Jesús Credo! Mira, querido sobrino, si me estimas no hables sobre esa carta. Estoy confundida, hasta el señor Arzobispo.....

—Le doy gusto, querida tía; hacemos las paces, no vuelvo á hablar del asunto, pero con una condición, que cuando el señor Arzobispo les sermonee á ustedes y les diga cuatro verdades de las que él sabe decir, no me echen la culpa á mí, pobre surcador de *Domingueras*, ni se desahoguen contra este mísero mortal que si tiene alguna debilidad es estimar y querer á las señoras, sobretodo si son buenas mozas, ó cultas y agradables.

Y santas pascuas.



XXV

QUE haya un año más qué importa al mundo! A no ser que admitamos aquella teoría tan verdadera como todas las teorías, debido á la cual la especie humana: hombres, mujeres, rumiantes, carnívoros, beatas y usureros somos parásitos de un cuerpo pensante y sufriente que se llama Tierra. Entonces al mundo sí debe importarle algo que venga un año más á acortarle el camino ó á disminuir la existencia; digo si la Tierra no es tan majadera ó hipócrita como nosotros, para quienes la llegada de un año-nuevo es motivo de alegría. Un paso más que nos acerca á la tumba y nos ponemos tan contentos, probablemente para ocultar el miedo que nos da volvernos calaveras!

Por eso yo resolví volverme calavera antes de estirar la pata; esto es, en lenguaje místico, prepararse á bien morir. Y aconsejo á mis lec-

toras que se calavereen en vida antes de que en la tumba se vuelvan unas calaveras de verdad. La vida y la muerte son como el matrimonio: una calaverada.

Un año que expira, aunque sea de flaco, deja muchas enseñanzas que, no por ser infructuosas, son menos enseñanzas. El que ha sufrido en el año anterior espera ser dichoso en el año venidero; las solteras esperan la ocasión de completarse, ó de encontrar el cuerpo masculino á quien encajárselo como castilla; las viudas y viudos aguardan la ocasión de reincidir, los mal casados vislumbran la felicidad en forma de tifoidea ó pulmonía; los comerciantes esperan tener más compradores, y los compradores que haya más comerciantes; y todos van tras de algo mejor. La humanidad desalada, corriendo tras de la triste hija de Equidna y de Typhaon, la Quimera, que en la mitología moderna es la Felicidad, sin que haya un Belerofonte que la detenga!

En la carrera, que es la vida, nos sale de una quebrada ó tras de la esquina un salteador; nos arroja un puñado de microbios, y para el otro toldo; en tanto que la Quimera sigue perseguida por los que quedan en la ruta.

El triunfo humano, la fraternidad, el amor! Según un filósofo todo esto es una cándidez: "me parece el inútil esfuerzo del ridículo por remontarse al sublime, ó la desgarradora é inevitable caída del sublime al ridículo."

Un notable predicador después de haber pintado el infierno con los más vivos colores, y disertar sobre la casi imposibilidad en que estamos de escapar de las llamas eternas, conmovido al ver sollozar á sus oyentes, les dijo: no os aflijáis, amados hermanos míos, si de Guayaquil á Quito mienten tanto, qué será de Roma á aquí?

Yo también, amados lectores, os digo: no creáis en filosofías, la vida es muy sabrosa, lo único malo que tiene es que se acaba; vamos á disfrazarnos que todavía hay Inocentes.

Los Inocentes, me agradan,
Pero más . . . las inocentes,
Aunque digan muchas gentes
Que la inocencia es disfraz;
Si en los tiempos de caretas
Todos disfrazados vamos,
Como á todos engañamos
Nadie nos puede engañar.

Esta costumbre de disfrazarse por Inocentes puede parecer exótica á cualquier extranjero; pero nada más natural y ajustado á la historia.... sagrada. Aunque en otras partes no se conserva la tradición, está fresca en Quito porque hay todavía reliquias y milagros, fe y esperanza, que en cuanto á la caridad anda por las nubes, á pesar de la emisión de níquelés que, por no contarlos, es uno capaz de dárselos á cualquiera, menos á un pobre.

Cuenta la historia que Herodes, que era un presidente constitucional de la república de Judea; como le anunciara un *medium* en una sesión de espiritismo, que había nacido un niño que le iba á hacer la oposición, pidió al Sanhedrín las facultades extraordinarias, y mandó degollar (entonces no se usaba el fusilamiento) á todos los inocentes que pudieran conspirar más tarde. Entonces las madres se ingeniaron para salvar á sus hijos de la degollina, disfrazándolos.

Algunos historiadores oficiales, ú oficiales historiadores, opinan que el tal Herodes no hizo aquello por miedo sino porque tenía los oídos muy delicados y le cargaban mucho los berridos de los chiquillos.

Un amigo mío lo comprendió así cuando yendo á bordo del vapor Montevideo, con rumbo á España, hizo la travesía con sesenta chiquillos, á quienes no hizo callar ni el sarampión. Entonces, como todos los oprimidos, protestó inútilmente; pero como la protesta fue en verso, se salvó en el álbum de un viajero, era un soneto:

A Herodes

A tí el Tetrarca de purpúreo manto,
Que sin nietos dejaste á los abuelos
De la judaica grey, y á quien por celos
No han puesto en el catálogo cual santo.

A ti Tetraica ilustre, hago este canto
Pues que tú, sin ambages ni recelos,
La piel cortaste de ocho mil chicuelos
Por no escuchar su impertinente llanto.

Hoy, que á tarde y mañana, noche y día,
Escucho la insufrible algarabía
De sesenta muchachos (sin ser sordo);

Y yá que no los calla ni el mareo,
Lamento que el vapor Montevideo
Un Heródes feroz no lleve á bordo!

Sea como fuese la degollada de los inocentes tiene su explicación y hasta con el tiempo fue una fiesta, que celebra la Iglesia, también muchos particulares y hasta padres de familia.

En Quito es una de las fiestas más celebradas y más populares, á pesar de que dicen que antes era mejor, que había más humor, es decir, se bebía porque había más medios y reales, lo lo cual es una exageración si se habla en níquel.

Hoy se reduce á que unos pocos mozos cultos se disfrazan, juegan una especie de carnaval por las calles y, de acuerdo con las niñas, resuelven degollar, metafóricamente, cada noche á

una familia. Le piden la casa, que es un préstamo, ante el cual no se puede decir: no tengo suelto, y por la noche, la invasión! Toreros, manolas, caballeros á lo Luis XV, mosqueteros, aldeanas, diablos, beatas, chinos, chausseros, todo un pequeño mundo abigarrado hace su entrada triunfal y toman posesión del inmueble hasta la madrugada. Los dueños de la casa rien á más no poder, y viva el buen humor!

El pueblo en tanto se divierte de verdad en la plaza de Santo Domingo, en donde el aguardiente es el mejor disfraz para unos y el mejor negocio para otros.

Bajo el toldo de las chinganas se ven escenas típicas en que el amor libre, en completa libertad, lanza sus dardos democráticos sobre el robusto pecho de cocineras, criadas de mano, bolsiconas y sirvientas de traje, quienes se vuelven una miécita ante los galanteos de palabra y obra de los artesanos, caballeritos aficionados, militares y policías.

Entre tanto en las casas la señora sopla la candela y las señoritas visten á los *guaguas*, porque todá la servidumbre anda de jaleo y bebe á la salud de los patrones.

Los disfrazados, monos y pastoras, que son los trajes preferidos por una intuición darwiniana ó reminiscencia pastoril, bailan al compás de la banda militar, gritan y quieren hacer de graciosos; hasta que un aguacero quiteño los hace entrar al portal en un amontonamiento que facilita las confianzas.

Los gritos de los chiquillos, los piropos amorosos y las imprecaciones forman concierto con el chirriar de las cazuelas en donde se fríen las empanadas y yapingachos, alternando con el totéar del maz candil que revienta entre dos cacerolas. El olor á mosto y anís se mezcla con

el de la caucara, de las tajadas de cerdo fritas y el peculiar de la carne humana no muy lavada.

De las diez de la noche para adelante la alegría se amodorra y el humor se duermie con el vaso de chicha en la mano. Algunos impertérritos en acabar una conquista amorosa, los borrachos de cabeza fuerte y las cantineras dadas á la difícil tarea de contar los centavos y clasificarlos, son los únicos restos de la multitud alegre.

Cosa especial que hay que contar, como que revela la bondad y buena índole de este pueblo sufrido, es que durante los días de Inocentes, en medio de la mayor expansión, con el aguardiente y la chicha por agua ordinaria, cuando los policías son llevados en brazos de hermosísimas turcas, no hay fuera de una que otra nariz deformada, ninguna riña de consecuencias, ni un solo herido. Si este pueblo de santos no está en el calendario es porque no ha llegado hasta Roma la noticia: pero con esta *Dominguera* propongo que lo canonicen por paciente, por bueno y por ser una multitud de . . . inocentes.





XXVI

CUANDO se dijo en este diario la necesidad de fundar otro Banco, aunque fuera de los acusados, no imaginé que la idea se realizase en tan breve tiempo, menos que tuviera yo que ver con la nueva institución; ya que muchos con exquisita penetración y como hábiles exploradores de los móviles secretos de las acciones humanas, creyeron que son partidarios de la fundación de otro Banco los que tienen la intención de pedirle prestada alguna cantidad. Por lo que á mí toca sé que los banqueros, si los hay, no prestan hoy ni la candela y si se les propone alguna operación debe quedarles uno eternamente agradecido si le prestan.....atención con algún interés moderado, y por eso me importa un ardite, ó una ardita, el que haya un Banco ó se funde una docena más para fundir á los necesitados.

Lo que me trae escamado es que el nuevo Banco se haya establecido en mi casa; esto es un contrasentido: entre los poetas y escritores y los banqueros ha habido siempre desde los tiempos del becerro de oro, hasta los de Platón, desde los *argentarii* y Horacio hasta Syloch y Harpagón, desde los de Molier y Shakespeare hasta los de Rokfeller, un antagonismo absoluto.

Pues bien, contra toda mi voluntad el nuevo banco funciona hace ocho días en el zaguán de mi casa, como local apropiado para sus operaciones.

El dicho zaguán por su amplitud y ventajas excepcionales, pues hasta gradas tiene que sirven de cómodos asientos, ha sido utilizado para diversos negocios. Primeramente se convirtió en fonda: todos los *chapas* de los alrededores é indios cargueros almorzaban y comían allí cómodamente y hasta dormían la siesta. Cuando yo ó los de mi casa teníamos que entrar ó salir, debíamos, y hoy también debemos, pedir permiso á los moradores del zaguán, y si va uno de prisa tiene necesidad de saltar por sobre alguna india que amamanta á algún *guagua*, y hacerlo con la agilidad con que un mandatario salta por sobre la Constitución.

Ahora no es fonda, es Banco, verdadero Banco que hace las mismas operaciones que el de Quito: contar; con la diferencia de que el nuevo *se descuenta* cuando hay equivocación, y el Pichincha en caso de equivocación no descuenta, sino vuelve á contar . . . con el favor del público.

Cuatro ó cinco bolsiconas y dos ó tres indios vendedores de frutos, son los accionistas de la nueva institución; no he podido saber cuál hace de Gerente, pero supongo que será el más bravo.

*
•

Se instalan en en el local y abren sus operaciones á las diez de la mañana ante un público de limpiabotas, semi-mendigos y algún guardián del orden, que miran desde la puerta. Los pañuelos y bolsillos hacen las veces de cajas de fierro, y por mostrador tienen los cantos de los ponchos, los sombreros y las faldas de bayeta azul.

Cada cual vacía en los sombreros, ponchos ó faldas el contenido de las cajas de fierro, y los relucientes centavos de níquel, ó lo que sea, van formando montones.

El más fuerte de los accionistas distribuye las operaciones:

—Vos cogé los medios, que son los más grandes; vos apartá los de á dos centavos, pero fijáte bien porque habís de saber leyer pa no conjundirlos.

—Pues lo que es leyer yo no sabo.

—Yo sí leigo.

—Entonces vos fijáte bien, onde diga dos centavos, eso quiere decir que son dos y los apartáis.

—Vos echáis en el canto de la Carmela los de á medio centavo, pero cuidarís con que se te pase un medio de plata. Vos, Jervacio, echá en el sombrero los de á centavo, pero tené presente que son lo mesmo que los riales de plata, salvo el metal. Vos, Pedrito, apartá los negros, que esos no se conjunden, y mientras contamos, andáte vos, Rosa, onde la comadre Juana, que tiene el puesto en debajo del polvo de alverja, y decíle que si nos alquila el cabayito pa yebar estos veinte pesos. Andarás breve.

La prolija tarea de contar y clasificar se efectúa en silencio, interrumpido de cuando en cuando por algunos comentarios:

—Elé, medio centavo ¿cuántos, ps, son un calé?

—Ps, hacé la cuenta, dos de medio centavo hacen un centavo y dos centavos y un coco valen un calé.

—Y ahora los chapas quieren hacer recibir dos de á centavo por un calé.

—Esa es una operación pa ganarse medio centavo.

—Y pa qué trerían tanto centavo?

—Ps, pa los probes, no vis que hora tenemos todos harta plata?

—Pero esto no es plata y se necesitan piones pa cargarlo.

—Plata es lo que plata vale.

—Pero dicen que en el Banco no los cambian.

—Ps, porque son pa los probes, te digo, y con que los patrones los quieran, con eso hay; si á yo me fueran dando mil sucres rigalao yo sí que no los despreciara, aunque fuera pagando porque me los dieran contando, porque yo nó sé contar sino hasta cien.

—Ps, entonces salía lo mesmo, porque pa contar y ir llevando tanto dineral, se necesita mucha gente.

—Elé y esto que está pintao aquí qué querrá decir?

—Dejá ver; esta es una letra, como que es una H.

—Pa yo creyo que es la marca é jábrica.

—No scas bruto, esa no es H, ni marca é jábrica, eso es una *hacher*, y un dotor mi dijo que eso era pa que se gasten aprisa los centavos, antes de que se vuelvan haches y erres.

A las doce cierran las operaciones para volver á la tarde á contar, y el Banco sigue cada día con mayor clientela.

Ayer que observaba yo el funcionamiento de este *Comptoir National descomptes* en peque-

ño, fui á consultar un autor de Economía antipolítica para perfeccionar un plan de redención fiscal que pienso someter á la alta consideración del Ministerio de Hacienda, y con el cual entrará á las cajas de la Tesorería un pactolo abundantísimo.

En la Biblia dicen que se encuentra todo lo consultable: en medicina ahí está la curación de Job y de la hija de Jairo; en ingeniería la construcción de la torre de Babel y del templo de Salomón; en estrategia militar el paso del Mar Rojo, la derribada de las murallas de Jericó; en legislación las doce tablas; en economía política el maná, la multiplicación de los panes y de los peces; en pirotecnia, el monte Sinaí; en espiritismo, la sombra de Samuel; en astronomía, la hazaña de Josué: sol, deténte sobre Gabaón, luna, sobre el valle de Ayalón; en peluquería, Dálila; en poesía y danza, David; en específico para el cabello, Absalón; en aviación, el carro de Elías; en submarinos, Jonás; en industria pecuaria, Jacob, y también en boxeo; en quijotadas, Caín; en correos, Urías; en construcción de hornos, Daniel; en situaciones de capa caída, José; en espigaduras, Rut; en culinaria, el cordero pascual y las cebollas de Egipto; en murmuración, el pueblo en el desierto; en valor, los Macabeos; en pugilato, Sansón; y, en fin, todo lo humano y divino en la Biblia. Por eso abrí al acaso el sagrado libro y, en el Exodo principié á leer.

La escena bancaria del zaguán y el estilo gnómico de Moisés principiaron á confundírseme en una visión soporífera. y soñé:

Una voz celestial hablaba y decía:

Y después que subió el río en ranas y cubrieron la tierra de Harmán, apareció todo género de moscas que eran vistas por los Ministros de Pharaon;

Y dijo Jéhová: pondré división entre mi pueblo y tu pueblo y en la tierra de Jesén no habrá moscas;

Y sucedió que hubo aguaceros torrenciales que inundaron la tierra; y las calles se volvieron unos barrizales, y por todas partes corría agua menos por los tubos del acueducto;

Y dijo el señor: haré que se multipliquen los soldados y haré llover votos sobre la lista oficial, de manera que cubran la cavidad de las urnas;

E hicieron lo mismo los hechiceros con sus encantamientos para hacer salir votos, y no pudieron y dijeron á Pharaon: dedo de Dios es éste;

Y extendiendo la mano hacia el cielo hubo tinieblas horribles en la tierra de Harmán por tres días;

Pero como el señor endureció el corazón de Pharaon que no quiso dar libertad al pueblo, dijo á Moisés: Todavía castigaré á Egipto con una nueva plaga:

Este mes, para vosotros principio de meses, será el primero entre los meses del año;

Y dirás, pues, á todo el pueblo, que cada cual pida á su amigo y cada mujer á su vecina algo de plata, oro ó billetes, y veréis que todo se convierte en centavos.

Y acaeció que llovieron del cielo y brotaron del Banco centavos que inundaron toda la tierra;

Y eran más que las arenas del desierto, y más que los peces del mar, y hubo más centavos que briznas de paja en la era.

Lo que habiendo visto los hijos del padre de la patria, se dijeron el uno al otro: ¿Manhu? que quiere decir: *qué es esto?* porque no sabían lo que era. A los cuales dijo Coral: esta es la moneda que el Señor os ha dado para comprar.

Cambie de ello cada uno cuanto basta para llenar un gomor por cabeza, según el número de ánimas vuestras que moren en cada casa.

Y así lo hicieron, pero el pueblo murmuró y hubo un gran clamor en la tierra de Harmán, cual nunca hubo ni ha de haber después.

Y Moisés dijo: ¿Por qué pendenciáis contra mí? ¿por qué tentáis al Señor?

Porque en todos los hijos de Israel desde el hombre hasta la bestia, no chistará siquiera un perro, para que sepáis con cuán grande milagro distinga el Señor á los de la tierra de Harmán y á los de Israel!

Et induravit Dominus cor Pharaonis, nec dimisit filios Harman de terra sua.

.....

Qué pesadilla!

Llovía; el granizo golpeaba los vidrios del balcón; y desperté. Creí que llovían centavos.





XXVII

UNA de las preocupaciones mayores de la humanidad doliente, que diría un gacetillero originalmente tonto, y de la humanidad ecuatoriana, es la de librarse de las enfermedades; ya que lo único seguro en la vida es la muerte, que venga lo más tarde posible.

“La salud es la unidad que hace valer los céros de la vida,” es frase elocuente de Pelletán, ó de cualquiera otro; por eso lo importante es tener muchos céros, es decir muchas vidas, que mantener, pues entonces con una unidad de salud nos resultan millones, en valor ó en gastos. Y luégo, aun cuando la muerte le mande á uno *saludes* con una fiebre ó un resfriado, no importa, se la retornamos con la Junta de sanidad.

Desde los tiempos de Hipócrates y Galeno hasta los de Israeli y Dielafoy, los físicos, mé

dicos, científicos y los demás en *ico illo* vienen estudiando la manera, no de evitar las enfermedades, porque eso no sería cuerdo ni conveniente á sus intereses, sino en curarlas, lo cual está dentro de su papel benefactor y de sus intereses fiscales.

Pero la naturaleza, que naturalmente sabe más que todos los farmacéuticos, cuando nota que ya curan una enfermedad, inventa otra incurable, le pone una terminación en *itis*: apendicitis, periostitis, gastro-enteritis y la flotantiza, repartiéndole sus acciones entre el cuerpo médico, para que explote la nueva invención patentizada.

Las enfermedades, patológicamente, tienen tres caracteres, pandémicas, epidémicas y endémicas, pero se distinguen por otras modalidades especiales. Hay ocasiones en que la epidemia, por ejemplo, no es general, es simplemente coronel, y ataca al cuerpo legislativo al final de sesiones; entonces á cada diputado le sale un apéndice, es decir, un comandante que lo mortifica al principio y luego, si no se cuida, le da muchos dolores de cabeza; el mayor tratamiento es dejarlo madurar para que se convierta en coronel ó disolverlo con paños calientes.

La garrotitis contundente es una enfermedad endémica que los sabios ecuatorianos no han estudiado suficientemente, pero que ha servido de tesis á algunos facultativos. Ataca comúnmente en la cabeza á los políticos, á algunos diputados y últimamente á los fotógrafos, debido á los ácidos que manejan. Como preventivo aconsejan los especialistas abstenerse de la política, no tomar á pechos ningún asunto con la Policía, y si esto no bastare, usar casco de cobre; pero si el atacado es ligero de cascos, para que no se lo abollen y antes de metérsele en los cascos pedir

justicia, debe poner tierra ó agua de por medio, ó lo que es lo mismo, cambiar de clima.

El año pasado y con ocasión del Centenario, hubo otra epidemia que se llamó por algunos: congresitis ó liguitis perniciosa, y tenía los mismos caracteres patológicos de la parálisis agitante. Se contagiaron los pedagogos, los temperantes que no probaban el alcohol, algunos periodistas, los obreros y hasta las señoras. En el sexo femenino la manifestación típica fue hablar inglés y redactar, caso que no es nuevo en los anales de la ciencia, pues el doctor Cabanés anotó una enfermedad semejante, la de las ursulinas de Loudon, que resultaron hablando latín sin saberlo.

El tiempo y las lluvias acabaron con la epidemia y para los casos rebeldes ha dado muy buen resultado una dosis moderada de infusión arzobispal, que en los temperamentos demasiado predispuestos á los excesos místicos con detrimento de los deberes de familia, produjo el efecto de un calmante.

La enfermedad arquitectural constructora también ha degenerado por falta de fondos, pues no le es propicia la atmósfera económica. El suntuoso palacio de la Exposición y el palacio Municipal están bajo un tratamiento dietético y en el mismo estado. Con unas inyecciones semanales de sulfato de níquel en poca cantidad se sostienen los enfermos sin avanzar, pero no se levantarán en mucho tiempo.

Fuera de estas epidemias político-sociales, prospera otra que hace menos estragos pero no por eso deja de alarimar á los yanquis, la bubónica, que por *milagro* no ha resuelto subir á hacernos una visita en ferrocarril.

Hasta hace ocho días le tenía yo más miedo á la bubónica, que á un Congreso nacional ó de

señoras, ó que á un Centro de periodistas, ó á la liga antialcohólica, y no digo á los garroteros porque como no soy político, ni diputado, ni elector, ni fotógrafo, no seré atacado de la epidemia. Pero ahora no le temo á la bubónica, pues ya sé la genealogía de la peste y el modo de combatirla, merced debida á la publicación que hace un diario de Guayaquil (1).

Dice el citado diario:

"La peste bubónica no es una enfermedad infecciosa, sino una enfermedad de las ratas."

Esto es el evangelio! Como según el mamotréto de la Academia en una edición antigua, *infección* es "el mal efecto ó daño que causa la calidad venenosa, peste ó contagio," en la nueva es "acción y efecto de *infectonar* y, según otro: "la *infección* lleva consigo la corrupción (no dice administrativa) y hace daño á la salud," tenemos que, como la bubónica *no es una enfermedad infecciosa*, no causa mal efecto ó daño, ni perjudica á la salud. Esto es claro ¿por qué? porque es una enfermedad de las ratas y no siendo uno rata.

Y tantos estudios, tanto dinero gastado, y tantas polémicas de los Doctores! para curar á las ratas de una enfermedad de ellas no más, y que no debe traernos aprensión porque aunque la padezcan los roedores no es infecciosa!

Con razón que los médicos hayan estado despistados entre bubones y paperas, ¿qué van á saber ellos de enfermedades de las ratas? Ya que hay veterinarios, ornitonarios, canarios (médicos de los perros) felinarios, debe abrirse un Instituto para estudiar patorratología, con la seguridad de que si lo saben las ratas, que va á haber médicos para ellas, se mueren, . . . del susto.

(1) Véase *El Telégrafo* de 14 de Enero.

Según esta magnífica teoría va á resucitarse el viejo conflicto médico-quirúrgico entre los partidarios de que al enfermo incurable debe matársele, y los que opinan que debe sostenérsele hasta el último momento. . . . de pagar la cuenta. Porque, indudablemente, matar las ratas porque están enfermas, es una inhumanidad contra la cual protestará la Sociedad protectora de animales (en esta sociedad no tiene parte el Gobierno) que se ha querido formar en Guayaquil; y como, además, no se ha demostrado que la bubónica de las ratas y de los ratas sea incurable, debe estudiarse antes en el Instituto patorratológico para resolver este punto capital del Guayas.

A propósito de la manera de curar á los ratones, recuerdo un cuento más viejo que el Capitán Garaicoa:

Un viajero llegó á un hotel; después de haber almorzado y comido pidió la cuenta, que resultó para él una enormidad. La pagó sin chistar, y luego el hotelero, para disimular con la charla su exigencia, dijo:

—Como usted parece ser médico, le estimaría me diera un remedio para ahuyentar á los ratones, que no me dejan nada bueno en la despensa.

—Con mucho gusto replicó el viajero, déles usted de comer y luego páseles la cuenta.

Si en Guayaquil resuelven los doctores pasarles la cuenta á las ratas que curen ó á los parientes de las que maten. . . . queda saneada la ciudad, las ratas emigrarán en el primer vapor.

Para el caso de que la bubónica sea un extranjero pernicioso y se le quiera eliminar, nada más fácil según la traducción del colega guayaquileño:

“Para que un país pueda eliminar la peste

es preciso que sus habitantes estudien Zoología y Bacteriología. Todos en común deben estudiar la peste como enfermedad y no como epidemia."

La receta no puede ser más sencilla ni más económica: que todos los habitantes del Ecuador que queremos, naturalmente, eliminar la peste, nos pongamos á estudiar zoología y bacteriología! Y lo más agradable es que debemos estudiar en común, que, según entiendo, es hombres y mujeres reunidos; á no ser que el autor haya querido designar así el lugar en donde debe estudiarse, lo que resultaría un algo molesto para el olfato y difícil de hacerse en Quito en donde hay pocos lugares apropiados.

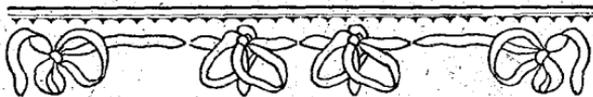
Si el Gobierno resuelve pues eliminar la peste debe, cuanto antes, encargar unas docenas de profesores de zoología y bacteriología y unos miles de textos; repartir unos y otros en las poblaciones y abrir las aulas para que podamos estudiar en común. Cuando sepamos todos los habitantes zoología y bacteriología entonces . . . la peste estará eliminada, y habremos sabido lo que se ha querido demostrar: que la peste no es enfermedad sino epidemia!

Mientras entonces, aconseja el autor aludido, que á las ratas y pulgas se las ponga á dieta y no se les dé abrigo; dice así: "Es cierto que puede agravarse una epidemia dándoles alimento y abrigo á las ratas y pulgas."

Magnífico! El remedio para que no se agrave una epidemia, está en la mano y en las piernas: no darles alimento á las ratas ni á las pulgas; que se mueran de hambre. Si una rata entra á la despensa ó la bodega, pues no se le da nada; ni un mordisco; que una pulga salta á la media de seda ó al pantalón, pues se retira la pierna y no se la deja chupar una gota de sangre; nada más sencillo.

Y después quieren que no se ría uno. Caramba! que si siguen las epidemias y las recetas habrá de atacarme la epidemia ó enfermedad de que murió Mazarino, según el doctor Raspail: de *la grimace ou rire sardonique*, producida no ya por la renúncula scelerata, sino por lo que leo y oigo.





XXVIII

LA noticia, caída como una bomba de aire comprimido en medio de la concurrencia, no podía ser más alarmante para los ecuatorianos de corazón, admitiendo que haya algunos descorazonados ó que no lo hayan tenido nunca.

Por el hilo especial llegó este telegrama, digno de ser estudiado por Beaufort el de la *Aiguille Creuse* ó por el sabio de la *Jangada*, pero indescifrable para el común de las gentes, que formamos una mayoría abrumadora.

Decía así: "Los americanos compran *galápagos* para montar guardia en Pacífico y ensillar caballos de fuerza. Para enseñar doctrina cristiana de Monroe cuentan con metodistas peruanos afiliados al gran Oriente y partidarios islamismo. Pesca *galápagos* segura. Es Padre Isla traductor Gil Blas Co Ibáñez Ministro Argentina dice Archipiélago *aislado* segura presa."

Don Canuto, á quien no he presentado á ustedes, porque es muy conocido; don Canuto de Iglesias, que se ha puesto el *de* por creerlo aristocrático y que está tan gordo como si lo tuvieran en algún Ministerio poniéndole notas á Víctor Hugo; don Canuto que es un alarmista simpático, entró al salón de doña Petra, con el telegrama original.

Antes de pasar adelante se hace preciso decir que doña Petra es en Quito una especie de Madame Thebas, ejerce la profesia y yá ha profetizado muchas cosas. Ella fue la que profetizó que las elecciones para diputados las ganaría el Gobierno, la que anunció que la Ethelburga no haría el empréstito, y ella la que predijo que don Jenaro Larrea se iría á Bruselas á trabajar por su candidatura para la Presidencia. Ahora acaba de profetizar que no habrá Laudo ni guerra con el Perú, y que Zelaya no vendrá á Guayaquil.

En el salón de doña Petra nos reunimos algunos cultivadores de ciencias ocultas; profetizamos, evocamos algún espíritu que ande por los alrededores, componemos el país, y adivinamos charadas:

Cuando don Canuto entró estábamos por adivinar la siguiente charada:

Aunque la *u* es mi primera
Y segunda es musical,
Si mi todo alguien supiera
En él un peligro viera
Para la paz nacional.

Pero no acertábamos con el todo; y así era mejor, las charadas son como las mujeres, cuando se llega á adivinarlas pierden toda la gracia que tenían.

Después de saludar, don Canuto dijo:

—Tengo un notición, algo gravísimo y más

importante que la charada que empieza por U, y mostró el telegrama, que pasó de mano en mano.

Meditámos, pensámos y esperámos que la profetiza hablara.

Doña Petra apoyó la frente en el pulgar y el índice de la mano derecha, el codo en la rodilla cruzada, y se sumergió en su recóndito pensamiento.

Don Canuto, mortificado por el silencio, tomó su sombrero y dijo: Los dejo á ustedes descifrando la noticia y voy por otras. . . . Esta noche nos reunimos para formar unos batallones de línea, que formarán en primera línea porque la patria está en peligro, y salió.

Doña Petra habló: —La noticia parece grave, pero no lo es tanto, es un poco oscura, pero, cambiando el orden de las palabras, puede aclararse. He sacado en limpio que los pacíficos americanos y los peruanos metodistas, es decir, que tienen método, son partidarios del islamismo, que, en términos modernos, significa que les gustan las islas; la fuerza de los americanos está en los caballos y compran *galápagos* para ensillarlos; mandarán misioneros para enseñar la doctrina de Monroe á los cristianos del gran Oriente, ó lo que es lo mismo, á la región amazónica; la pesca de tortuga promete ser abundante, lo cual es un dato comercial; que el Padre Isla es el traductor del Gil Blas, es noticia literaria; que Blasco Ibáñez será nombrado Ministro en la Argentina, es asunto de cancillerías; y el opinar que en todo archipiélago aislado, es decir, que tiene islas, hay presas seguras, ó fáciles, es una opinión como las que dan los escritores de ultramar sobre Sur-América. En resumidas cuentas, la noticia es una de tantas simplezas que traen los cablegramas y que publican los diarios. No veo motivo de alarma.

—Yo interpreto de otra manera, se atrevió á decir un viejecito ladino:

Según veo el telegrama está claro: los americanos quieren *comprar* las islas de Galápagos, pero hay que advertir que los cables vienen en inglés y que *comprar*, *purchase*, quiere decir también *adquirir... por la fuerza*, y el sustantivo traduce *presa*; quieren adquirir las islas para montar la guardia en el Océano Pacífico, y como *horse*, caballo, es voz marina también, se refiere á lo mismo. Que cuentan con el método de los peruanos, y con los partidarios del islamismo (adquisición de islas) para implantar en el gran Oriente la doctrina de Monroe. Que las islas de Galápagos serán seguramente pescadas, ó pescados; que Gil (don Antonio) es interpretado (*translate*) ó mirado, como el padre de la Isla de Galápagos; y en fin, lo demás poco importa.

Esta hermenéutica nos sorprendió, pero como sucede en toda reunión de personas ó de políticos, pasada la sorpresa, ninguno estuvo de acuerdo y cada cual se formó su teoría especial. Se volvió un alboroto, tanto menos comprensible cuanto que las voces femeninas dapan el tono.

—Y yo pregunto: ¿para qué nos sirven las islas de Galápagos?

—Pues para pensar en ellas, para discutir, y en último caso, hasta para tumbar á un Gobierno.

—Yo soy de opinión, pero en secreto, de que se empeñen... en venderlas. Lo que se ha de comer el gusano que se lo coma el cristiano.

—Oh, no, eso sería una traición á la patria ¿vender el territorio? qué horror! ¿qué dirían las naciones extranjeras?

—Todos somos de opinión que se vendan siquiera ocho de las once islas; la diferencia está

en que unos quieren que el valor lo coja este Gobierno y otros que no sea éste sino otro, más de su gusto.

—Pues yo creo que esto de la venta de Galápagos es ensillar antes de traer las bestias ¿y quién las compra?

.....

—Yo creo que los yanquis son los civilizadores de Sur-América, los que nos traerán dinero y nos pondrán en paz con lo cual lograremos un puesto en el concierto de las naciones y subiremos al pináculo de las grandezas, en donde se efectúan las transformaciones sucesivas del progreso. Tenemos atrofiado el espíritu práctico y los americanos al resoplido formidable de sus locomotoras y turbinas lo galvanizarán. Soy partidario del músculo en sus variadas potencias, Roosevelt es el primer hombre del mundo, Taft el segundo y el tercero.....

—Santificar las fiestas.

—No me interrumpan. En la gloriosa transformación que hicieron la espada de Alfaro y la pluma de Coral.....

—No se hable de política.

—Pues entonces me callo, porque no hay de qué hablar. Pero como se trata de asuntos exteriores é intestinos.....

—Eso de intestinos no se dice entre señoras.

—Entonces diremos internos, y prosigo: como iba diciendo, después del primer hombre....

—Vino el segundo.

—Si la señorita sigue interrumpiéndome, me siento... indispuerto para seguir dándoles luces sobre este asunto que reviste un carácter esotérico.

Esto lo dijo refiriéndose á Lucha, una preciosa quiteñita de diez y siete años, alegre como

misa de aguinaldos, que me encanta porque está en esa edad en que la mujer es inofensiva y cumple espontáneamente su misión de agradar.

Edad feliz en que el mundo
Es á lo lejos pequeño
Y se busca hermoso dueño
Para el pobre corazón.

Lucha lo miró con ojos burlones, unos ojos claros que se ríen solos y le dijo: continúe señor Quisque, me comprometo á no interrumpir siempre que no hable en doble sentido.

—Tratábamos, dijo doña Petra de poner en claro una noticia sobre Galápagos y nos hemos desviado del asunto. Propongo que volvamos á él.

—Acepto, dijo un joven aficionado á la poesía y á la Lucha, porque el pueblo está nervioso, impaciente por tener una solución; ese pueblo está hoy, como dice Núñez de Arce:

Ni se apacigua ni estalla
La cólera que en él late,
Y con mil ansias combate,
Como corcel impaciente,
Que á un tiempo el castigo siente
Del freno y del acicate.

—Versos! son versos y con esto se evidencia todo, dice el señor Quisque; con perdón de usted joven, yo creo que los versos son una degeneración fisiológica de las células intracerebrales; que producen las membranas en sus circunvoluciones capilares, en contubernio con las imágenes acústicas y espectrales. Por eso no me gustan los colombianos, porque hacen versos y debilitan la superabundancia de sus emergencias con la meliflua molición de las endechas. Sea Ud. práctico, joven, no haga ni lea versos, cultive

el músculo. Oh! el músculo domina la periferie.

—Pero Roosevelt, el primer hombre, decía lo contrario de usted cuando se lamentaba, en su carta á Mistral, de que sus compatriotas carecieran en absoluto de ideas estéticas; de sentimiento poético, y decía que cambiaría toda la fuerza y poderío tosco y brutal de los yanquis, por ese sentimentalismo, esa quijotería de nuestra raza soñadora, caballeresca y noble.

—Fórmulas! fórmulas de estrambótica galantería y nada más. Roosevelt es el nuevo Nemrod. Yo á veces leo también algún verso clásico, pero, lo confieso, lo único que place á mi gusto *adverso* són las charadas.

—Pues adivine ésta, dijo Lucha:

Mientras que prima y segunda
De belicosos hacemos,
Y ni para hacer tres cuarta
Dinero en caja tenemos,
Los yanquis y los peruanos
Irán, con saña iracunda,
Y nos cogerán el todo
Sin darnos tercia y segunda.

—El sentido esotérico es fácil, pero los términos exotéricos no están bien descifrables; el primero...

—Si hubiera usted leído versos, dijo Lucha, recordaría los de Góngora:

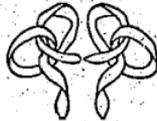
“Galápago siempre fuiste
Y galápago serás.”

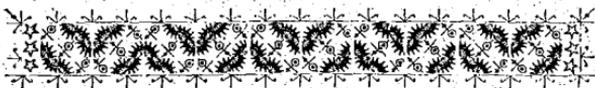
—Dejémosnos de versos, el primer término, como iba diciendo, es la prima, que puede ser nombre ó parentesco; el segundo...

—Confirmación! exclamó don Canuto, quien para subir la escalera había tenido que desabrocharse el chaleco. Confirmación! aquí está la aclaración de la noticia:

Vean ustedes: don Antonio Gil habló y dijo . . . mu . . . chas verdades: que no son peruanos ni yanquis, que son ingleses! que la bandera cubre la mercancía; que no hay, por qué afanarse.

Y nos quedamos tranquilos, y volvió la calma.





XXIX

PADRE nuestro, que estás en los cielos. Así empieza la oración, que enseñó el mismo Jesús, oración sublime según los Padres de la Iglesia, tanto por su sencillez elocuente como por estar contenidas en ella todas las peticiones posibles, hasta la de pedir destino, ya que para muchos el empleo es un pan nuestro de cada día.

Para mí, pobre pecador, el principal mérito de esa oración es la cortedad: cincuenta y siete palabras, menos que un telegrama para pedirle á cualquier empleado de cualquier corte terrenal un servicio. La rapidez, la velocidad, acortar distancias, ganar tiempo, son los empeños de la humanidad y á eso tienden los trabajos de los sabios, y de los gobiernos; por eso una oración corta, elocuente y sencilla es un ideal. Lo lamentable es que el Padrenuestro, que es la mejor, se reza más breve de lo necesario, á pesar de sus pocas palabras, ó entre bostezo y bostezo, y la

mayoría de los devotos no saben ni lo que significa ni lo que vale cada una de sus peticiones.

Conoció un banquero que reza todas las mañanas y algunas noches, confiesa y comulga cada mes y no pierde fiesta religiosa. Por supuesto que reza muchos Padrenuestros, pero cuando dice: "perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores," lo dice entre dientes, y quisiera que el Padre Eterno no lo oyera, sobre todo que no le coja la palabra.

Figúrense ustedes un banquero perdonando á sus deudores! Un imposible. Qué conflicto entre la petición del Padrenuestro y los Estatutos!

Y figúrense más, que se cierre el libro mayor de su vida y llegue el banquero á las puertas del cielo para que le arreglen su cuenta, bien entendido que allá no hay Santa Lucía que valga ni influencias, si no se lleva todo arregladito.

San Pedro, con cara de pocos amigos.—A ver, caballero, qué quiere usted?

Banquero.—Para servir á usted, señor San Pedro, vengo del valle de lágrimas y como he sido muy devoto de todos los santos y principalmente de Ud., vengo á que me haga el favor . . .

San Pedro.—Pues mi amigo, siento mucho, pero hoy están cerradas las operaciones, vuelva Ud. después.

Banquero.—Reflexione, señor San Pedro, que estoy en un grave compromiso, no puedo volver á la tierra porque ya me sepultaron y no es justo que usted me deje á la intemperie.

San Pedro.—No hable usted de injusticias, porque esas no se cometen sino en la tierra. Usted tiene muchas cuentas pendientes y mientras no se arreglen, no puede usted entrar, si tiene mucho afán váyase al Purgatorio y allá le comunicaremos lo que resuelva el Directorio.

Banquero.—Pero no me podría dar alguna esperanza?

San Pedro.—Aquí no se engaña con promesas. Lo único que puedo decirle es que si usted ha sido banquero, como parece, y no ha perdonado por consiguiente á sus deudores, no se le perdonarán aquí sus deudas; la misericordia divina, si hay algún saldo en su cuenta, no le abonará los Padrenuestros, por no haberlos rezado sinceramente, y usted será ejecutado conforme ejecutó á sus deudores. Si usted les hubiese concedido plazos, se le concederían también en el Purgatorio, pero si alguna oveja descarriada ha sufrido por causa de usted persecución por lo justicia, será ella bienaventurada y usted en cambio . . . lo sentiré mucho, pero por eso dijo Jesús: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que éntre un rico al reino de los cielos.

Es de suponerse la cara que habrán puesto los banqueros al llegar á las puertas del cielo y encontrarse con semejantes argumentos. Lo malo es que no haya venido alguno á contarles á los otros las dificultades del cambio para que, ó dejen de ser banqueros, única manera de perdonar á los deudores, ó no recen más el Padre nuestro.

Otra de las dificultades del Padrenuestro para los habitantes de esta villa de San Francisco de Quito, si se toma en sentido literal, es la petición: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

Cuando rezo el Padrenuestro agrego mentalmente por lo que *potest*: pero danos dientes con qué mascararlo y estómago para digerirlo.

Cuentan que en los tiempos de á pan duro diente agudo, un tal Krug hizo en 1893 un pan de madera transformando la celulosa en glucosa; esta invención ha debido venir á Quito y mantenerse en reserva por los panaderos, porque lo

cierto es que algunos panes hay como patas de mesa, si no son de palo que venga otro á decir de qué son.

Si llego alguna vez á la Presidencia de la República, cosa que no será difícil si á algún Presidente se le ocurre recomendarme á los electores, para salir uniformemente elegido, lo primero que hago no es renunciar, no señores, espero á coger algún conspirador con la mano en la masa y lo condeno... no al panóptico, no al destierro, no al suicidio; á algo peor, lo condeno á pan y agua.

Ciertamente que sería una crueldad, digna de don Porfirio ó de Estrada, pero sí les aseguro que con este martirio no habría anarquistas que me conspiraran. Aquí veo á algún malicioso lector que me hace abrir un paréntesis en este artículo de pan llevar, diciendo:—No tanto pan como queso, amigo Jig. ¿Con que aspira á ser Presidente de alguna República?

Y yo, que gusto de llamar al pan pan y al vino vino, le contesto: Sería una aspiración bien modesta, ciertamente; pero sepa usted, sin caerse para atrás, que yo me creo superior no digo á Larra y á Shakespeare, á Napoleón, á Bolívar, á San Martín y á otros muchos. Tengo sobre dichos caballeros una superioridad enorme, incontrovertible. La mejor prueba es que yo no me cambiaría por ellos, y estoy seguro de que si á alguno de los nombrados le dijeran: ¿quiere usted cambiarse con un tal Jig Gómez que hace *Domingueras* y otros menjurges en Quito, contestarían sin vacilación: más vale pan con amor que gallina con dolor, si señor, me cambiaría por él con mucho gusto, á falta de pan buenas son tortas. Y darían un ojo de la cara por volver á tener cara y ojos y figura corporal como nosotros.

Por supuesto que si comprenden que tienen

que comer pan en Quito, vacilarían mucho; en cambio yo, (y mis lectores también) aunque me den toda la gloria póstuma de Pasteur, de Bismark ó de Victor Hugo, á trueque de un salto para la otra vida, prefiero vivir en Quito y comerme una *palanqueta* á mañana y tarde.

Pero como no todo es tortas y pan pintado, hay que confesar que si el pan de Quito, de Ambato ó de Otavalo, no merece la pena de pedirlo en oración, sí es un pan patriótico.

En la guerra de la Independencia se cargaban los cañones con cascots de botella, con piedras y hasta con zapatos viejos, los balaústres de los balcones cuando eran de fierro, se convertían en balas,

Si se presenta, Dios no lo quiera, un conflicto internacional, todo podría hacernos falta, menos municiones, porque todo nuestro pan es de munición. Un cañón cargado con *mestizos, ayuyas, doblados ó pispas de huevo*, haría estragos en las filas enemigas; las *palanquetas* podrían reemplazar á las balas cónicas.

Este sistema ballístico nos daría una inmensa ventaja porque, si lo mismo que el héroe de Murger que se comió el despertador, los enemigos se comen el proyectil, peor para ellos, el que no muera del golpe muere de indigestión. Nosotros podemos comerlo sin peligro grave porque estamos acostumbrados, hasta á los panes de jabón.

Y vamos á otra cosa porque pan con pan comida de bobos, y el mejor modo de gobernar es *panem et circenses*.

Estamos en Carnaval. Pierrot, Colombina y Arlequín por ahí andan yá. El Concejo Municipal dará un baile de máscaras; yo pienso disfrazarme de yanqui para que me den un contrato.

El Club Pichincha invita á tomar una taza de té, mañana, en sus lujosos salones. Un amigo que no entiende de estas cosas pensaba excusarse, porque una taza de té sola es remedio ó sudorífico, y no merece la pena del frac y la pchera almidonada; tuve que explicarle que la taza de té no es eso, ni zarzuela, sino una forma culta de invitación cuando se quiere dar una fiesta elegante, aristocrática y bella, sin alarmar á las madres de familia que tienen sus preocupaciones y antipatías por la palabra, no más que por la palabra, baile.

El Corso de Flores, que se jugará hoy trae atareados á los jóvenes y á las niñas, á los dueños de jardines y á los cocheros. Hermosa será la fiesta; las serpentinas y los confétis volarán poblando el aire de vistosos colores; por supuesto que irán también muchos á lanzar solamente miradas, que es lo que menos cuesta, y en ocasiones se desarrollan mejor que una serpentina.

En medio de estas lindas ilusiones, y al ver abiertas las cataratas del cielo, como lo están ahora, me acuerdo de una sesión de la Convención en Quito y no puedo menos que repetir lo que dijo un diputado:

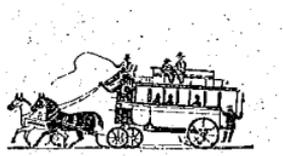
Se trataba en la Convención de dar curso á una petición de los habitantes de Galápagos para obtener una partida en el Presupuesto con qué construir un templo en la isla principal.

Puesto en discusión el proyecto, un viejo veterano que ocupaba una curul como diputado, se levantó y dijo: Señor Presidente, no me explicó por qué esos moradores de las remotas islas quieren que se les construya un templo. ¿Qué mejor templo que el palio azul del firmamento grandioso y solemne, señor Presidente? ¿Qué altar más hermoso que la naturaleza virgen y seductora, en toda su exuberancia prolífica?

No hagamos templos que son obra de los hombres, señor. Presidente. Oremos en el gran templo del universo, mirando al cielo, ante la bóveda azul del infinito, alumbrada ya por el rutilante sol que se eleva majestuosamente al zenit y descendiendo, destrenzada su cabellera de lumíneos rayos, al ocaso, ya por las miríadas de estrellas prendidas por Dios en el manto ocrúleo, y que titilan en las horas nocturnales de la noche. Oremos, pero á cielo descubierto, Sr. Presidente. . . .

—Y si llueve? interrumpió un diputado.

Y si llueve? pregunto yo hoy sin haber sido ningún convencional.





XXX

CUANDO aquel viajero estrafalario gritó al mozo: un bistek, pero sin carne! el criado se quedó en Babia, lo cual no es raro porque allí duermen siempre los criados de hotel; pero yo, á fuer de curioso, me propuse descubrir la receta. A poco ví un aviso en un diario: *Fotografía sin máquina*, y me dije para mi capote rotó: aquí la descubro, y sin vacilar le pregunté á uno de los empresarios.

—Usted debe saber la receta para hacer un bistek sin carne.

El tipo se sonrió, como quien sabe una cosa y no quiere decirla, y me pidió diez y seis sures por enseñarme la fotografía, pero no la receta culinaria.

Ya me daba por vencido cuando leyendo los diarios de esta semana tropecé con esta noticia: "La M. J. Municipalidad dio anoche un baile de máscaras, sin máscaras y sin parejas."

Supongo que haya un baile sin música, como el baile de San Vito ó los bailes que dan algunos políticos cuando bailan sólo mazurca: dos pasos adelante y dos atrás; pero por San Pascual Bailón, mi patrono, declaro que eso de dar baile sin parejas es un descubrimiento del Ilustre Ayuntamiento, que debe patentizarse, lo mismo que lo del bistek sin carne, cuya preparación será un negocio que puede explotar el Municipio, ya no para hacer una cárcel, sino para hacer un asilo de contratistas, cuyos planos se encargarán al amigo Gualberto.

Volviendo al baile y hablando en serio hay que confesar que fue una novedad y merecedor de algo más que unas líneas de gaceta.

Con la concurrencia de dos bandas de músicos en el escenario y del Ilustre Ayuntamiento que presidía desde su espacioso palco, principió la música. La sala del baile brillaba por la ausencia de bailarines. A las once de la noche hace su entrada una pareja, macho y hembra, como los creó Dios al principio del mundo; *ella* elegantemente vestida ó vestido de un color crema con antifaz blanco y *él* trajeado de levita con chistera y cañeta roja. Aun cuando era mucha música para una sola pareja, se toca un cakewalk en su honor y lo bailan á perfección.

A media noche aparecen un turco y una turca; lo que no hizo gracia porque muchos mirones estaban en los palcos con su respectiva *túrca*; y siguió la danza.

Entonces el Ilustre Ayuntamiento resolvió premiar á la mejor máscara, como lo había ofrecido; y un comisionado entregó á la del antifaz blanco un reloj; con su significado, es decir, para que pudiera ver la hora en que principiaba el baile.

Esta ceremonia entusiasmó á los pocos con-

currentes y algunos resolvieron sacarse el premio, se entiende conquistar á la agraciada bailarina, que se mantenía en un incógnito seductor y desesperante. En cuanto á la turca, no llamó la atención porque desde el primer momento algún conocedor conoció que no era turca sino turco, y como la mayoría de los hombres son muy aficionados al sexo femenino, concretaron todos sus atenciones en la elegante máscara del antifaz blanco.

—¡Que sirvan cerveza alemana! Que sirvan champaña! ordenaban en la cantina los aficionados que soñaban con una misteriosa seducción.

La máseara, sin decir esta boca es mía, se dejaba obsequiar y bebía de lo fino con una gracia admirable.

De repente circuló una noticia alarmantemente pavorosa, que hizo temblar las copas y detuvo los alicates que cortaban los alambres del tapón: es hombre! es hombre!

—Pero, ¿cómo puede ser?

—Pues siéndolo.

—Caracoles! y yo que le ofrecí champaña, decía un gringo.

—Pero, si tiene aretes, argumentaba un cándido.

—Hay interés particular en hacer creer que es hombre, pero es mujer, decía otro.

Ya pensaban algunos en convencerse de una manera perentoria cuando *ella* se quitó la careta y *tableau!* un muchacho hecho y derecho y por más señas cochero!

Entonces un cronista, parodiando á Antón Antúnez, anotó: la primera pareja del baile de la Municipalidad no fue pareja sino parejo. Y principiaron los cascarrones con lo cual terminó la fiesta, si es que había empezado.

Rastreando yo el por qué de la ausencia de

concurrentes á un baile popular de máscaras tan anunciado, presidido por la corporación municipal, en el único teatro y en días de carnaval, he descubierto que, como *vox populi vox Dei* se dijo cuando no habla fonógrafos, y Dios ve las malas intenciones; el pueblo también vio la mala intención del Municipio: hacer un baile, cobrar caro la entrada y con su producto hacer una cárcel! El pueblo, que á veces piensa, se hizo esta reflexión: las cárceles no se hicieron sino para los pobres, para los infelices que se roban un poncho, una oveja, ó miran mal á un celador; para los que se comen un presupuesto, ó se roban un millón, ó violan una muchacha, no hay cárceles; para los espías y delatores no hay castigo sino premio; la cárcel que va á hacer la Municipalidad, será, pues, para nosotros, y si pagamos la entrada del baile, con nuestra plata se construirá la cárcel y cuando se haya terminado nos llevarán á conocerla. Pues que no haya baile ni haya cárcel.

Y así sucedió.

Un consejo al Ilustre Ayuntamiento, si es que lo acepta: haga primero la cárcel y después dé el baile.





XXXI

UNA ocasión asistí en Inglaterra á un espectáculo de la civilización. En un circo, bajo la mirada de millares de espectadores que se cruzaban apuestas y vociferaban entusiasmados, dos champions del boxeo, en paños menores, jadeantes y sudorosos se daban unos bofetones capaces de desbarrancar una tapia; acardenalados, chorreando sangre, se separaban un momento para volver á embestirse como brutos. *Esto es un salvajismo!* exclamé al ver que uno de ellos le dio al otro un guantón que le puso la cara á mirarse las asentaderas. Un inglés que me oyó, me preguntó: ¿De dónde es usted? como quien dice ¿viene usted del centro de la tierra?—Soy suramericano, le repliqué.—Ahl, ahl, contestó el gringo, todavía están ustedes salvajes y no comprenden este espectáculo.

En una ciudad de España de cuyo nombre no quiero acordarme, fui á la plaza de toros.

Digno de la pluma de Amicis ó de Claretie era el panorama de los palcos y tendidos, las mantillas y abanicos eran mariposas que revoloteaban sobre las más bellas flores de Andalucía. La vistosa cuadrilla hizo su entrada y los toreros con su *pose* de clisé saludaron. Los picadores en unos pobres jamelgos con un ojo vendado, tomaron puesto. Salió el toro y principió la lidia. En un momento la fiera arremete contra los pobres é indefensos caballos, los levanta en alto, los ensarta en tierra, los revienta. Los infelices caballejos, cuando no caen, son llevados pisándose las tripas y arrastrando las entrañas, hacia la fiera para que los remate. Mientras más caballos mata un toro, mejor está la corrida. Luego empieza la revancha: los toreros van á matar al toro. En una de estas faenas el matador no acierta, una, dos, tres, cinco estocadas y el toro ahí desangrándose, pero vivo. De repente el pueblo indignado se lanza al redondel con cuchillos, navajas y cortaplumas. ¿Van á matar al torero? No señor, quieren rematar al toro y cada cual retira su arma ensangrentada; el barullo es indescriptible hasta que llega la policía, todo se calma y sigue el espectáculo. *Qué salvajismo!*, murmuraba yo, entre dientes, para que no me oyeran y me juzgaran salvaje. . . . suramericano.

En París, en Viena, en Berlín y en todas las capitales civilizadas de Europa y Estados Unidos, puede ver el que tenga modos de entrar á los bastidores de los circos, enjambres de niños y niñas, á quienes bajo la fusta del experto se les desarticula, se les descuartiza, se les hace saltar y quebrarse para obtener las indescriptibles dislocaciones y suertes que hacen el éxito de los funambulescos empresarios. Y nadie dice *qué salvajismo!* porque los salvajes no están sino en Sur-América y en algunos lugares de Africa.

En mi concepto, el llamar *salvajismo* alguna novedad civilizada, es simplemente calumniar á los salvajes, porque éstos no se divierten como los europeos ó americanos, lo más que hacen los salvajes es jugar carnaval y comerse á los prisioneros, lo cual es un gusto como cualquiera otro y muchas veces más humanitario que someterlos á un Consejo de guerra ó meterlos á un panóptico.

Por esto, cuando alguno de nuestros civilizados de segunda mano, dice que el juego de carnaval es un juego salvaje, niega á falta de otro argumento. Admitido por algunos historiadores que el estado salvaje es un estado de inocencia; comprobado por muchos Padres de la Iglesia que los salvajes, si practican la ley natural, que es lo natural en ellos, pueden alcanzar la bienaventuranza eterna, y demostrado que el estado salvaje es el más feliz y agradable para la humanidad, es lógico deducir que cuando se dice de un juego que es salvaje, es dar á entender que es inocente, ingenuo y agradable: v. gr.: el carnaval.

En todos los pueblos y en todas las edades se ha jugado carnaval porque es un juego menos peligroso que las guerras civiles, que algunos hacen por juego, que el football, que el polo ú otros civilizados. El carnaval no es otra cosa que las fiestas de Isis y del toro Apis entre los egipcios; las fiestas de las Suertes entre los hebreos y las bacanales, lupercales y saturnales entre griegos y romanos. Los cristianos las adoptaron para el carnaval que se jugaba antes desde el 25 de Diciembre hasta la Epifanía. La corte de Carlos VI puso en Francia á la moda los bailes de máscaras, introducidos de Italia, y el carnaval fue una *institución pública*.

Un historiador dice: "Esta necesidad de

expansión súbita de inclinaciones groseras, esta explosión de locura pasajera, están tan de acuerdo con la naturaleza del hombre, que la Iglesia después del advenimiento del Cristianismo, no intentó oponerse á ellas completamente. Si bien Inocencio III dio varias *decretales* para prohibir el abuso, la Iglesia nunca condenó las diversiones en sí mismas, por el contrario, dirigió las llamadas, del Asno, de los Locos y de los Inocentes."

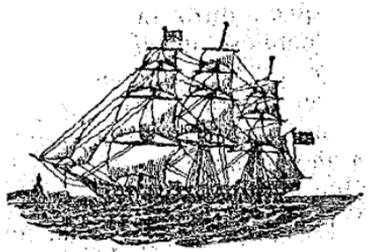
El señor Ministro del Interior y el señor Intendente de Policía hicieron, ni más ni menos que Tertuliano, San Cipriano y el Parlamento de Francia: prohibir el abuso en el juego, que en este caso son verdaderos abusos de confianza. Por eso se jugó y se jugó salvajamente, es decir, con inocencia y espontaneidad.

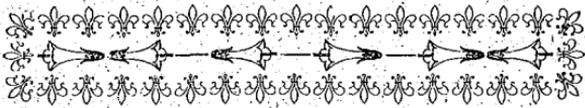
Yo iba para la oficina muy tranquilamente confiado en la prohibición policiaca cuando sazi, de un balcón me cae un torrente de agua y me deja como Dios quiere á sus almas; alzo á mirar quien había sido y veo una encantadora morena que me muestra los blanquísimos dientes y el tonel vacío. Le doy las gracias, pero otras chicas del balcón del frente me acribillan á cascarón limpio, á tiempo que un respetable amigo me echa un puñado de harina y quedo ni más ni menos que todos los transeúntes, que todas las niñas que en los balcones aparecían empolvadas como damas de honor del rey sol. Esto es salvaje, verdad? Pues no hay más remedio que vengarse uno porque la venganza es no sólo el placer de los dioses, sino de los gobiernos, y pintarse como un salvaje, para alternar con esas salvajitas encantadoras.

Que echan agua, allá va agua; que cascarones, pues salirse del cascarón de la timidez y apuntar bien; que polvos de arroz, para eso hay

harina en la despensa; que cierran la puerta de la inmunidad, pues para eso se hicieron las escaleras y, al asalto por el balcón! La pelea es peleando. Y alguna vez se ha de dar uno, aunque en juego, el placer de asaltar la morada de una hermosa por el balcón, como un Romeo empapado, sin temor al qué dirán ni á la autoridad, que en esos momentos también tira cascarrones, y se prepara para no dejarse asaltar por la oposición.

Que es muy salvaje este juego,
Que no es suave un remojón,
Y que es duro un cascarón,
Lo confieso desde luego;
Que es feo estar empolvado,
Y ver las caras divinas
Con colores de anilinas
Y mojadás, aceptado;
Que lo pinten de albayalde
Y lo dejen que da grima,
Que le echen un balde encima
Cuándo el terno no es de balde,
Y que si uno presuroso
A su casa no desfila,
Aunque proteste, á la pila
Lo metan, es horroroso;
Mas ya que civilizados
Estamos hasta las heces
Y en la vida pocas veces
Nos vemos entusiasmados,
Aunque nos unten brevajes
Y nos haga mal un baño,
Alguna vez en el año
Tenemos que ser . . . salvajes!





XXXII

DESPUES de auscultarlo, pulsarlo, hacerle sacar la lengua y alzarle los párpados, el médico, muy preocupado, le preguntó:

—Y qué otros síntomas tiene usted?

—Sufro de constantes mareos, se me aflojan las piernas, el pulso me tiembla, una excitación constante, delirios . . .

—¿Delira usted con batallas, cañonazos, péndones victoriosos, coronas de laurel, etc?

—No señor, lo que menos. Deliró con platos y cacerolas, veo en mis alucinaciones una olla de puchero espumante, un pernil estofado; me persiguen visiones celestiales: una gallina angelical sudando grasa, con las piernas cruzadas y el pescuezo torcido melancólicamente inclinado sobre las suculentas patatas en forma de luna llena de seducciones.

—Eso es grave; voy á darle unas pildoritas que tomará usted una antes de almuerzo y otra antes de comida.

—Gracias, Doctor, pero le advierto que ese remedio no podré tomarlo si usted no me receta también almuerzo y comida.

—Cómo así? De manera que usted

—Hace mucho tiempo que nó cómo, doctor.

—Perfectamente. Caso de dispepsia. ¿Siente usted repugnancia por los alimentos?

—No señor, es distinto.

—Si, usted desea comer y aun tiene apetito, pero cuando come siente inmediatamente un malestar, dolores de estómago

—No, Doctor, por el contrario siento al comer un bienestar indefinible, cesan los mareos y las pesadillas.

—¿Las tiene usted con frecuencia?

—Sí, señor, con mucha frecuencia veo la conocida cara del usurero que me ofrece diez suces por un vale de ciento y á veces no me ofrece ni un centavo.

—¿Qué profesión tiene Ud?

—Soy maestro de escuela.

—Acabáramos! ¿Por qué nó lo dijo usted antes?

—Porque no me lo había preguntado.

—Pues me ha hecho usted divagar para descubrir una enfermedad que es peculiar á su oficio y de muy sencillo diagnóstico: usted lo que tiene es hambre.

—Lo mismo creo yo.

—Esa enfermedad se cura como la mordedura de la perra, con pelos de la misma perra, *similia, similibus*. El Gobierno que la produce es el único facultativo que puede curarla.

—Gracias, Doctor, por la receta, pero como yo no sólo busco los consejos del médico, sino

los del amigo, y ya que la enfermedad que me aqueja no es de su especialidad, quisiera que me indicara, por amistad, una manera de alivio á la dolencia.

—El mejor alivio es un sucre, y, aquí lo tiene usted, con eso estará mejor hasta mañana; en cuanto á la curación radical no se consigue sino cambiando de profesión. Sería más salu- dable para usted destripar terrones, empedrar las calles ó cargar adobes; estos oficios son mejor remunerados, que se pagan puntualmente y para los cuales no se requieren mayores conoci- mientos.

—Pero la juventud? Los niños á quienes hay que salvar de la ignorancia? Ah! Doctor, usted no sabe lo que es el sagrado ministerio de la enseñanza, es como un vicio irresistible; los que nos hemos dedicado á él sentimos un placer infinito en ir poco á poco iluminando el caos de los pequeños cerebros, en modelar las inteli- gencias endebles y formar lentamente esos espí- ritus que habrán de ser los ciudadanos del por- venir. Y aunque no nos paguen, aunque nos muramos de hambre..... la escuela es para nosotros el hogar, la familia, el universo.

—Pues si usted tiene vocación para eso y tiene el vicio de morirse de hambre, con su pan se lo coma, mi querido amigo. La patria agra- decida lo tendrá eso en cuenta para enlutar las columnas de las Revistas pedagógicas cuando usted muera. Y tendrá usted una satisfacción íntima, haber cumplido su deber y que el Director de Estudios vaya á su entierro.

El pobre Maestro de escuela cogía ya su sombrero que tenía más grasa que un Pichincha de á sucre, cuando yo, que á fuer de revistero estoy en todas partes, metí mi cucharaea.

—Señor Maestro; sin ser médico me permito

dar á usted dos fómulas para curar la hambruna del gremio, el uno es de carácter colectivo y el otro de atribución particular. El primero es este: reúnanse ustedes y soliciten del Gobierno que los asimile á soldados ó policías; como hicieron los tipógrafos de la Nacional.

—Oh! eso sería depresivo.

—Pero estarían ustedes pagados al día, porque los soldados y los policías son los preferidos en el régimen. Pueden ustedes también formar un batallón que podrá llamarse "Los Defensores del Hambre" y que, en caso de guerra internacional los pongan á la vanguardia. Les aseguro á ustedes el triunfo. Ustedes, en mi concepto no han sabido explotar su hambre, que es una fuerza irresistible, en caso de un conflicto.

"La miseria es propicia á todas las locuras; ha sido en todos los tiempos un factor integrante de las tormentas humanas. Aliviada, es decir, garantizado el pan, los hombres prefieren razonar á ir á matarse los unos á los otros." Por esto el Gobierno, que no se descuida, que lo prevee todo para el caso de un conflicto con el Perú, ha resuelto con previsión inteligente mantener hambreados, es decir, no mantener, á los maestros de escuela, para que llegado el caso vayan á la vanguardia á arrollar al enemigo.

Entonces, cada maestro podrá exclamar, lo que cuenta Pérez Triana que decía el señor Restrepo:

"Se trataba de descuajar algunas hectáreas de selva primitiva; los altos troncos se erguan envueltos en lianas, zarzas y trepadoras, formando un muro impenetrable de verdor y follaje. Según la costumbre, daban el ataque en el punto escogido, algunos peones armados de hachas, calabozos y machetes, á cuyo cabeza iba, hacha en mano el señor Restrepo. Delucía en los ca-

ros al sol de la mañana; caían los golpes rítmicos y acompasados sobre los troncos, ramas y bejucos.

Volaban por el aire, como pajas de la era, las hojas, las astillas y las ramas destrozadas. Asustados por el estruendo hufan los pájaros de sus nidos y los cuadrúpedos y los reptiles de sus guaridas. El jefe de la partida alentaba á sus compañeros, con estas palabras: ¡Atras, tarántulas, escorpiones, sierpes, víboras, alimañas ponzoñosas y bichos dañinos de toda clase, que sois dueños y señores de esta selva, de hoy más escogida por mí para ser mi campo de labor, atrás, con vuestras ponzoñas, vuestros picos y vuestras garras, que aquí viene algo más temible que todos vosotros: un hombre con hambre!

—Y la otra fórmula? dijo el maestro tímidamente.

—Como dije á usted antes, es de incumbencia particular y no es mía; fue inventada hace poco por un colega de usted.

Viendo el maestro de escuela de un pueblo cercano que se pasaban siete meses sin recibir sueldo, que en las pulperías no fiaban y el fogón estaba frío, una mañana echó á sus discípulos la siguiente arenga, que revela un espíritu práctico y que más discurre un hambriento que cien letrados: "Queridos niños: ustedes habrán visto que no ahorro sacrificio ninguno por educarlos, pero preocupados con el estudio, no han tenido en cuenta que hace siete meses que no me pagan y ya estoy tan débil que no puedo ni firmar los endosos de los vales; como el pan de la ciencia alimenta muy poco y ustedes ó los padres de ustedes no querrán que el querido maestro amanezca un día de éstos en el otro mundo, de inanición, ó que ustedes se queden en la ignorancia de las penas de la vida, hé resuelto cerrar la

escuela, ó que el niño que quiera seguir estudiando me traiga todos los días con la lección, un real. El que quiere celesté, que le cueste, ya que el Gobierno no paga deben pagar los niños."

El discurso produjo su efecto: la escuela no se cerró y el maestro, que antes de tomar su lección estira la mano para que cada alumno ponga el real, está más gordo que un pesquisa y anda con más garbo que un jefe en servicio activo.

Es cierto, murmuró el maestro meneando con tristeza la cabeza, pero si yo les pido el real, no vuelven.





XXXIII

ME gustan los hombres de acción, aun cuando ésta esté con descuento. Las acciones buenas no son generalmente las que tienen premio.

La vida es una acción de guerra, en la cual uno es forzosamente accionista y tanto peor si el hombre no se agarra con las uñas que Dios le dio para arrancar de la suerte unos pequeños dividendos de felicidad, antes de que llegue la liquidación final.

Algunos venden sus acciones buenas ó malas y capitalizan los intereses políticos. Esta es una operación que critican los que tienen acciones no cotizables en la bolsa oficial.

Para saber el valor de una acción se aplica la ley de Newton: la acción es siempre igual y opuesta á la reacción.

En las tragedias ó comedias políticas la acción es el principal acontecimiento, pero si la

acción se sucede en el Ecuador, por ejemplo, hay que tener en cuenta que la esfera de acción del Ejecutivo, esto es la acción ejecutiva, se dilata hasta los confines y que la acción popular no se ejerce como acción petitoria porque no hay unidad de acción.

En los países en donde se pone en acción un sistema gubernativo personal, de acciones nominales, los asociados no pueden ejercitar ninguna acción directa ó reivindicatoria; porque entonces el Gobierno pone en uso la acción persecutiva, que se convierte de acción civil en criminal. En este caso, como cuando se va á decir un discurso, la acción debe ser moderada y limitarse á una acción de gracias porque se nos deja vivir sin descalabraduras, ni tener que descifrar los rompecabezas ministeriales.

Dije al principiár que me gustan los hombres de acción, y así es; esos tipos emprendedores, audaces, que hacen un negocio y si les va mal emprenden en otro peor; que no desmayan en la lucha y siempre le buscan la comba al palo, son tipos raros entre nosotros, y, por consiguiente, los aprecio.

Uno de estos es mi amigo Buenavida, quien ha resuelto hacer fortuna por cualquier medio, y si lo botan contra un espejo queda prendido. Correctamente vestido, simpático, hablador é insinuante, conoce Quito y á sus gentes como la palma de la mano y se mete en todas partes; si le cierran la puerta se cuela por el ojo de la cerradura y saluda.

Dice Faubert que "son tres las condiciones indispensables para ser feliz: *ser bruto, egoísta y tener buena salud.*" Buenavida ha corregido esta sutil frase, sustituyendo la sinvergüenzaría á la brutalidad:

—Perder la vergüenza, me decía hace poco, es el primer paso á la felicidad. De lo que más me avergüenzo es de haber tenido alguna vez vergüenza. Lo repito, con Antonio José Restrepo: "ahí maluco que debe ser no tener talento." Esos cerebros que parecen un espinal no sirven sino para una meningitis, y son incapaces de distinguir la felicidad si les pasa por los alrededores.

Por consiguiente, si Buenavida no es feliz no es por falta de disposición, ni de conocimientos, es porque no ha dado en el clavo, y á eso va con sus diversos proyectos.

Yo también, en vista de esta pobreza que hemos dado en llamar no ya franciscana sino fiscal, para tener á quien echarle la culpa de nuestras cuitas, me desvelo pensando en algún negocio que, de un golpe, me produzca una casa propia, aunque propiamente no sea mía. Buenavida á quien consulto siempre, me decía: Tener casa en Quito es mejor que tener cédulas, que tener oro, que tener joyas; cuando se diga de Ud. "tiene casa propia" aun cuando ésta sea un vejstorio y no valga tres pesetas y la deba usted, adquirirá un crédito ilimitado en el Banco, en las contadurías y entre las beatas ricas, que le permitirá prestar las sumas que quiera sin rubor ni rechazos. "La casa propia" es un sésamo que abre todas las gavetas y cajas de fierro. El crédito por la honradez, por el cumplimiento, por la honorabilidad, no existe ni se conoce en Quito. Sea usted un tramposo, pero tenga casa propia y lo demás le vendrá por añadidura.

Hace semanas quise consultar con Buenavida un proyecto de negocio que me bulle en el magín y lo creo admirable. Encontré á mi amigo tomando posesión de una tienda que había arrendado.

—¿O:ró negocio? le pregunté ¿y cuál es si puede saberse?

—Voy á poner una Agencia, mientras llega el Congreso.

—De negocios de préstamos?

—No, ese negocio era bueno porque se saca dinero en el Banco al uno por ciento y se presta al cinco, pero ahora hay mucha competencia.

—Dice usted que hasta que llegue el Congreso y no comprendo ese plazo.

—Es porque cuando hay Congreso me dedico á algo más lucrativo.

—Explíqueme Ud. si no hay inconveniente.

—Siempre que me guarde la reserva, tengo mucho gusto: usted sabe que, así como en Guayaquil á fines de verano llega una plaga de grillos, cucarachas ó mariposas, á Quito viene durante las sesiones del Congreso una nube de peticionarios y solicitantes, cada cual con su proyecto ó su memorial; facilitar á dichos solicitantes el logro de sus pretensiones es una labor bien remunerada y que en cierto modo es un servicio público. Yo desempeño entonces el cargo de corredor de influencias.

—Pero eso debe ser muy difícil.

—Nada más sencillo, para el que lo sabe hacer. El *modus operandi* es el siguiente: Apenas llegan los Diputados la primera visita que tienen es la mía, y principia el cultivo. Uno que otro almuerzo, tal cual copa, apretones cariñosos de manos, abrazos de felicitación, conversaciones oportunas sobre la alta misión de los Diputados, sobre los beneficios incalculables para el país con el establecimiento de nuevas empresas. A los opositoristas les hablo de lo que más les gusta: contra el Gobierno, causante de todos los males; á los ministeriales les halago echando pes-tes contra la oposición sistemática que obstruye

la labor benéfica del Gobierno, y el terreno queda preparado. Cuando los peticionarios llegan y son de mi clientela, que la tengo fija, los espero; cuando son nuevos hago que uno de mis agentes los busque, se insinúe, les hable del negocio y les diga las palabras sacramentales: "si usted no habla con Buenavida, y no hace que le arregle el asunto, está perdido; él es el hombre de las grandes influencias." Entonces vienen a mí mansitos; yo me hago explicar el asunto, les anticipo que si el proyecto no es honorable y ventajoso para la nación, no me immiscuó por todo el oro del mundo, y les hago ver las grandes dificultades que hay para que pase. Dos ó tres conversaciones más y asunto arreglado.

—No veo todavía claro el negocio.

—Estos son los preliminares, entre los cuales mi principal labor es averiguar minuciosamente la vida y milagros de cada Diputado, y, como usted sabe que no hay hombre perfecto, ni todos tienen el suficiente valor para no temer que les saquen á luz las podridas, les hago saber que yo sé *todo* y que por amistad no lo divulgo; y que por amistad ellos también tendrán que acceder á mis exigencias, es decir, se establece la reciprocidad que es una de las más hermosas reglas sociales.

—Y luego?

—Cuando el cliente me ha aflojado una respetable cantidad para los trabajos preliminares y asegurado otra mayor si pasa el proyecto, se presenta éste y me pongo en campaña. A uno le hablo en plata, á otro le conenzo, al de más allá le prometo, al de acá lo asedio; total que consigo mayoría.

—Pero no ha habido quien le rompa á Ud. la crisma?

—Ya me ve usted bueno y sano. Le advier-

to sí que, á pesar de los tiempos que corren hay tanto en la oposición como en el ministerio diputados intachables, dignos é inabordables si se les va á proponer que voten en uno ú otro sentido á cambio de algo; he conocido unos dos, que debieran estar en un museo de antigüedades: no reciben regalos ni aceptan almuerzos.

—Y qué hace usted con éstos?

—Para éstos hago uso de los recursos heroicos. No les hablo directamente; por el contrario, cuando al parecer incidentalmente hablo con ellos del proyecto, doy mi opinión adversa á él, y de los males que puede traer á la nación; pero por debajo de cuerda agito un sistema completo de influencias femeninas. Oh! usted no sabe lo que pueden las polleras! Cada uno tenemos un lado flaco, pero hay quienes ante una petición de labios de mujer se les vuelven flacos todos los lados. El que niega á un mandatario, á un amigo ó á un pariente, concede á su esposa, á su novia, á su madre, á su hermana, ó á su amiga.

—Según este sistema el negocio es fijo y bueno; usted, mi querido Buenavida, debería estar rico.

—Apenas para vivir; hay también en este negocio competencias y á veces los interesados se entienden directamente, sin necesidad de intermediario; por eso he pensado poner otra empresa y para eso voy á abrir al público esta Agencia.

—Agencia de qué?

—Agencia de dar señas.

—No entiendo.

—Es una Agencia de dar señas, es decir de indicar direcciones. Que usted no sabe dónde vive Fulano? viene aquí y se le dan las señas detalladas. Es un poquillo difícil pero como yo

conozco Quito y sé donde vive ó yace cualquier prójimo.....

—Pero eso durará poco tiempo, hasta que pongan la nomenclatura, porque entonces todo el mundo sabrá fácilmente que don Fulano vive en la calle tal, número cual y no tendrá necesidad de preguntar.

—Precisamente, se podrá explotar el negocio tres ó cuatro años.

—Pero, tengo entendido que el Concejo Municipal resolverá pronto ese asunto y admitirá algunas de las varias propuestas.

—Hace un año que está resolviendo, pero no se resuelve porque á mí no me conviene.

—¿Y cómo ha hecho Ud. para impedirlo?

—Les he metido en la cabeza á cada municipal y al secretario que no deben discutir ninguna propuesta sin aprobar antes el presupuesto; hay que presuponer.

—Pero dentro de pocos días estará aprobado el presupuesto.

—Yá lo sé, pero entonces vendrá la discusión, no de las propuestas, sino de los nombres de las calles, y eso será eterno porque los he convencido de que la propuesta que deba aceptarse debe ir precedida de un proyecto científico, filarmónico, onomatopéyico é histórico de la nomenclatura. Debe darse la razón histórica, esotérica, científica y filantrópica de por qué esta calle que, por ejemplo, se llama Mejía, no se llama Bolívar y debe llamarse Alfaro. Calcule usted si en esta discusión gastarán días, y si meto, como es natural, la política de por medio allá verá el zafarrancho que se arma cuando se discutan las calles de García Moreno, de Veintemilla, de *las flores* ó del *cordero*. Mientras tanto yo doy señas.

—Admirable, mi querido Buenavida, lo feli-

cito por la idea; y ya que hablamos de negocios quiero que usted me aconseje la manera de realizar uno muy bueno que tengo pensado.

—Con mucho gusto; diga usted.

—Pienso poner, ahora que están todas las calles convertidas en barrizales por obra y gracia de la Junta de Agua Potable, una fábrica de suecos, pero quiero pedir el privilegio á la Municipalidad, para que no venga otro á quitarme el negocio.

—Muy bien pensado. Yo tenía el proyecto de pedir privilegio para construir un tranvía aéreo, pero los suecos son más baratos y más sencillos. Lo primero que debe usted hacer es ponerse de acuerdo, ofreciéndoles una participación en el negocio, con los que colocan los tubos del acueducto, para que sigan desempedrando todas las calles y que, al volver á empedrar, sigan dejando los hoyos necesarios. Dentro de poco tendrá usted toda la ciudad como el camino de Huigra á Cuenca, no pasarán ni los telegramas, como decía el antioqueño. Luégo hable usted separadamente con cada uno de los miembros municipales y expóngales el proyecto.

—Le agradezco el consejo, pero no sé dónde viven esos caballeros.

—Ya ve usted la necesidad de la Agencia de dar señas, y de los beneficios que reportará al público. Será usted mi primer cliente y voy á indicarle:

—¿Quiere usted saber dónde vive el Presidente señor Traversari? Sabe usted la casa de don Juan Salvador?

—No.

—Toma usted la calle del Suspiro, sigue hasta el Carmen Bajo, en toda la esquina, una casa pintada de blanco, ahí vive don Juan Salvador.

—Y el señor Traversari?

—Ahí mismo. El doctor, Abelardo Montalvo vive en la calle de la Merced.

—Y cuál es la calle de la Merced?

—La que sube por la Policía.

—Y dónde está la Policía?

—De Santo Domingo para el Norte, sigue usted la calle, y al lado del Conservatorio de música, frente al urinario que está junto a la escuela de varones, ahí vive.

—Y don José Ignacio Veintemilla?

—Sabe usted la refresquería de la zamba Teresa?

—No recuerdo.

—Ea la calle Angosta, casa que fue del General Veintemilla. Don Juan Francisco Game vive ¿sabe usted la calle de la Compañía?

—Cuál Compañía? la de Crédito Agrícola? La del Ferrocarril?

—No; la Compañía de Jesús; toma usted esa calle que también se llama del Hospital y un poquito antes del Arco de la Reina, la penúltima casa a *manizquierda*. Don José Vázcones en la calle larga de San Sebastián, frente al sapo de agua. El doctor Kennedy vive en la esquina de la Platería, frente a la Palma, una casa vieja, encima del *ñato* Espinosa. Para ir donde el señor Barba Naranjo llega a las cuatro esquinas, sigue al Comercio Bajo; pasa por la puerta de la casa de la sal, sigue a la casa azul, cruza por la calle del Correo, una casa de tres pisos encima del Banco del Pichincha, antes del Hotel Royal. Don Vidal Ortiz, calle de la Carnicería, al lado de la casa de don Rafael Gómez de la Torre, una cuadra arriba de la plaza del Teatro, antes de Sábana Santa. Para ir donde don Andrés P. Orcés cóge usted recto las calles de Churretas, Comercio Bajo, la Carnicería, pasa por San Blas,

y ahí, cerca á la plaza de toros, junto á la casa de Gortaire Viteri. El doctor Adolfo Páez, en la calle que va á la Tola, frente á la escuela Sucre, casa que hace esquina entre esta calle y la de la plaza Marín.....

—Páre ahí, mi querido amigo; no se moleste usted porque no le entiendo jota de sus direcciones.

—Pues más claro no canta un gallo.

—Si el gallo es quiteño, porque para los de fuera si no se publica un texto en que se explique donde queda la Ronda, la Calle Angosta, la Loma Chica, la calle del Robo, la Chilena, la Guaragua, Mama Cuchara, el puente de Gallinazos, las Siete Cruces y otras calles y sitios que he oído nombrar como puntos de partida para dar señas, no sé como puedan dar con la vivienda de alguien.

—Siempre, por supuesto, que no sean cobradores porque son los únicos que dan con las casas... de los deudores.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cuadros y Epigramas (1894)
La Paz ante el Buen sentido
Nueva Ruta.
Alto y Frente.

En preparación

Humo de combates [Episodios
de la última guerra civil de
Colombia]



